un misterio de JUDITH SPEARS

Una Dosis de Crimen



SAM OMAN

UNA DOSIS DE CRIMEN

UN MISTERIO DE JUDITH SPEARS – LIBRO 3

Copyright © 2026 par Sam Oman

Tous droits réservés. Aucune partie de cette publication ne peut être reproduite, distribuée ou transmise sous quelque forme ou par quelque moyen que ce soit, y compris par photocopie, enregistrement ou tout autre moyen électronique ou mécanique, sans l'autorisation écrite préalable de l'éditeur, sauf pour de brèves citations incluses dans des critiques et certaines autres utilisations non commerciales autorisées par la loi sur le droit d'auteur.

Couverture : Shutterstock

PROLOGUE

No es asesinato. Al menos, no es asesinato cuando se hace bien. El asesinato es desagradable y violento y deja un rastro de pruebas. Puede ser desentrañado por el más aficionado de los investigadores en las circunstancias adecuadas. No, esto es el arte de la negociación. Ser flexible para obtener el resultado deseado en el momento oportuno. Presionar justo lo necesario para que las cosas se pongan en marcha. Y a veces eso requiere un incidente provocador deliberado; y hace falta un intelecto particular para idear eso.

En el peor de los casos, este incidente provocador no es más que una persona desaparecida. Y la gente desaparece constantemente. Solo cuando reaparecen es cuando las cosas se complican. Pero, como cualquier buen truco de magia, hacer una reaparición es lo que mantiene la atención de la gente.

Solo hay que hacerlo en las circunstancias adecuadas.

Y afortunadamente hoy en día, las circunstancias adecuadas pueden ingeniarse y manipularse si uno sabe lo que hace, o si uno tiene una buena conexión a internet y está inclinado a buscar en algunas de las áreas más dudosas de la red.

Exactamente así ha sido planeado esto, hasta el más mínimo detalle. Una víctima es lo que consigue resultados, atrae la atención, y permite que la otra mano actúe fuera de la vista de cualquiera.

Además, era muy importante recordar que un asesinato solo es un asesinato si se encuentra el cuerpo. Eso es más bien un plan B. Siempre es bueno tener un plan B. Y por experiencia, un plan C también resulta útil.

Pero ahora, el plan se había puesto en marcha. No había vuelta atrás. Y todo quedaba en manos del destino. Aunque el único factor que no se había tenido en cuenta era lo caprichoso que puede ser ese destino. Especialmente en forma de una detective aficionada con una opinión bastante elevada de sí misma...

1

El suave plof de las cartas cayendo por el buzón desvió la atención de Judith Spears de la espuma sobre su capuchino. Una espuma que crecía y amenazaba con desbordarse de la taza y arrastrarse por el mantel de plástico de cuadros azules de la cocina, o adherirse en un permanente y esponjoso bigote de Karam sobre su labio superior.

La novedad de su máquina de café Nespresso se había agotado, y ahora estaba en busca de sabor auténtico que no costara un ojo de la cara. Sin embargo, espumar su propia leche y añadir un atrevido chorrito de sirope de avellana no había dado lugar a la explosión de sabor que había estado anticipando esta mañana. Era más bien una melaza exageradamente dulce que le ponía los dientes de punta y prometía hacer más daño a sus nervios que la cafeína.

Se ciñó más el batín verde de franela desgastado, su favorito, contra el frío matutino que mantenía la casita como rehén desde que la caldera decidió palmarla. El pícaro manitas local se enfrentaba a tiempo en prisión gracias a su propia investigación aficionada, así que difícilmente podía quejarse.

Judith se arrastró hasta el recibidor a recoger el correo. Recogiéndolo para inspeccionarlo, su mente seguía repasando días pasados. En particular, lo que le había revelado a su amiga Maggie Tawia y a Fabián Heinzel.

Tenía pocas dudas de que Maggie sería discreta con la información. Y Fabián, el hombre del momento de Maggie por segunda vez, aunque era el alcalde del pueblo de al lado, Denzel Green, y propietario de El Clarendon, el periódico regional que, contra todo pronóstico, seguía en papel, podía, sorprendentemente, confiarse en que guardara silencio. Particularmente porque revelar cualquier exclusiva sobre una anciana habitante de Little Pickton sería, como él bien sabía, poco prudente.

Qué agradable era tener por fin una... bueno, una amiga en quien confiar. Era un lujo poco común que había estado ausente de su vida durante mucho tiempo, y había llegado de manera bastante inesperada. Aunque no fue necesariamente por libre elección que decidió ser un alma abierta. Bueno, abierta en cierta medida. En su experiencia, el auténtico secreto del éxito siempre residía en ese «en cierta medida».

Sopló otro pegote de espuma de su café y lo vio flotar por el aire y aterrizar con un splaff al final de la mesa de la cocina. Con un suspiro, devolvió la atención al correo.

Por una vez era una buena cosecha, aunque era sobre todo publicidad. Eso en sí mismo era una maravilla, ya que Judith era muy cuidadosa cuando se trataba de no dar su nombre y dirección a la ligera, y su huella digital era más bien una curiosa cinta de Möbius que normalmente llevaba a la gente de vuelta al punto de partida. Al menos las ofertas de tarjetas de crédito y mini catálogos de artilugios de los que podía prescindir, todos lucían nombres diferentes, aunque la misma dirección. La mafia del correo basura debía pensar que docenas de familias estaban apiladas en su pequeña casita rural. Estaba la inevitable factura, ya que Judith se negaba rotundamente a condescender a las exigencias de las compañías de servicios de hacer todo en línea. Con frecuencia expresaba su indignación cuando las tiendas intentaban deshacerse de ella con un recibo por correo electrónico, lo que básicamente significaba que ella tenía que pagar el papel y la tinta solo para devolver artículos defectuosos. No era tecnofóbica, pero cada vez estaba más convencida de que el mundo moderno se estaba tomando el pelo.

Apartó otra carta prometiendo eliminar sus deudas, de las que no tenía ninguna, y suspiró de nuevo. Una vida corriente era algo seguro y cómodo de tener. Era, por definición, la norma. Pero después de un roce con la muerte y la aventura, a veces la norma podía resultar insoportablemente anodina.

Hizo girar el sobre de Karam en la mano mientras el dedo se posicionaba automáticamente para abrir el borde. Pero su sexto sentido la detuvo. Lo giró para poder leer la dirección. Era, como esperaba, el nombre de su casita y la calle. Y su nombre: Sra. Judith Spears, como solía corregir a la gente. La etiqueta estaba impresa, y lucía un aburrido sello de segunda clase que había sido sellado con una marca automatizada que no daba ninguna pista sobre el lugar desde donde había sido enviado. Pero el sobre no era del tipo correo basura barato. Era del tipo texturizado, comprado en una tienda.

Las alarmas sonaron en el fondo de la mente de Judith. Todo el que la conocía vivía en Little Pickton o en Denzel Green. Era como si no existiera más allá de esos límites autoimpuestos. Sin embargo, la llegada a su vida de un detective de la Policía Metropolitana de Madrid, el sargento Hamster, Hamper, se corrigió, había lanzado un giro incierto en su vida. Y la incertidumbre no era algo que apreciara.

Había aparecido de la nada, investigando algunas reclamaciones de fraude de un antiguo caso en Madrid y le había llevado hasta Judith. Su amigable sargento de detectives local Raymond Collins y la incondicional agente de detectives Sarah Eastly habían intervenido para comprarle un poco de tiempo de que Hamper pudiera hurgar, pero era solo cuestión de tiempo. Además, sabía que Collins y Eastly habían investigado su pasado y habían encontrado algo. Lo que era ese algo, no lo sabía, pero seguramente no sería más que un arañazo superficial de sus pasados momentos de diversión, o tropiezos como lo llamaría alguna gente ignorante. Sin embargo, era un pasado que había resuelto encerrar bajo llave y con el que no quería tener nada más que ver. Solo era una lástima que el pasado no tuviera ninguna intención de cooperar, de ahí su conversación íntima con Maggie.

Enganchando la punta del dedo bajo la solapa suelta del sobre, Judith deslizó el dedo bruscamente por toda la longitud y rajó el sobre. Dentro había una carta. Usando solo el dedo índice y el pulgar, extrajo el papel y lo desplegó plano sobre la mesa.

—Mmm... —fue el sonido inconsciente que brotó de sus labios.

La caldera gruñó en señal de acuerdo mientras no lograba calentar su hogar. No esperaba esto. Y esto desde luego compensaba los momentos aburridos que había estado soportando recientemente.

2

—¡Maravilloso! —dijo Maggie, levantando la carta contra la ventana y entornando los ojos con fuerza.

El ceño de Judith se frunció con curiosidad. —¿Qué estás haciendo?

—Buscando mensajes secretos en las fibras del papel.

—Estoy bastante segura de que no fue Dan Brown quien me la envió.

Maggie resopló y dejó la carta plana sobre la mesa, con cuidado de evitar el cerco de café que había creado. La gente afirmaba que cada taza del Tiempo para el Té tenía un patrón único tallado en la base para dejar manchas distintivas, de modo que el dueño, Timoteo, pudiera saber si alguna de sus tazas había sido robada y había acabado en la casa de algún lugareño. Eso era según la leyenda local, y Judith podía creer fácilmente que Timoteo era suficientemente tacaño para hacer exactamente eso. Como de costumbre, el salón de té estaba lleno, con muchas tazas y platos sin recoger equilibrados en los extremos de las mesas, implorando ser robados por astutos ladrones obsesionados con la loza barata.

Maggie alisó el papel mientras lo leía de nuevo.

—Es que nunca había visto antes una amenaza de muerte. —A pesar de sus tonos susurrados, el rumble africano de Maggie llevó su voz por toda la sala, y Judith notó varias cabezas inclinándose en su

dirección, a la manera característica de personas desesperadas por no ser pilladas escuchando a escondidas.

—El misterio es quién la envió.

—¡Podría ser casi cualquiera! —Maggie captó la mirada de acero y los labios fruncidos de Judith—. Bueno, podría serlo. He pensado en enviarte una cuando hiciste trampas al Scrabble —añadió como pensamiento aparte—. Estoy segura de que esto estará repleto de pruebas de ADN.

Judith puso los ojos en blanco. —Cada letra recortada es de una revista de papel satinado, y estoy segura de que pegada con cuidado y diligencia, a pesar de su espantosa gramática, para no dejar accidentalmente un pelo pegado. Llevas demasiados dramas policiales de televisión. ¿Sabías que solo alrededor del dos por ciento de los casos criminales usan pruebas de ADN? La policía nunca desperdiciaría tiempo tomando muestras de eso. Al menos, no hasta que estuviera muerta.

Maggie abrió la boca para hacer un comentario agudo, pero por suerte todavía tenía la agudeza suficiente para saber cuándo Judith estaba buscando pelea, y esta era una de esas veces. La carta la había alterado más de lo que quisiera admitir. Maggie optó por un camino neutro hacia adelante.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Muy poco. —Judith sorbió su Earl Grey y se arrepintió de inmediato. Debía estar sin su habitual agudeza ya que no había optado por un buen PG Tips de toda la vida. El caballo de batalla de las tazas de té—. «A cada paso que das, a cada movimiento que haces, estaré esperando para matarte» —dijo en una voz cantarina y baja.

—Sting era tan romántico.

—Esa canción trataba sobre acechar a alguien.

Maggie consideró el mensaje. —«H@ metido las nrs d + . T voy a mat4!» Demasiado lejos, ¿en qué? —meditó. Judith se encogió de hombros—. Y usar la arroba y los números en lugar de deletrearlo —Maggie se estremeció.

—Bueno, supongo que solo hay un determinado número de letras que puedes recortar de una revista —dijo Judith—. En realidad

solo puedes usar los titulares. Y para ser justos, quien sea que haya sido logró mantener un tamaño de fuente similar para que pareciera relativamente ordenado y pulcro. Eso parece ligeramente obsesivo y montado por alguien con habilidades artesanales medias, diría yo. Pero creen que son habilidosos.

Echó de menos el uso peculiar de letras irregulares que se veía a menudo en las cartas de rescate de la televisión. Judith siempre había sentido que parecía exótico e insinuaba una mente trastornada trabajando. No podía negar sentir un módico de decepción ante que su primera amenaza de muerte pareciera insulsa y poco imaginativa. Y vaga.

Su mente saltó al grupo de manualidades de Augusta Calman que trabajaba en el pabellón de cricket, haciendo adornos navideños para recaudar fondos para la iglesia local. Una empresa excelente, y el grupo de señoras de allí encajaría perfectamente, aunque por las pocas horas que había pasado con ellas, habrían tenido que esforzarse mucho para que pareciera tan mediocre. Por otro lado, Augusta había resultado ser una asesina psicótica, así que quizás alguien había tenido un problema con que Judith la hiciera detener. Todo era lo que son las cosas.

Judith se dio cuenta de que Maggie la escrutaba de cerca. Judith se encogió de hombros de nuevo.

—Quiero decir, solo es una carta. No es que precisamente te despiertes con la cabeza de un caballo en la cama. Y con las pocas personas que hemos conseguido irritar por el pueblo, podría ser cualquiera que tenga cuentas pendientes. Si yo intentara asustar a alguien, reuniría algo mucho más escalofriante que esto.

—Habría sido más fácil montar esto en un ordenador —comentó Maggie, que poseía admirables habilidades informáticas—. Podría haber sido un auténtico torbellino de diseño. Fuentes interesantes, un poco de sangre falsa. Letras torcidas que gritan: «¡estoy como una cabra!»

Judith no había considerado eso, pero Maggie tenía razón. Se había puesto mucho más esfuerzo en esta carta del que realmente merecía. Extendió la mano y volvió a doblar la carta.

—Bueno, ha transformado lo aburrido en algo un poco más llevadero —dijo con una leve sonrisa. Deslizó la carta de vuelta en el sobre, luego en el bolsillo interior de su chubasquero amarillo que colgaba del respaldo de su silla—. Cambiando completamente de tema, ¿qué hay de nuevo entre tú y Fabián? —Consiguió transmitir un brillo tanto en el ojo como en la voz al mismo tiempo, suficiente para hacer que Maggie se ruborizara.

—Bien, muchas gracias —dijo Maggie con afectación—. Está mascullando algo de llevarnos a Londres a ver un poco de teatro.

—No sabía que te gustaba el teatro.

Maggie se encogió de hombros. —Le hace feliz. Es un hombre curioso. Entre el teatro musical, llevar un emporio periodístico, bueno, el emporio de Denzel Green, y coleccionar tés... sigue siendo divertido. —Era su turno de arquear una ceja ante Judith—. Recuerdas la diversión, ¿verdad? Esa cosa cuando nadie acaba muerto.

—Esos días de vainilla quedaron atrás. Tienes suerte en nuestra etapa de la vida de haberte subido a una balsa con alguien como Fabián. No todas tenemos tanta suerte.

—¿Una balsa?

Judith asintió. —Cuando somos jóvenes hacemos todos nuestros amigos. Especialmente alrededor de los veinte. Construyes estos pequeños círculos sociales, pequeñas balsas de amistad. Es cuando la gente se conoce, se casa, forma familias, se arruina con hipotecas. Supongo que es en ese momento cuando te das cuenta de que todas las demás balsas se han alejado demasiado para cambiar, y te has confinado a ir navegando con esas personas con las que habías pasado algunos años formativos. Es muy raro tropezar con otra balsa de personas afines.

—Eso suena verdaderamente horrible.

Maggie, bajo su velo de cascarrabias, era una persona gregaria con profundidades ocultas y una actitud optimista que hacía que Bob Marley pareciera Scrooge.

Judith estaba tan absorta en sus pensamientos que se sobresaltó cuando Timoteo apareció en su hombro y dejó caer un folleto sobre

la mesa, dándole un golpecito con los nudillos para llamar su atención.

—¿Intentas matar a tus clientes?

—No en el local —Timoteo se aclaró la garganta, preparando su discurso—. Solo quería asegurarme de que ustedes, señoras, estuvieran al tanto de esto.

Judith cogió el folleto y le echó un vistazo curioso. —¿Una velada de misterio criminal? Timoteo, ¿cómo demonios se te ocurren estas cosas? Little Pickton no ha visto semejante carnicería en... oh... semanas, quizás.

—Un misterio criminal temático. Vamos a reorganizar este lugar, así que habrá una cena, trabajo en equipo, y un montón de risas.

—¿Y a quién vamos a asesinar?

—Ah, bueno, eso es lo que tendrán que averiguar. Justo a su medida, ¿eh, Jude? Tengo un escritor con talento lleno de ideas. Es mi nueva aventura, Noches de Misterio Criminal. —Levantó las manos para enmarcar las palabras como si estuvieran en una marquesina—. Yo me encargo del catering y la producción. Y, por supuesto —su voz adoptó un timbre shakespeariano afectado que solo podría describirse como falsa modestia—, yo seré uno de los actores.

—No el que muere entonces... —murmuró Maggie desde detrás de su taza de café.

—Mañana por la tarde hacemos audiciones para actores locales aficionados, aquí mismo. ¿Por qué no se apuntan las dos? —Golpeó el folleto—. Y si no consiguen el papel estelar, compren una entrada. Veinticinco euros por cabeza incluye una bebida, un menú de tres platos y un entretenimiento diabólico.

Judith infló las mejillas con indecisión y miró a Maggie, que usó un dedo para inclinar el folleto en la mano de Judith para poder leerlo.

—No sé, podría ser divertido —Judith se sorprendió ya que había esperado plenamente la condena de Maggie—. ¿Cuál es el tema?

—Eso será una sorpresa. Y hay un premio —añadió Timoteo—. Un cesto para el equipo ganador. Puedes comprar las entradas aquí.

Ya se han vendido bastantes. El espacio será limitado, por supuesto, así que no esperéis demasiado.

—Que no se diga —dijo Judith en su mejor voz de no compromiso.

Timoteo sonrió, asumiendo que acababa de cerrar otra venta. Con eso, se dirigió a la siguiente mesa a desplegar un folleto. Maggie estudió el folleto con intensidad con una vaga sonrisa en la cara. —Creo que esto podría librarme de ir a un espectáculo en Londres.

—¿Por supuesto. Es mucho mejor que actores profesionales altamente entrenados en un gran teatro? ¿Un poco de chapuza, los chistes manidos de Timoteo, y, seamos sinceras, una comida marginalmente por encima de la media?

—Una noche de sorpresas —meditó Maggie.

—Me sorprendería que no fuera una porquería.

Había un brillo en los ojos de Maggie. —¿No dijiste que necesitabas una sorpresa o dos?

3

El detective sargento Raymond Collins encontraba inquietante la longevidad de los árboles de Navidad. Ahora estaba mirando un pequeño árbol de plástico plateado de treinta centímetros, equilibrado en el extremo de su escritorio, mitad en el suyo y mitad en el del frente de la agente de detective Sarah Eastly. La Navidad había pasado y la Semana Santa estaba al acecho. Se había convertido en una batalla de voluntades entre él y su oficial subordinada en cuanto a quién cedería primero y quitaría el árbol.

Peor aún, Eastly había irrumpido en la oficina con un rebote en su paso y una amplia sonrisa en la cara. A Raymond le gustaba mucho mantenerse para sí mismo, así que respetaba las vidas personales de sus colegas. Sarah, sin embargo, no ocultaba el hecho de que finalmente, una vez más, salía regularmente con alguien. Por lo tanto, feliz. Por lo tanto, imponiendo su voluntad de celebrar cada maldita festividad el mayor tiempo posible y tan ruidosamente como pudiera. Por supuesto, mantenía los detalles reales en silencio alrededor de la comisaría. Su robusto otro significativo era un policía uniformado llamado Kevin Fenton.

Raymond había sido testigo de cómo disfrutaban de la vida, fuera del horario laboral, por supuesto. Se habían cogido de la mano, y no porque uno de ellos se sintiera mareado. No podía recordar la última vez que había cogido la mano de alguien por comodidad. Mientras

que en las ocasiones en que Sarah y Kevin se cruzaban profesionalmente, el pobre Kevin estaba sujeto a la mirada de medusa de la agente y el mínimo reconocimiento de su existencia. Raymond solo podía imaginarse que era como salir con Jekyll y Hyde.

Aun así, se alegraba a regañadientes de la buena fortuna de Sarah. Aunque le recordaba la aplastante tristeza reprimida que sentía por dentro. Si ella iba a ser feliz y estar contenta, él también debería estarlo, a cualquier precio.

Después de negarse a captar la actitud pasivo-agresiva de su sargento hacia el árbol de Navidad, Sarah había salido disparada a por el café de la mañana. Cuando finalmente regresó con dos abrasadoras tazas de cartón, Raymond la mandó a buscar tapas de plástico: tenían que salir a la calle. Había llegado una llamada. Raymond encontró casi un alivio que un cadáver hubiera descarrilado la almibarada alegría post-navideña.

La mujer yacía en la cama, con aspecto sereno y, para el observador casual, profundamente dormida, con las manos entrelazadas bajo la mejilla y los ojos cerrados. Sarah usó el teléfono para tomar fotos de la escena del crimen. Y como siempre, el sargento Collins no pudo evitar notar que enmarcaba todo con un ángulo artístico y peculiar para iluminar una lúgubre escena criminal.

—Bueno, la pregunta obvia —dijo Collins, mirando alrededor de la consulta con paneles de roble—, es ¿quién es? —Arrugó la nariz. La humedad inherente a un edificio tan antiguo estaba mezclada con un tono de antiséptico que daba al sargento Collins flashbacks de su antigua escuela infantil. El efecto estaba amplificado por el sordo zumbido de la caldera que ocasionalmente enviaba aullidos por las tuberías, prestando al lugar un aire de asilo victoriano mientras luchaba por calentar las frías habitaciones.

La doctora Audrey Ramsgate estaba en la puerta, con las manos pulcramente entrelazadas delante de ella, casi imitando al cadáver. Llevaba gafas redondas de diseño, y su cara delgada estaba apretada como la de una estricta directora de escuela. Su pelo negro

estaba recogido en una cola de caballo tensa de hebras blanquecinas sal y pimienta que, de manera bastante contraintuitiva, la hacía parecer más joven que sus 42 años. Mirándola de soslayo, Collins casi podía imaginarse que había tenido la vida de una estrella que envejecía con gracia y se desenvolvía con aplomo. Sacudió ese pensamiento de su cabeza y soltó una pequeña tos gruñida para aclararse la garganta antes de volver a hablar, mientras era consciente de que intentaba mejorar su dicción.

—No tengo ni idea —dijo Ramsgate suavemente—. Desde luego que no es una de las mías. —Su voz era suave, sin pretensiones, como si despertar y encontrar un cadáver en el trabajo fuera simplemente otra ocurrencia diaria. Collins no creía que fuera tan mala doctora para pensar eso.

—¿Y está segura de que esta no es una de sus pacientes? Sé que a ustedes los médicos se les exige mucho. —Lanzó lo que pensaba que era una sonrisa encantadora, que no obtuvo ningún reconocimiento de la doctora Ramsgate.

—Somos una consulta ocupada, detective, pero no tanto. Me sorprendería que esta mujer viviera en Little Pickton, o estoy segura de que la habría visto.

Cuando llegó la llamada sobre un posible asesinato en Little Pickton, no era demasiado orgulloso para admitir que su primera reacción había sido «otra vez no», y sospechaba que el incontrolado «¡Oh, qué pasada!» de la agente Eastly era uno impulsado por el interés profesional y no por un manifiesto interés morboso.

Collins rodeó a la agente Eastly para acercarse más al cuerpo. Eastly retrocedió y examinó el resto de la sala. La ventana de guillotina tenía una capa plástica opaca en el cristal para mayor privacidad, pero podía ver que daba al aparcamiento trasero. Estaba cerrada con una cerradura de tornillo en la parte superior del marco.

—Cerrada. —Asintió hacia la puerta—. ¿Y esa también estaba cerrada?

La doctora Ramsgate sacudió la cabeza. —No cuando llegué. El limpiador debe haberse olvidado de cerrarla. —Anticipó rápidamente la pregunta de Eastly—. Viene por las noches cuando se cierra la

consulta. Para ser honesta, a menudo se olvida de cerrar con llave. No es muy bueno.

—¿Y su recepcionista no entró aquí esta mañana, antes que usted?

Los hombros de Ramsgate apenas se movieron. —Ella abre. Prepara el café. Los pacientes ya estaban esperando en la recepción cuando llegué.

—¿No estuvo usted aquí a primera hora?

Eso obtuvo otra reacción de estremecimiento de la doctora, el más leve tic alrededor de los ojos.

—Me retrasé de camino al trabajo. Ya llegábamos con diez minutos de retraso. Entré por la parte trasera como de costumbre. Le dije a Mandy que había llegado, y fui directa a preparar mi consulta. —Gesticuló a su alrededor—. Y fue entonces cuando la encontré.

En su mente, el sargento Collins evocó el plano del edificio. Había un pequeño aparcamiento privado en la parte trasera donde le habían pedido que aparcara para no alarmar a los pacientes. Una puerta trasera tenía cerrojos que se cerraban desde dentro, y conducía a través de una pequeña cocina de cuando este viejo edificio victoriano había sido un hogar. Eso daba a la zona de recepción y dos consultas ramificadas. Una escalera llevaba al piso de arriba a la consulta dental. Otra puerta bajaba al sótano y a la caldera fantasmal.

El edificio había sufrido algunas reformas cuestionables en los años ochenta que probablemente hicieron más daño que bien, pero desde entonces había empezado a mostrar papel pintado despegado, y la estructura se había vuelto artrítica con la edad.

Collins señaló hacia arriba. —¿Estará abierta la consulta dental?

Ramsgate asintió. —Abrimos al mismo tiempo. Ambas consultas son un asunto de familia. No el mío —añadió con énfasis.

—Ya veo. ¿Y los otros médicos? ¿Están todos aquí?

Ramsgate soltó un pequeño bufido de desaprobación. —No lo sabría. Pero lo dudo. Es miércoles.

Collins y Eastly intercambiaron una mirada desconcertada.

—El miércoles es cierre a mediodía, detective —dijo, casi como una reprimenda.

—Ah, ya veo. Supongo que no tanta gente cae enferma a mitad de semana.

Ramsgate le ignoró. —Nos turnamos en cuanto a cuál de nosotros viene.

—Y usted sacó la pajita más corta para hoy.

—Obviamente. —Miró su reloj de la manera más poco discreta posible y se puso en pie. Era alta, esbelta, y bajo su ropa sin estilo, Collins pensó que era bastante atlética.

—¿Ya pensando en irse a casa?

—Eso es lo que implica medio día. —Agitó un dedo hacia el cuerpo—. Mientras usted se encarga de esto, tendré que abrir la otra consulta para ver a mis pacientes.

—No estoy seguro de que pueda hacer eso —dijo Collins. Si acaso, la expresión de Ramsgate se agravó—. Esto es una escena del crimen. Tendremos que asegurar todo el edificio. Averiguar quién está aquí, entrevistar a todo el mundo, traer a los forenses.

—¿Y cuánto tiempo llevará eso? —interrumpió ella.

—Todo el día —dijo Collins de vuelta, sintiéndose de repente como si él tuviera la culpa—. Posiblemente un par. Tendrá que mandar a sus pacientes a casa y atenderlos en otro momento.

—Eso no va a ser posible. Estamos hablando de su salud. El punto de que estén aquí es que no acaben como esa. —Agitó la mano hacia el cuerpo de manera desdeñosa—. Veré a mis pacientes. Con su permiso. —Salió marchando de la sala. Solo cuando oyeron el crujido del suelo cerca de la recepción dejó Sarah Eastly escapar una carcajada contenida.

—Se lo han dicho bien dicho. ¿Verdad que es toda una mujer?

—Bastante profesional —Collins se preguntó por qué estaba defendiendo a la arrogante doctora—. Entonces, usando tus asombrosas capacidades deductivas, Eastly, ¿qué ocurrió aquí?

La agente Eastly ladeó la cabeza mientras estudiaba el cuerpo, con el ceño fruncido en concentración. —Bueno, por lo que puedo ver, entró, se tumbó, se quedó dormida y simplemente murió. —Se inclinó más cerca—. No veo moratones obvios. Sin signos de lucha...

—Echó un vistazo alrededor de la sala, sus agudos ojos buscando cualquier señal reveladora—. De hecho, ningún signo de lucha en absoluto. Es como si hubiera venido voluntariamente y se hubiera quedado tiesa.

El sargento Collins asintió pensativamente, su cara un mapa de contemplación. —Lo cual plantea varias vías de pensamiento. Si ella no es víctima de asesinato y todo esto es algún trágico accidente, pues que así sea. Ocurre. Pero si la trajeron aquí y la colocaron, entonces eso es toda una declaración pública. —Hizo una pausa, pasándose una mano por el pelo entrecano—. Asumamos juego sucio por ahora.

—Siempre es mejor asumir lo peor en los demás.

—No es que el asesino intentara ocultar el cuerpo. Simplemente dejándola aquí, sabiendo que va a ser encontrada. Y seamos francos, ¿encontrada por solo un selecto grupo de personas? Bueno, eso es bastante revelador.

Eastly captó el hilo de su pensamiento. —Estás pensando que esto está dirigido de alguna manera hacia nuestra buena doctora.

Collins resopló, un sonido entre la diversión y la frustración. —Ella era la que con más probabilidad iba a encontrarla. El limpiador viene la noche antes, así que la doctora o la recepcionista. —Su voz bajó—. Y en ese caso, ¿por qué no dejarla en recepción si eso es a quien quieres sacudir? No, esto se siente excepcionalmente premeditado.

—¿Crees que ella está ocultando algo?

Collins fue cauteloso. —O está atrapada en algo de lo que no es consciente. De cualquier manera, alguien está enviando un mensaje.

4

La agente Eastly se dirigió escaleras arriba y el sargento Collins notó el inconfundible chirrido de cada peldaño de madera mientras subía. El edificio era victoriano, lo que significaba que era ruidoso incluso en reposo. El asesino habría necesitado asegurarse de que no había testigos alrededor si estaba arrastrando un cuerpo, pero con cada tabla del suelo amenazando con dar la alarma, estaban bien situados para detectar un testigo si alguien hubiera aparecido pronto.

En la recepción, una mujer regordeta de pelo oscuro con gruesas gafas de montura roja, sostenía su taza de té bien cargado, con las manos visiblemente temblorosas, mientras estaba sentada detrás del mostrador de recepción. Miró a Collins con ojos abiertos de par en par detrás de sus gruesas lentes. Los había saludado en la entrada trasera y los había conducido a través. Y aparte de confirmar que su nombre era Mandy Walters, no había dicho nada más.

—Hola, inspector —dijo cuando Collins se acercó a su escritorio.

—Detective sargento —se corrigió automáticamente, e instantáneamente lamentó la corrección inútil.

—Oh. ¿Eso es un grado por encima del inspector?

—¿Tengo razón al creer que fue usted quien abrió esta mañana?

Mandy asintió con tanta energía que el café se derramó por el borde de la taza. —Sí, aparqué en la parte trasera como siempre,

pero la puerta trasera solo se abre desde dentro, así que tengo que dar la vuelta. Todo estaba normal. Las puertas delantera y trasera estaban cerradas con llave, ninguna ventana dejada abierta. Pero la alarma estaba apagada. El limpiador debe de haberse olvidado de ponerla otra vez.

—¿Está todo el edificio con alarma?

Asintió con la cabeza hacia un teclado en la pared a un lado de su escritorio.

—¿Quién tiene el código de la alarma?

—Yo, todos los médicos, la enfermera de distrito, pero está de baja por maternidad, y el limpiador. Y, por supuesto, el dentista de arriba.

—¿Tienen su propia recepción?

Mandy no pudo reprimir una risa sarcástica. —Ah, no, eso sería yo. —Forzó una sonrisa e indicó el escritorio—. Haciendo dos trabajos al mismo tiempo.

—Por el doble del sueldo, espero.

—Sí, claro... —Sorbió su té y evitó la mirada del detective.

Collins reunió un tono conversacional ligero para mantenerla hablando. —Supongo que eso hace las cosas bastante estresantes cuando se pone ocupado.

—Siempre es una pesadilla. Me traen a mal traer.

Collins volvió los ojos hacia la consulta de la doctora. —¿Vio usted a la persona en la consulta?

Las manos de Mandy temblaron visiblemente mientras asentía bruscamente. —En realidad no me aventuro en la consulta de la doctora a menos que estén allí. No hay realmente nada para mí allí a menos que el ordenador se rompa, o no puedan encontrar un archivo. —Señaló su escritorio, abarrotado de papeleo, cadenas de clips y un maltratado portátil negro—. Este es mi feudo, todo el día. —Dio una palmadita en la pantalla de plástico gris—. Y este cacharro lleva el edificio. Todos los registros de pacientes de las dos mitades. Detalles bancarios. Publicidad. Hasta tengo que cambiar los detalles en la página web. Me tienen haciendo de todo.

—No podrían funcionar sin usted.

—Por eso siempre estoy peleando por un día libre. No quería estar aquí esta semana. Sin embargo... —Se encogió de hombros impotente—. Nunca me dejan un día libre.

—Cuénteme qué pasó esta mañana.

—Como he dicho, abrí. Los pacientes empezaron a llegar demasiado pronto como siempre. —Sacudió la cabeza hacia arriba, indicando a los que mandan—. Nunca quieren que los deje entrar pronto, pero que les den. Estaba llovizando y hacía frío. Y la gente no debería estar fuera si está enferma, así que los dejé entrar unos ocho minutos antes. Típicamente, la doctora Ramsgate llegó tarde. —Mandy no logró ocultar el desprecio en su voz—. Iba a mandarle un mensaje, pero, bueno, no es la primera vez. —Vio la expresión de Collins—. No vive en el pueblo y con un tractor lento o unas obras en la circunvalación basta. Es lógico. Pero si yo fuera ella, no veo el daño en salir un poquito antes. —Sorbió el té de nuevo antes de continuar—. Por supuesto, la gente se fue poniendo un poco de los nervios como hace. Especialmente los enfermos. —Señaló escaleras arriba—. La doctora Karam llegó a tiempo. Es simpática. Siempre dice hola. Aunque es dueña del dentista, así que uno lo esperaría. De todas formas, Ramsgate llevaba un buen cuarto de hora de retraso, así que estaba a punto de llamarla cuando entró marchando sin decir ni pío.

—¿Y cómo consideraría usted su estado de ánimo?

Mandy le dio algo de reflexión, frunciendo los labios. —Estresada —consideró más—. Supongo que eso es lo habitual. Llegaba tarde y sé que no le gusta ir con retraso en el horario. —Se encogió de hombros—. Apenas dijo dos palabras, y una de ellas fue «café».

—Suena como alguien difícil de tratar.

—Es la más amable. —Otra vez, Mandy evitó su mirada—. La doctora Karam es la que los pacientes esperan no les toque. —Captó la confusión de Collins—. El otro Karam. Hermano y hermana. Él es dueño de esta parte. —Señaló la planta baja—. Es un pri– Es de ideas fijas. De todas formas, Ramsgate fue a su consulta. Yo fui a encender el ordenador. —Se detuvo—. No, estaba encendido. El hervidor había hervido así que acababa de hacer un Nescafé cuando ella salió directa y me dijo que llamara a la policía.

—¿Le echó un vistazo?

Mandy asintió casi tímidamente. —Cuando le pregunté por qué llamaba a la policía, no me lo dijo. Simplemente volvió andando directa allá, así que tuve que ir a ver por mí misma.

—¿Por qué no le dijo lo que había pasado?

—Quizás estaba en estado de choque. Ver un cadáver puede hacer eso. Incluso a un médico. La mayoría de sus pacientes están vivos. Se llevaría un susto, ¿no?

Collins solo dio una respuesta murmurante baja. —¿Y puede describir cómo encontró la sala?

—Bueno, parecía como una consulta médica, ¿no? Nada fuera de lugar, nada que obviamente faltara.

—¿Alguna señal de entrada forzada? —Mandy consideró la pregunta y luego sacudió la cabeza—. ¿Y qué estaba haciendo la doctora Ramsgate cuando usted estuvo allí?

Mandy se encogió de hombros. —Estaba sentada en su escritorio, con aspecto agitado. Preguntó si había llamado a la policía, lo que no había hecho, y luego dijo que no dejara que los pacientes se enteraran.

Collins asintió y se giró hacia la sala de espera, y soltó un agudo grito de sorpresa al quedar nariz con nariz con Judith Spears, que había estado de pie a su hombro escuchando atentamente cada palabra.

—¡Judith! —exclamó—. Judith... —Apenas paró un tercer Judith, tartamudeando para detenerse por miedo a lo que ocurriría de forma macabra si pronunciaba su nombre tres veces.

—No hay nada malo en tu vista, ¿verdad? —sonrió Judith—. ¿Quién lo hubiera pensado? Vienes al médico de cabecera intentando ponerte en forma, en orden y con los pies en el suelo... y descubres que hay un cadáver en la trastienda.

—¿Exactamente cuánto de lo que estábamos diciendo has oído?

Judith arqueó una ceja. —Querido detective... ¿es una declaración de testigo lo que quieres? Al fin y al cabo, llegué antes que tú. —Asintió de vuelta a la sala—. Así que, ¿quién sabe lo que yo sé y tú no?

El sargento Collins estudió la sala de espera. Pintada en lo que una vez fue un tranquilizador amarillo, ahora parecía anémica. La pared estaba agrietada y descascarada, con pósteres advirtiendo sobre diabetes, vacunas antigripales y otros asquerosos problemas corporales que Raymond Collins evitaba pensar, cubriendo las grietas. Diez sillas de madera con desgastado relleno de plástico formaban una herradura alrededor de una baja mesa de madera repleta de revistas envejecidas. Un extintor rojo y una alta planta de hojas verdes y amarillas proporcionaban un muy necesario toque de color.

Cinco personas más esperaban: un hombre de unos setenta años, otro cincuentón ligeramente más ágil con el pelo gris cuidado, y tres mujeres de la edad de Judith, todas igualmente entradas en carnes. Todas estaban sentadas con la atención en los teléfonos o en las revistas en mano.

Judith bajó la voz en tono conspirativo. —Tengo que decir que no son el grupo más observador. Creo que están tan acostumbrados a esperar aquí y que las cosas vayan con retraso, que no tienen ni idea de lo que realmente está pasando.

—Me gustaría que siguiera así.

—Ya me conoces, la discreción personificada. Y un gran activo para la fuerza. Contratada por ti mismo, la última vez.

—No fuiste contratada. Te abalanzaste. —Collins hizo una pausa antes de añadir a regañadientes—: Aunque, hay que admitirlo, tienes tus usos.

—¡Qué halagador! Estoy segura de que tienes a las mujeres desmayándose por tus cumplidos pasivos y tus insultos reluctantes. Entonces, ¿tenemos otro caso de asesinato?

—No. En absoluto. Lo que tenemos es un cadáver perfectamente ordinario. En la cama de allí atrás. Cerrado por dentro, seguro y tranquilo. Probablemente murió mientras dormía.

—Ah, sin señales de entrada forzada... —Judith se dio golpecitos en la barbilla pensativamente, y Collins sintió que una pequeña parte de él moría por dentro al darse cuenta de que le había llevado astutamente a divulgar más información de la que había estado dispuesto.

—Judith, los forenses están de camino y Sarah está hablando con la gente de arriba. Realmente no creo que haya mucho que ganar fisgoneando. Quizás alguna pobre viejita se puso indispuesta de repente. No lo sé. Quizás necesitaba medicación vital para el corazón, se desplomó y se fue a tumbar en la cama.

—Una pobre viejita que había irrumpido en la consulta como una ninja. ¿Quién es?

Collins abrió la boca para admitir que no lo sabía, pero se detuvo con una serie de sonidos balbuceantes. Lo que le dijera a Judith ahora, estaba perdido. Tanto si lo hacía como si no.

—Así que no es paciente. Curioso...

Los ojos de Judith centellearon por su cara, como si él estuviera dando una confesión silenciosa con cada matiz y contracción. A veces, juraba que era una especie de clarividente. Soltó un largo suspiro, esperando no haber cedido algún bocado útil de información.

—Creo que debería echar un vistazo. Antes de que lleguen los chicos y chicas del laboratorio y arruinen la escena del crimen.

—¡No es un crimen! ¡Bueno, todavía no!

Se lanzó corriendo más allá de él y por el pasillo antes de que pudiera detenerla.

—¡Judith! —siseó, consciente de que estaba atrayendo la atención de la sala de espera. Forzó una sonrisa pero no pudo pensar en nada que decir, y luego salió disparado en persecución de Judith Spears.

5

El sargento Collins encontró a Judith rodeando la consulta médica con toda la intensidad de un tiburón en la piscina de los niños.

—No puedes estar aquí —empezó, antes de ser silenciado por un dedo levantado de Judith.

Su cabeza escaneaba lentamente el suelo alrededor de la cama de exploración, y dijo sin mirarle: —Un par de ojos extra nunca obstaculizó ninguna situación.

Collins se negó a dejarse intimidar. —Judith, debemos esperar a los forenses. Eso es el protocolo.

Judith chasqueó la lengua con dureza. —Relájate. ¿Qué crees que soy, una aficionada?

—Sí. Eso es precisamente lo que eres.

Judith indicó la puerta. —¿Esto estaba sin cerrar cuando la doctora la encontró?

—Sí. Y el edificio estaba cerrado con llave.

Dio una palmada emocionada. —¡Oh! ¡Tenemos un thriller de habitación cerrada!

Collins se sintió desmoronarse bajo el peso aplastante que la personalidad de Judith ejercía. —Como dije, la puerta de la consulta estaba sin cerrar.

—Un edificio cerrado entonces. Eso nos da unas cuantas opciones más. —Captó su mirada y le lanzó una sonrisa traviesa—.

Entonces, ¿cuál es tu teoría, sargento?

—Detective sargento —Collins se encontró a la defensiva, sintiéndose de repente como si fuera él el que estaba siendo entrevistado—. Supongo que entró, se sentó en la cama, y luego murió.

—Ah, una víctima voluntaria. Qué conveniente.

—Bueno, hasta ahora, hasta que lleguen los forenses, no hay ninguna señal de juego sucio. Solo una muerte desafortunada.

—Mi querido detective sargento, ¡las señales abundan! ¿Cómo crees que llegó aquí?

Collins vaciló, sintiendo que le estaban tendiendo una trampa. —Bueno, por la falta de lucha, diría que de manera bastante voluntaria.

—¿Y casualmente murió pacíficamente mientras dormía? La levantaron hasta aquí.

Collins abrió la boca para hablar y sabiamente pensó mejor en hacerlo. Judith estaba de repente en modo conferencia, así que había muy poco que pudiera hacer salvo escuchar.

Gesticuló hacia la sábana sobre la que yacía el cuerpo. —Mírala. En la esquina más lejana, contra la pared. Está arrugada. ¿Lo ves? —indicó—. La parte más fácil de hacer una cama es meter las esquinas. Esa es la parte que todos podemos hacer; nos ponemos perezosos con los bordes. Está arrugada aquí —movió la mano hacia el lateral de la cama, hasta la esquina opuesta contra la pared—, y aquí. —Le miró con expectativa, pero él no seguía su línea de pensamiento—. No se han alisado bien. —Imitó agarrar las esquinas de una sábana que contuviera algo pesado. Incluso gruñó por el esfuerzo imaginario—. El cuerpo estaba en la sábana y luego fue izado a la cama. —Captó el ceño fruncido del sargento Collins y siguió hablando por encima de él—. Apuesto a que los forenses no encontrarán ningún moratón ni señales de manipulación. No aquí, en cualquier caso. La levantaron a la cama y la colocaron para que pareciera dormida en paz.

—Una tarea difícil de hacer solo —dijo Collins.

—Inútilmente imposible —dijo Judith—. Lo que significa que acabamos de doblar las probabilidades. Buscamos a un asesino y un

cómplice.

—Judith, eso es mera especulación.

—La especulación es lo que hace girar el mundo.

—No, no lo es. Las pruebas hacen girar los engranajes de un caso. —El sargento Collins se odió a sí mismo por sumarse a los tópicos.

—¿Ah sí? —Judith se encogió de hombros—. Ahora, sin que nada más haya sido perturbado, podría haber sido izada desde el suelo, a la cama. Esa habría sido la manera más fácil. Cargarla así —gesticuló —, sugiere que fue asesinada en otro lugar.

—Especulación —dijo Collins.

—Deducción —contraatacó Judith—. Si la cargaron, tiene sentido que sea desde otro lugar dentro del edificio.

Antes de que pudiera detenerla, Judith pasó marchando más allá de Collins y fuera de la sala. Se quedó en el pasillo, con los ojos girando hacia las varias puertas. Probó la puerta más cercana; estaba cerrada con un cerrojo por fuera.

—Eso es el sótano.

Probó la puerta trasera. También cerrada. Collins vio arquear su ceja, y cuando no habló, simplemente le frustró.

—¿Y ahora qué?

—Esta puerta está cerrada.

—Ya te haremos detective. —

Indicó la puerta de enfrente, que estaba parcialmente abierta. —Esa es la otra consulta. ¿Estaba cerrada?

—Sí. La doctora Ramsgate fue a buscar la llave a recepción, hace solo unos momentos, bajo tu propia mirada.

Judith indicó la sala que acababan de dejar. —Lo que significa que esta era la única puerta sin cerrar. ¿Se dejó sin cerrar? ¿O los asesinos... la abrieron? Así que cada entrada aquí abajo estaba cerrada.

Su mirada se dirigió a la escalera que llevaba hacia arriba. En la pared, una pequeña placa de latón ligeramente deslustrada rezaba «Consulta Dental», con una flecha apuntando hacia arriba. —Y no estamos solos —susurró emocionada, antes de apresurar el paso escaleras arriba chirriadoras.

JUDITH ENCABEZÓ la marcha escaleras arriba. Las aburridas paredes amarillas fueron repentinamente reemplazadas por una nueva mano de pintura de un Karam llamativamente brillante. Se abría a un rellano, con un par de sillas más, y tres puertas que se ramificaban. Un gran cartel rezaba: «Clínica Dental de Little Pickton».

La agente Eastly estaba entrevistando a una mujer menuda de principios de cuarenta años con un corte de pelo en melena corta y afilado, piel morena suave y ojos marrón oscuro. Collins pensó que su herencia debía haber cruzado continentes para producir a alguien tan atractivo de manera seductora. Llevaba una prístina bata blanca de médico. Al sargento Collins le llamó la atención que era la única persona que había conocido hasta ahora en la consulta que parecía una médico de confianza.

Eastly tomaba notas en el teléfono, pero dejó de hablar, con la cara congelada en una semisomrisa cuando vio a Judith. Sus ojos se desviaron entre Judith y su jefe. Todo lo que él podía hacer era dar un suave encogimiento de hombros derrotado.

—Ah, doctora Karam —dijo Judith calurosamente.

Le llevó un momento a Karam reconocer a Judith antes de que rompiera en una perfecta y deslumbrante sonrisa blanca.

—¡Ah! ¡La mismísima señorita Spears! No sabía que tenía cita hoy.

—Oh no, estoy aquí por lo de abajo: presión arterial, y asesinato.

Collins soltó un audible resoplido ante sus palabras, llamando la atención sobre sí mismo. —Quiere decir un cadáver. El estado del... eh... fallecimiento del susodicho cuerpo está todavía por confirmar. Soy el sargento Collins. Raymond Collins.

—La doctora Nadin Karam. —Su sonrisa se apagó y asintió sombríamente—. La detective me estaba contando lo que ha pasado. —Apretó los puños juntos—. Y me estaba interrogando sobre mi paradero —añadió con una sonrisa casi disculpándose—. Terrible asunto —añadió, como si de repente recordara la gravedad de la situación.

Collins estudió el rellano. Una gran ventana de guillotina daba a la calle principal, con una planta suculenta de buen aspecto posada a un lado del alféizar. La puerta detrás de la doctora Karam estaba

abierta, revelando una consulta dental bien iluminada. Había otras dos puertas cerradas, y la escalera continuaba hacia arriba.

—La consulta dental está separada de la de abajo. Un asunto de familia, al parecer —dijo Eastly, echando un vistazo a sus notas—. La doctora Karam es la única que está aquí.

—Ah, eso es porque es miércoles —dijo Judith, con los ojos escaneando en busca de cualquier pista.

—No, es porque ya no tenemos otro cirujano dental, así que esa consulta no se usa.

—¿Y su asistente?

—Se fue antes de Navidad. Soy un espectáculo unipersonal.

—Y qué mujer —dijo Raymond automáticamente, e instantáneamente se arrepintió. Por suerte, la doctora Nadin Karam no pareció notarlo.

—Llegué justo antes de las nueve y subí directamente aquí. Mi primer paciente esta mañana canceló, así que no tenía nada hasta las nueve y media.

Judith se asomó por la ventana y estudió la planta, hablando justo cuando el sargento Collins abría la boca para hacerlo.

—¿Alguna señal de entrada forzada?

Karam sacudió la cabeza. —Todo parecía bastante normal. Mandy estaba en su escritorio, molesta como siempre.

—¿Por qué sería eso? —Collins apuntó, ansioso por recuperar las riendas de la investigación.

Karam puso los ojos en blanco. —Es una chica maravillosa. Bueno, lo era. Sé que está mal pagada, pero últimamente se ha convertido en toda una señorita.

—¿Y llegó aquí antes que usted? —Karam asintió—. Tiene acceso al edificio, por supuesto.

—Tengo una llave y el código de la alarma. Soy la propietaria. Bueno, la mitad, junto a mi hermano.

—¿Y supongo que él estará en casa hoy porque es miércoles?

—Exactamente.

Señaló las puertas cerradas. —¿Esa es su consulta?

Ella le indicó que entrara. Era una limpia consulta dental, con un diván azul reclinable y el ominoso flexo angulado sobrevolando por

encima de él. Era un objeto que le enviaba escalofríos por la columna a Collins. Nunca había sido fanático de visitar al dentista. Su infancia giraba en torno a demasiados dulces, por lo tanto demasiados empastes, lo que le hacía, incluso ahora, muy consciente cuando abría la boca demasiado para reír, revelando sus feos empastes grises en la parte posterior de la boca.

Las superficies de trabajo estaban llenas de los instrumentos habituales de tortura dental. Se acercó a la gran ventana de guillotina, idéntica a las otras del edificio. Estaba cerrada con cerrojo desde dentro, y daba a la calle principal.

Saliendo de nuevo, señaló las otras puertas. —¿Y estas?

Nadin abrió la puerta más cercana. Era una sala vacía. —Otra consulta, sin uso. —La volvió a cerrar con llave, y abrió la tercera puerta—. Un trastero.

Se abría a una estrecha habitación oscura. La doctora Karam extendió la mano para encender la única bombilla desnuda antes de que el sargento Collins entrara. Estantes metálicos estaban atornillados contra las paredes opuestas y abarrotados de varios frascos médicos y blísteres de plástico. Karam señaló hacia el lado izquierdo.

—Todo esto es para la consulta dental, y al otro lado, todo esto es para la consulta de abajo.

Collins examinó la cerradura. —¿No debería la medicación guardarse bajo medidas de seguridad más estrictas?

—Estos son solo suministros básicos para uso interno. No nos está permitido dispensar al público. Necesitamos escribir una receta. La farmacia necesita entregar cualquier cosa más seria a un paciente.

Collins salió de nuevo al rellano y la doctora Nadin Karam apagó la luz y cerró la puerta con llave. Deslizó las llaves en el bolsillo de la bata.

—Todas las ventanas aquí arriba estaban cerradas desde dentro. Puertas delantera y trasera cerradas —dijo Sarah mientras cerraba la aplicación de notas en el teléfono—. Solo queda arriba.

Señaló la escalera que continuaba.

La doctora Karam se encogió de hombros. —Eso es solo el desván. El limpiador lo usa para almacenamiento. Nunca nos aventuramos allí arriba.

El sargento Collins encabezó diligentemente la marcha escaleras arriba. Si acaso, los escalones eran aún más chirriantes. El pasillo estaba oscuro, iluminado solo por la luz ambiente del rellano. La escalera seguía una curva cerrada antes de llegar al desván. Era de un tamaño similar al rellano de abajo, con un techo inclinado que obligó a Collins a agacharse al acercarse. Otra gran ventana de guillotina, cubierta de suciedad, daba al aparcamiento trasero. Esta estaba sin cerrar.

Judith y Eastly le siguieron, mientras la doctora Nadin Karam se quedó a mitad de la escalera; lo justo para poder observarles.

—Esa da a una escalera de incendios metálica. Aunque no se usa nunca. Era una de esas cosas de seguro que necesitábamos instalar.

Había varias cajas de cartón apiladas alrededor, llenas de suministros de limpieza de medio año, cubiertas por una capa de polvo. Dos cubos y tres fregonas estaban apoyados en la esquina, junto a cuatro grandes bidones de lejía y otros utensilios de limpieza.

—Solo Milen viene aquí arriba —dijo Karam—. Es el limpiador. Viene al final del día, y le dejamos a lo suyo.

El sargento Collins escuchaba a medias mientras observaba a Judith rodear la habitación, prestando atención a la ventana, y luego pasó el dedo por una caja polvorienta. Obviamente el limpiador cuidaba mejor el resto del edificio que su propio pequeño espacio.

Al volver al rellano dental, el semblante de Nadin se volvió un poco menos jovial mientras se retorcía las manos con ansiedad. —Entonces, ¿qué significa todo esto, detectives?

Judith saltó directamente. —¡Tenemos una caja puzzle maravillosa! —Levantó los brazos hacia el techo—. ¡Una unidad sellada, un edificio vacío, y un cadáver! —Dio una palmada y se frotó las manos.

Nadin parecía estresada. —Tengo pacientes que ver. ¿Cuánto tiempo llevará todo esto?

Collins intervino rápidamente antes de que Judith pudiera dar su propia clase magistral dramática. —Tenemos a los forenses de camino. Pero estamos lejos de una gran ciudad, y están al límite en el mejor de los casos. —Miró a Eastly—. Toma los nombres de las personas en recepción y déjalas marchar. Me sorprendería que no llevara hasta el final de mañana como mínimo.

La doctora Karam estaba a punto de protestar, pero Collins siguió adelante y asintió a Eastly. —Detective, si te puedo dejar para procesar las cosas aquí dentro. —Antes de que pudiera responder, se giró hacia Judith—. Y Judith, una palabra fuera, por favor.

Little Pickton no era un pueblo bullicioso en ningún sentido, aunque obviamente atraía una cantidad más que proporcional de asesinatos. Era un lugar donde los habitantes venían a pasar desapercibidos y a no meterse en los asuntos de nadie, aunque al no meterse en sus propios asuntos, los asuntos de los demás eran legítimos. El cotilleo era una moneda de valor.

Eran justo las once, y solo había unas pocas personas en la calle principal. Era como si el miércoles fuera tan contagioso que todo el pueblo se desconectara el día de la cuesta arriba de la semana.

Collins tomó el edificio, y botó arriba y abajo sobre los talones mientras metía las manos en los bolsillos del abrigo para protegerse del frío. La consulta estaba en el extremo de la calle principal, el lado opuesto al supermercado, el Tiempo para el Té, y la iglesia. El extremo que poca gente exploraba, si es que se podía explorar una corta línea recta. El edificio victoriano independiente una vez se erguía orgulloso, pero ahora era un emblema desvanecido, rodeado por una pared de ladrillo coronada por oxidadas verjas de hierro. El acceso al aparcamiento de atrás era a través de un camino dos edificios más adelante, que daba servicio a los tres edificios. El vecino había sido una vez una agencia inmobiliaria, mientras que el que estaba al lado no había sido usado desde que Judith se mudó al pueblo.

Enfrente había una tienda de antigüedades. No solo estaba cerrada, sino que parecía que no había abierto en una década,

aunque Collins suponía que debía abrir para el negocio ocasionalmente. Estudió el frente de ella esperando que hubiera una cámara de la que pudiera requisar imágenes, pero no había nada anterior a los años ochenta.

—Entonces, ¿qué piensas, Judith?

Judith parpadeó sorprendida. —No esperaba que la frase empezara así.

—¿De verdad? ¿Qué esperabas?

—Quizás un severo: «¡no metas las narices y deja de hacer preguntas!» —Hizo una imitación pasable de Collins, y él sonrió a su pesar.

—¿Y si lo hiciera, funcionaría?

Judith se rió entre dientes. —Por supuesto que no.

—Ahí lo tienes —dijo Raymond con una indiferencia casi casual.

Judith chasqueó la lengua. —Querido Raymond, casi podría acusarte de haber leído un libro sobre psicología inversa.

La sonrisa del sargento Collins no llegó del todo a los ojos; de ninguna manera iba a admitir lo cerca que estaba. Aunque los artículos que había leído eran todos en línea. A pesar de que sus manos estaban metidas en los bolsillos laterales de la chaqueta, el sargento Collins podía seguir sintiendo la forma rígida del sobre que había metido en el bolsillo interior al salir de la comisaría esa mañana. No se lo había enseñado a Eastly, y le había dado mucho en lo que pensar. Botó arriba y abajo sobre los talones de nuevo, y empezó a hablar, pero notó que Judith estaba paseando, sosteniendo el teléfono hacia el cielo.

—¿Qué estás haciendo?

—Me cambié a un nuevo proveedor de teléfono. Era diez euros más barato. El único problema es que no viene con una señal fiable. —Suspiró y guardó el teléfono—. ¿No podrías venir conmigo y mostrar la placa para que pueda exigir de vuelta mi antiguo operador?

Raymond sonrió. —No creo que funcione así. —Se rió, luego se serenó rápidamente—. Siempre es útil tenerte cerca, Judith. —Quizás había exagerado un poco el tono diplomático porque evocó un jadeo de asombro de ella, lo que le llevó a pensar que ella

deliberadamente había sido exigente dentro de la consulta, solo para irritarle; solo para poner a prueba su paciencia.

—Bueno, eso es... amable de tu parte, Raymond. —Exploraba el paisaje en busca de minas terrestres verbales.

Collins la contempló pensativamente. O había estado leyendo demasiados artículos de psicología, o juzgaba que Judith ya iba un paso por delante. O simplemente podía ser ambas cosas.

—Tengo que ir a la ciudad —dijo finalmente—. Jefatura. Es posible que esté allí el resto del día, así que Sarah podría beneficiarse de un poco de apoyo.

—Ah, supongo que los recortes están retrasando las cosas, como siempre es el caso. —Cuando él no reaccionó, Judith adoptó un tono más serio—. Me sorprende que realmente me quieras cerca.

Vieron pasar la furgoneta de correos de camino al pueblo, seguida de un camión de reparto de Amazon, y luego el silencio descendió sobre la calle.

—Miércoles, ¿eh? —dijo Collins—. Nunca me di cuenta de lo miserable que es un día.

6

El Club de Raqueta de Denzel Green era un lujoso oasis en una ciudad que intentaba dar por encima de sus posibilidades. Una actitud que Judith atribuía al espíritu emprendedor del alcalde. Hasta hoy, no tenía ni idea de que existiera un lugar tan lujoso tan cerca de casa. Sin embargo, aquí estaba, con la agente de detective Sarah Eastly, sentada en una mesa cubierta con un prístino mantel blanco, siendo servida con té y lujosos y gordos bollos de pasas y grosellas. El gran y aireado invernadero le hacía sentir como si estuviera en una playa de Malibu, en lugar de la vista más prosaica que daba a una pista de tenis al aire libre de tamaño reglamentario, más allá de las puertas de cristal del patio. Estaba cubierta, y calentada por lámparas calefactoras de dos metros colgadas alrededor del borde de la pista, que brillaban en naranja y tostaban levemente a cuatro jugadores de mediana edad que parecían haber salido de un catálogo. Solo el hecho de que uno de los calefactores colgara de una sola bisagra, y estuviera siendo arreglado por un hombre con sobrepeso en sucios monos, rompía la ilusión de Malibu y devolvía la escena a la Inglaterra rural.

Sarah Eastly estaba sentada enfrente y se removió en la silla. —Esta sí que es la buena vida, ¿eh?

—Supongo que si te gusta el raquetbol. ¿No juegas al bádminton?

—Me he estado iniciando en él con Kevin. —Sarah vaciló mientras se le encendían las mejillas.

Judith intentó no reaccionar al nombre mientras cogía un bollo y lo ponía en un plato para diseccionarlo. —Ah, tu nuevo y joven galán.

—Bueno, es más, eh... —Sarah dejó la frase sin terminar, con las mejillas sonrojadas mientras cogía un bollo y usaba el cuchillo para atacarlo con toda la habilidad de un alumno de segundo de manualidades.

—Nunca supe que había tantos deportes de raqueta —dijo Judith, examinando la variedad de mermeladas, algunas de las cuales eran de frutas de las que nunca había oído hablar, como la lingonberry—. Tienen una cancha de squash, canchas de bádminton, tenis de mesa. ¿Qué era esa cosa al entrar, con una redecilla de plástico pequeña?

—Pickleball —dijo Sarah—. Creo que es americano.

—Tendría que serlo. Ping-pong sin el encanto. —Judith se centró en la mermelada de guayaba.

La reunión fue interrumpida por la llegada de Martín Karam. —Perdone mi tardanza —dijo con una leve sonrisa que reveló una serie de deslumbrantes y perfectos dientes.

La escasa investigación que Judith había hecho en internet indicaba que Martín rondaba los cuarenta y pico, pero en persona parecía retocado con Photoshop. Como su hermana menor, tenía genes de todo el mundo, creando a un hombre improbablemente atractivo. Piel con leche, con la cantidad justa de barba de varios días; ojos marrones penetrantes y rasgos marcados que parecían salidos directamente de Vogue. Su pelo negro azabache estaba estilosamente peinado, y Judith no podía decidir si era fortuitamente natural, había salido de un tinte, o había nacido en el corazón de un agujero negro. De cualquier manera, era impecable. Llevaba una polo ligera gris y unos pantalones de lino beis perfectamente planchados, con unas zapatillas blancas inmaculadas que, según Judith, debían costar un disparate.

Se inclinó ligeramente al estrechar primero la mano de Judith y luego la de Sarah, demorando esos ojos penetrantes un poco más

en la detective. —Lo siento por hacerles esperar, señoras. Había subestimado a mi contrincante, y soy ferozmente competitivo. —Se sentó y miró a Judith—. Entonces, ¿usted es detective?

—No lo sé —dijo, agitando la mano como una bandera al viento hacia Sarah—. Esta es la agente de detective Eastly. Yo soy Judith Spears.

Martín se recostó en la silla y juntó los dedos justo bajo la barbilla. —Ah, ya veo. ¿Y usted qué hace?

—Soy más una consultora, si se quiere.

La vaga respuesta pareció satisfacer a Martín, y dirigió su atención a Sarah. —Entonces, ¿en qué puedo ayudarla, detective?

—Bueno, esta mañana se descubrió un cadáver en su consulta.

—Muy desafortunado. ¿Conocen la identidad de la señora?

—Lo estamos investigando. Ninguno de sus empleados, ni su hermana, parecen saber quién es.

—Es un acontecimiento terrible. Espero que esto pueda manejarse con discreción. Por frío que pueda sonar, la muerte no es buena para los negocios, especialmente cuando se regenta una consulta médica.

—Por supuesto. Aunque diría que hay falta de competencia en la zona, ya que son la única consulta por aquí. —

Martín hizo un gesto desdeñoso y se sirvió algo de agua.

—¿O debería ser que no hay competencia externa? —dijo Judith, captando su mirada—. Entiendo que la consulta médica y la clínica dental son dos negocios separados, un asunto familiar.

—Así es. —Dejó el vaso sobre la mesa con un suave clic y echó dos cubitos de hielo en su vaso de agua y le dio un pensativo giro, como si estuviera valorando un Pinot Noir de cosecha especial—. La consulta médica es mía. Los dientes y las encías son el territorio de mi hermana. Ella es el problema.

—Es un acuerdo inusual. ¿Por qué no combinarlos simplemente?

—El edificio nos fue legado por nuestro difunto padre. La triste verdad es que yo era su favorito, y ella no podía soportar que lo dividiera entre nosotros. —Lanzó otra sonrisa perfecta—. Siempre fue del tipo celoso. Yo estudié para ser médico; ella no podía hacer

eso, ¿verdad? No, así que se hizo dentista. Siempre fue la contraria. Yo era el hermano emprendedor... —dejó el final de la frase sin decir.

—Supongo que no se llevan bien.

—¡Como una casa en llamas! —Se rió, luego se puso serio cuando ellas no se unieron—. Somos hermanos. Los hermanos pelean a pesar del amor.

—¿No vino a trabajar esta mañana?

Se encogió de hombros. —Es miércoles.

Judith se sirvió algo de agua. —Parece que el consejo médico es hacer lo mínimo posible a mitad de semana. —Levantó el vaso—. Por el ecuador semanal, un día en el que todos deberíamos no hacer nada. No ponernos enfermos y, especialmente, no que nos asesinen.

Eso provocó una reacción de Martín. —¿Asesinato?

Sarah intervino rápidamente: —No podemos afirmarlo con seguridad, doctor Karam.

—Martín. Que no se le ocurra confundirme con mi hermana.

—Martín. Pero las circunstancias son inusuales. Parece muy improbable que fuera algún vagabundo despistado que irrumpió en sus instalaciones para dormir y luego simplemente murió. —Le lanzó una mirada a Judith—. Pero en esta etapa, todo es pura especulación.

Los ojos de Karam escanearon la sala, y se inclinó hacia delante, bajando la voz: —El asesinato es un asunto grave.

Judith imitó sus acciones mientras dejaba el vaso y se inclinaba hacia delante. —Diría que es uno de los peores. Peor que no usar el hilo dental.

Karam lanzó a Judith una mirada oscura. —¿A quién han entrevistado?

—A Mandy, a la doctora Ramsgate y a su hermana. Parece que tienen bastante poco personal, a pesar de ser miércoles.

—Una de baja por maternidad, y Nadin tuvo que prescindir de su asistente antes de Navidad. El dinero puede escasear. Los problemas del SNS salen en las noticias todas las noches.

—Cuénteme sobre la doctora Ramsgate. ¿Lleva mucho tiempo con ustedes?

—Ah, Audrey es una mujer maravillosa. Una amiga de muchos años. Mi padre la tenía en gran estima. La ayudó en el pasado, así que siempre ha estado cerca de nosotros. —Su voz heredó una baja calidad zalamera—. Tuvimos un desliz en el pasado. —Su presunción se convirtió en algo un poco más reflexivo—. Es toda una mujer. —Sorbió su bebida y miró alrededor del club antes de continuar—. ¿Qué dijeron?

Judith se recostó, tentando su respuesta con absoluto silencio. Karam se removió en el asiento hasta que Sarah rompió el ambiente preguntando:

—Eso es confidencial, de momento. ¿Podría elaborar sobre la salud de sus negocios?

—Como usted ha señalado, somos la única consulta médica y dental a kilómetros de una zona próspera. Diría que nos va bien.

—La caldera suena algo cascada —dijo Judith.

—Son monstruosidades caras.

—Falta de personal —añadió—. Todo podría beneficiarse de una mano de pintura.

—Tenemos pocos pacientes privados. Como he dicho, somos tan víctimas del sistema sanitario como cualquier otro.

—¿Alguna queja?

Sus cejas se dispararon hacia arriba. —¿Me está sugiriendo que maté a una desconocida porque no estaba contento con mi trabajo? Esto se parece a una conversación a la que debería asistir mi abogado.

Sarah lanzó una sonrisa fácil. —Eso no es lo que quería decir. Y desde luego no es lo que estoy sugiriendo. Solo intento establecer el ambiente y la atmósfera. ¿Y su hermana? ¿Diría que era feliz?

—Mi hermana nunca es feliz, detective. No se lleva bien con Audrey. Odia a Milen, que es el conserje. Búlgaro. Un buen hombre. Leal. Que es probablemente por qué le odia. Pero no veo cómo sabotear nuestro negocio resolvería nada. Especialmente cuando estamos a punto de hacerlo un éxito.

—¿Cómo así? —preguntó Judith.

—Soy un hombre de negocios, señora Spears. Sé lo que hay que hacer.

—Un hombre de negocios astuto, es mi suposición. —Martín tomó el cumplido con una sonrisa—. Soy terrible en ese tipo de cosas, razón por la cual no entiendo por qué sigue llevando las consultas como dos entidades comerciales separadas. ¿No sería eso el doble de problemas?

Hubo otro pesado silencio.

—Durante los últimos dieciocho meses así ha sido. Tiene toda la razón, pero mi hermana no escucha la lógica. Como le dije, nuestro padre nos legó la consulta a los dos. Le ofrecí comprar su parte, pero ella quería independizarse con la clínica dental. Es en lo que se formó, y supongo que le parecía lógico, con las listas de espera y las dificultades para conseguir citas debido a los médicos que se marchan al extranjero. Tenía más sentido tener un servicio integral, pero tenerlo como un solo negocio habría sido lo mejor. Ahora Mandy tiene que llevar dos juegos de cuentas, registros de pacientes. Como dijo usted, el doble de problemas.

—Por la mitad del sueldo —añadió Judith.

Eso irritó a Martín. —Es elección de mi hermana. Me preocupa más nuestra reputación colectiva.

—Por supuesto. —Sarah giró el teléfono boca arriba y pasó a las fotografías antes de inclinarlo para que Martín pudiera ver un primer plano de la cara de la fallecida, con todo el aspecto de estar dormida —. Esta era la señora. ¿Le resulta familiar?

Martín echó una larga y dura mirada a la fotografía y luego sacudió la cabeza con firmeza. —Entiendo lo que quieren decir. No parece una persona sin hogar que se hubiera colado.

Sarah bloqueó el teléfono. —¿Dónde estaba cuando se enteró de lo que había pasado?

—Estaba en casa cuando recibí una llamada de Audrey. —Sarah asintió levemente para animarle a seguir hablando—. Simplemente me dijo que había una mujer muerta en la consulta.

—¿Y qué hizo usted?

—Le instruí que llamara a la policía.

Sarah asintió y empezó a tomar notas en el teléfono. —¿A qué hora fue eso?

—Justo después de las nueve, creo. —Levantó un dedo y sacó el móvil. Sus dedos danzaron por los iconos hasta que pudo ver el registro de llamadas—. Las 9:08, exactamente.

Sarah tomó nota. —¿Y luego qué hizo?

—Estaba conmocionado, por supuesto. No es algo agradable con lo que despertar. Pero ¿qué podía hacer? Terminé el desayuno.

Sarah intercambió una mirada con Judith. —Bueno, creo que es todo lo que necesitamos por ahora, pero cuando tengamos más información o preguntas me pondré en contacto.

Asintió. —Por supuesto, si hay algo más que pueda hacer, por favor hágamelo saber.

Judith apuró rápidamente el agua, casi atragantándose con el cubito de hielo parcialmente derretido. —Gracias, parece que ha hecho todo lo que puede, por ahora.

CAMINANDO de vuelta al coche de Sarah, Judith estaba inusualmente pensativa. Era un estado de ánimo que ponía nerviosa a la agente Eastly.

—Cómo vive la otra mitad —dijo Sarah, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Cuando Judith no respondió, chasqueó los dedos—. ¡Control de tierra llamando a la mayor Spears! ¿Sigues conmigo? —Eso devolvió a Judith con una sonrisa divertida—. Es un hombre bastante encantador, ¿verdad?

—Zalamerías es la palabra que me viene a la mente.

—¿De verdad?

—Y obviamente no es la persona más locuaz del mundo.

—Evidentemente.

—Y antes de que salgas corriendo a buscar la palabra locuaz, te diré que no es un gran hablador, o lo es, si es sobre sí mismo. Ese tipo de personas son ocultadoras.

Llegaron al sucio VW Golf de Sarah, que era un coche policial sin identificar tomado del parque del cuerpo. Había visto días mucho mejores y era el camuflaje perfecto para un desguace. Desde que había destruido con éxito uno de sus mejores vehículos chocándolo

contra un tren, Sarah estaba convencida de que el departamento de seguros de la policía la tenía tomada con ella.

—¿Qué te hace decir eso?

—¿Qué tipo de persona se despierta para descubrir que hay un cadáver en su negocio? Un negocio cuya reputación dice que le preocupa, pero luego vuelve a terminar el desayuno y se viene aquí a un partido de tenis.

—¿Quizás está en estado de choque? —ofreció Sarah.

—¿Te parece el tipo de persona que se conmocionaría tan fácilmente? Es médico, por el amor de Dios. No se conmocionaría extrayendo una aspiradora Henry del trasero de alguien.

Sarah arrancó el coche y sopesó la valoración de Judith. El incidente, o la aspiradora Henry, no fue mencionado en el trayecto de vuelta a Little Pickton ya que Judith ya había pasado a criticar con entusiasmo la conducción de Sarah.

7

Raymond Collins estaba sentado en su coche escuchando el suave tamboreo de la lluvia en el techo. A pesar del frío matutino, había bajado la ventana un par de centímetros para poder inhalar profundamente el aire fresco. Soplaba las telarañas enfermizas de su mente y, más urgentemente, de su estómago. Estaba sentado en el aparcamiento del forense jugando con una carta que le había llevado a una reunión con su jefa el día anterior, y su contenido pesaba considerablemente en su mente.

El forense estaba realizando la autopsia del cuerpo encontrado en la consulta. Era parte del trabajo de Raymond que encontraba cada vez más repulsiva. No era tanto la naturaleza gráfica del proceso en sí lo que le molestaba, sino más bien el hecho de que la persona estaba muerta, lo que en todo caso era algo bueno si estabas a punto de ser sometido a una autopsia.

Cuando había sido un joven agente, nunca había sido particularmente aprensivo, y a pesar de la tragedia, estar cerca de un cadáver venía acompañado de un aire de emoción, algo que la agente de detective Sarah Eastly todavía poseía. Era la persona menos mórbida que Raymond conocía, pero seguía habiendo un oscuro deleite cada vez que estaban cerca de un cuerpo. Para Raymond, era solo un triste recordatorio de que el fallecido tuvo en su día sueños y ambiciones sin cumplir. A ese nivel, le resultaba

difícil distinguir entre los buenos, los malos, y luchaba por hacer la separación mental que enfermeras y médicos de todo el mundo eran capaces de mantener para no enredarse emocionalmente con un paciente o fallecido.

Como la doctora Audrey Ramsgate. Se coló en sus pensamientos como una mujer fuerte y de éxito, un contrapunto a la más vulnerable doctora Nadin Karam...

—¡Cállate! —se espetó a sí mismo. Lo último que necesitaba era desarrollar un flechazo por sus sospechosas. ¿Qué le pasaba? Bueno, sabía la respuesta. Necesitaba un cambio... o más bien, el cambio le estaba alcanzando por detrás y albergaba posibilidades intrigantes.

Pero también sabía que, en el fondo, le tenía miedo al cambio.

Cuando llegaron a la oficina del forense, se demoró lo suficiente en el coche para que Sarah se ofreciera a ir primero. Con el pretexto de hacer una llamada importante, la aseguró de que la alcanzaría, aunque no tenía ninguna intención de hacerlo. Era más que capaz de informarle después.

Abrió el sobre, sacó la carta y la leyó dos veces solo para confirmar que no había soñado ninguna parte de ella.

Era una oferta de ascenso. O al menos, una entrevista para uno.

Era algo que debería haberle deleitado, especialmente después de un par de éxitos inesperados. Y ahora la oportunidad se le había ofrecido en bandeja.

Sí que venía con una salvedad. Tendría que trasladarse a las afueras de Mánchester. No dudaba de que la gente allí fuera tan encantadora como en cualquier otro lugar, pero cuando salía el término afueras, inevitablemente también lo hacían las crecientes tasas de criminalidad y la desolación general de la naturaleza de los delitos.

Su entusiasmo inicial había sido inesperadamente atemperado por el pensamiento de dejar atrás el pequeño rincón de la campiña inglesa que era su jurisdicción actual, con su equipo de uno: la agente de detective Sarah Eastly. Disfrutaba siendo su mentor, y confiaba en ella como amiga.

Otro incómodo pinchazo de ansiedad le espoleó a profundizar un poco más en exactamente por qué había captado la atención de la CID de Mánchester. Una búsqueda rápida de las firmas en la carta llevó a una conclusión incómoda: le habían recomendado para el puesto, no por su propio superior, sino por el sargento de detectives de la Policía Metropolitana de Madrid, Hamper.

El mismísimo hombre que estaba hurgando bajo la manta del cuestionable pasado de Judith.

Collins había intentado impulsivamente bloquear el sondeo del detective de Madrid para proteger a Judith... y el resultado había sido un ascenso al otro lado del país. Su propia comandante le había dicho que sería una tontería rechazarlo. Hamper había sido en su día un pez gordo de la policía, aunque quizás no tanto ahora. Ella añadió a regañadientes que sería una pérdida para ella. Ahora Raymond no estaba seguro de qué pensar. ¿Era una oferta genuina o una maniobra cuestionable para apartarle del camino cuando se tratara de Judith?

Lo que planteaba otra irritante pregunta en su mente: ¿por qué debería importarle siquiera?

A través de las salpicaduras en la ventana, vio movimiento desde la puerta de la oficina cuando Sarah emergió, lanzando la capucha del abrigo sobre su pelo rubio en melena mientras corría hacia el coche. Rápidamente metió la carta de vuelta en el bolsillo interior, arrugándola por la mitad cuando Sarah abrió la puerta del pasajero y se subió con un fuerte resoplido.

—Ha sido una llamada larga, jefe —dijo mientras se bajaba la capucha y se alborotó el pelo húmedo.

—Oh, tuve que coger otra —dijo vagamente.

Eastly ladeó la cabeza mientras le miraba con curiosidad. —¿Se encuentra bien? Tiene un aspecto algo acalorado.

Ansioso por cambiar de tema, Collins asintió hacia la oficina del forense. —¿Has resuelto ya el caso?

Eastly usó la pernera de sus pantalones negros para secar la pantalla del teléfono antes de abrir la aplicación de notas para leer los detalles. —Tenemos un nombre. Diane Hofstein. Es de

Basingstoke. Aparte de eso, nadie ha profundizado todavía en los detalles.

—Quieres decir que tú y yo no lo hemos hecho. —Bajó la ventana un poco más para aspirar una bocanada de aire frío—. No olvides que esto somos un equipo.

—¡Y fue asesinada! —Sarah sonó casi triunfante—. El forense encontró una marca de punción en la nuca. Le inyectaron una dosis letal de lidocaína.

Collins arqueó una ceja. —¿Y qué es eso?

—Es un anestésico que usan los dentistas. —Sus cejas se agitaron conspirativamente—. En dosis pequeñas es perfectamente seguro, pero demasiado... —Sacudió la cabeza—. Hay moratones en muñecas y tobillos consistentes con signos de lucha. Es probable que fuera agredida antes de ser inyectada. Lo más probable es que estuviera muerta antes de ser colocada en la cama por dos personas.

Collins puso los ojos en blanco. Era exactamente lo que Judith había esbozado. —Necesitamos comprobar el inventario de suministros de la consulta para ver si falta algún anestésico. Que probablemente falta.

—Hay algo más. Tenía la nariz fracturada, y había trazas de fibra en las fosas nasales, que han bajado a los forenses. El forense sugiere que también pudo haber sido asfixiada con una almohada. Quizás como precaución para confirmar que estaba muerta.

Collins hizo una mueca. —Eso no suena como un asesino con prisas. Parece premeditado. —Infló las mejillas e hizo varios sonidos con la boca antes de darse cuenta de que Eastly le miraba.

—¿Está seguro de que se encuentra bien, jefe?

Se recompuso. —Bueno, uno siempre espera que esas cosas puedan ser un accidente o causas naturales, pero el asesinato es asesinato. Al menos nos mantiene en el trabajo, ¿no?

8

—¡El asesino está en esta misma sala!

Un dedo acusador derivó desde el techo al suelo, antes de girar finalmente de manera vaga alrededor de la sala, antes de que el acusador se aclarara la garganta con un carraspeo flemático, antes de continuar.

—¡Su culpabilidad me resulta tan clara como el bigote en el labio superior de nuestro Señor y Salvador Poirot!

Cuando no siguió nada más, Judith Spears apretó los dientes y se unió a una tentativa ronda de aplausos, que onduló por el salón de té. Timoteo se puso en pie, un acto que puso fin rápidamente a los aplausos por lástima.

—Gracias, Juan —dijo, haciendo señas a Juan Rooney para que volviera a su asiento. El Tiempo para el Té había cerrado oficialmente, pero la gente había aparecido en respuesta al aviso de audición que Timoteo había colocado en los escaparates a lo largo de la calle principal, tentando a todos a participar. El dueño de la ferretería, Juan Rooney, había cogido el folleto con un entusiasmo inesperado, y había sido el primero en llegar—. Una actuación muy dramática, me atrevo a decir.

Rooney lanzó una sonrisa de dientes torcidos. —¿Tengo el papel?

—Solo hay cinco papeles —advirtió Timoteo en su tono más diplomático.

Judith echó un vistazo alrededor de la sala. Hasta la mitad del soliloquio de Rooney, que había improvisado a partir de una mezcla de Columbo y Poirot, había habido quince personas en el evento. Ocho más acababan de unirse para presenciar la competición. Judith estaba particularmente intrigada al reconocer las llamativas gafas de montura roja de la recepcionista de la consulta, Mandy, que había estado sentada tranquilamente. Su mirada pasó sobre Judith sin ningún indicio de reconocimiento.

Timoteo continuó. —Y esta es solo la primera noche de audiciones. Docenas de personas me han dicho que tienen la intención de venir mañana. —Dio una palmada y se frotó las manos vigorosamente—. Y mejor aún, ya no podemos alojarlo aquí. Ya hemos vendido tantas entradas que he pedido si podemos trasladarnos al salón del pueblo. —Un impresionado murmullo recorrió la sala—. Antes de continuar, hagamos un descanso para tomar algo. Café y té están en los termos.

La incipiente compañía teatral se arremolinó alrededor del mostrador mientras Timoteo servía las bebidas que había tenido el detalle de proporcionar gratis. Se servían con la oferta de pasteles, por los que cobraba cincuenta céntimos. Por su aspecto, Judith estaba convencida de que su fecha de caducidad era algo que revelarían los arqueólogos.

—Hola, Mandy. ¿Cómo se encuentra? Me sorprende verla aquí.

Mandy le dio a Judith dos lentos y bovinos parpadeos antes de que el reconocimiento se asentara en su cara. —Oh, señorita Spears. Vaya coincidencia verla aquí. No sabía que le gustaba el teatro amateur.

—Me gusta todo tipo de drama, querida —dijo, dando suaves golpecitos a un bollo contra el plato para ver si la porcelana se resquebrajaría primero—. Con todo el alboroto de hoy en la consulta, me sorprende que tenga ánimos para este tipo de cosa.

Mandy hizo el más leve gesto de hombros mientras recuperaba su taza de té encargada a Timoteo y volvía a su mesa, con Judith a la zaga.

—Cuando uno trabaja en una consulta, aprende a separar el trabajo del placer. Personas que has conocido durante años entran y

salen con las peores noticias. No puedes implicarte demasiado.

—Pero habría pensado que un asesinato era algo ligeramente más alarmante; es algo en lo que la Madre Naturaleza no tiene arte ni parte.

Mandy hizo girar los ojos por la sala. —Bueno, esto en realidad no estaría pasando sin mí. —Captó la mirada inquisitiva de Judith y sonrió—. Escribí el guión de la Noche de Misterio para Timoteo. —Su expresión cambió a una de deleite conspirativo—. Siempre quise escribir, ¡y me encanta un buen asesinato! —De repente se contuvo y añadió rápidamente—: No la cosa real, por supuesto. Libros, películas, ya sabe de lo que hablo.

Judith asintió. —Todo un poco de escapismo inofensivo, pero aun así, cuando te enfrentas a la cosa real, te das cuenta de lo diferente que es. Recuérdeme, ¿fue usted quien la encontró?

Mandy llegó a su asiento y se detuvo pensativamente. —No, fue la doctora Ramsgate. Me llamó y allí estaba, tumbada serenamente en el diván. La víctima, no la doctora. No parecía muerta. Parecía que estaba durmiendo.

Mandy cayó en una pausa reflexiva y Judith la sacudió de ella. —Bueno, eso es un punto a favor, supongo. A nadie le gusta pensar que sus últimos días le van a hacer lamentar no haberse dado un glamuroso cambio de imagen. ¿Cuánto tiempo llevaba usted en el trabajo antes de que la descubrieran?

Mandy hinchó las mejillas mientras sopesaba la respuesta. —Cuando llegué, comprobé las alarmas porque no estaban encendidas. Pensé que era un fallo. Luego llené el hervidor y lo puse a calentar. Algunos pacientes llegaron pronto, así que les dejé entrar. Me hice el café cuando llegó la doctora Ramsgate... —Mandy hizo una pausa reflexiva—. Entró. Le hice un Nescafé. ¿Unos tres minutos?

—¿El limpiador suele olvidarse de poner la alarma?

—Es raro. —Estudió la cara de Judith durante un momento antes de añadir—: No recuerdo una vez que se olvidara, pero no me fiaría de él. —Las palabras quedaron en el aire antes de que continuara con una sonrisa animada—. ¿Va a hacer una audición?

—Soy más una espectadora curiosa que una actuante —sonrió Judith modestamente—. Prefiero con mucho inspirarme en el talento —gesticuló grandiosamente hacia Mandy, provocando una sonrisa radiante—, que ser la peor del escenario.

Timoteo dio una palmada para llamar la atención.

—Muy bien, todo el mundo, las audiciones reanudarán en unos minutos.

Era el llamado suficiente para hacer volver a la gente a sus asientos. Judith le guiñó el ojo a Mandy al alejarse.

—¡Mucha mierda!

Judith cuidó su té y observó cómo las audiciones se reanudaban, cada una más inexpresiva que la anterior hasta el punto de que estarían garantizadas un papel en un showroom de Ikea. Se fue desconectando mientras su mente recorría avenidas de investigación.

—Nadin Karam está exigiendo que les dejemos abrir la consulta —confió Sarah Eastly a Judith mientras conducía con abandono descuidado por serpenteantes caminos rurales, algunos de los cuales apenas tenían el ancho del coche—. Todavía tenemos que esperar un día a que los forenses terminen.

La sonrisa rictus de Judith se mantuvo en su lugar mientras deseaba que el universo no colocara ningún vehículo de frente ante ellas. Los nudillos de la mano izquierda estaban pálidos debido a la presión que aplicaba a la manija de apoyo atornillada sobre su asiento. Sarah era inconsciente de su incomodidad mientras pasaba más tiempo mirando a Judith que la carretera de delante.

—Definitivamente hay algo de tensión en la familia, y no me fío de la doctora Ramsgate.

—Presta atención.

—¿Qué quieres decir?

Judith no estaba del todo segura de por qué dijo eso. Se le escapó mientras deseaba que Sarah se concentrara en la carretera mientras pensaba en la naturaleza general de la doctora. Era una de indiferencia distante, y esa era una opinión formada a partir de

haber visitado previamente a la buena doctora por su propia salud. Sabía que no debería dejar que las opiniones personales nublaran el asunto, pero había algo en la doctora Ramsgate que dejaba a Judith sintiéndose irritada. Sabía que ejercer la medicina era una profesión dura, y se requería, y se esperaba, un elevado aire de distanciamiento profesional. Difícilmente querías que tu mejor amiga te recetara crema para ese vergonzoso picor de allá abajo. Y desde luego no querías revelar a una amiga íntima cómo podías haberlo contraído. Aunque una se lavara las manos a conciencia después.

—Solo su actitud general —dijo Judith—. La he visto una docena de veces antes. Y cada vez era un robot. No es tanto que no hubiera mucha preocupación por que se hubiera descubierto un cadáver en su consulta, es que hay una notable falta de curiosidad sobre quién es. —Los dientes le castañetearon cuando salieron disparados sobre una rejilla de ganado a tal velocidad que podrían haber viajado varios minutos atrás en el tiempo—. Y estuvo en esa sala durante varios minutos antes de decirle a Mandy que llamara a la policía.

—Pensaría que estaba examinando a la paciente, quiero decir, a la fallecida, para comprobar que estaba muerta. Y no olvides que llamó a Martín para decírselo.

—En lugar de llamar a la policía. —Judith aseguró el agarre mientras tomaban otra curva a velocidad de vértigo. Era demasiado crítica porque nunca había estado contenta con su médica, y ahora no era el momento de ventilar quejas personales.

—La buena noticia es que sí tenemos un nombre: Diane Hofstein. Los informes iniciales sugieren que fue asesinada en otro lugar, le metieron un cojín en la cara para asegurarse de que estaba muerta, y luego la depositaron en su sitio.

Judith reprimió una oleada de suficiencia que solía reservar para atormentar al sargento Collins, pero se abstuvo de declarar que tenía razón.

—Lo que me desconcierta es por qué tomarse todo ese esfuerzo. ¿A quién se supone que intimida la escena del crimen? Ella no es precisamente la persona más emotiva del mundo. Apenas reaccionó. Un cadáver en una carnicería, entendería que arruinaría un negocio,

pero metido en una habitación trasera de la consulta de un médico, eso es una rareza.

—No creo que esto sea un gran misterio —declaró Sarah con un suspiro—. Mi dinero está en el limpiador.

Judith frunció el ceño. Iban de camino a entrevistar precisamente a esa persona.

—¿Qué te hace sospecharlo? Aparte de que Mandy y Nadin no parecen simpatizar con él.

—La alarma apagada. Fácil acceso al edificio. El jefe está un poco distraído, pero creo que él siente lo mismo. Este no va a ser un gran desafío deductivo, me temo. Mi dinero está en que se resolverá en un par de días.

—Te estás convirtiendo en toda una Shirley Holmes.

—¿Shirley?

—No estoy del todo segura de cuál es el equivalente femenino de Sherlock. Admiro esta nueva confianza.

La sonrisa de Sarah se ensanchó. —Desde que Kev y yo salimos juntos, me siento en la cima del mundo. Es como si de repente cualquier cosa fuera posible.

—Pareces bastante prendada de él. Pronto os estaréis mudando juntos. —Notó que Sarah se quedó rígida.

—Estoy pensando que debería estar extendiendo las alas. Ya sabes, subiendo la escalera.

—Oh.

—Gracias por el entusiasta apoyo. ¡Soy capaz de hacerlo!

—Por supuesto que sí. Pero es un gran paso —dijo Judith con cautela—. En mi experiencia, siempre debes prepararte a fondo para esos saltos. —Judith evitó hacer contacto visual con Sarah, en parte para animar a la detective a mantener los ojos en la carretera, pero sobre todo porque estaba diciendo completas tonterías. La vida de Judith había estado gobernada por actos impulsivos, aleatorios y moralmente cuestionables. Y no lo cambiaría por nada. Pero si tuviera una hija, no se enfadaría si seguía sus pasos. Y Sarah Eastly era lo más cercano que Judith había experimentado a tener un hijo.

Ese sentimiento inesperado le envió un escalofrío por la columna y le provocó un calambre en la mano que agarraba la manija. Aparte

de un puñado de hombres interesantes, conocidos generalmente por necesidad, las relaciones cercanas no habían formado parte de la vida de Judith. Su vínculo con Maggie era lo más cerca que había estado de alguien que pudiera recordar, aunque, hasta hace poco, había sido una calle de sentido único en gran medida. Ese tráfico solo había cambiado realmente por necesidad más que por deseo.

Otra autorrevelación golpeó a Judith cuando la frialdad de esas palabras se asimiló y sopesó qué tipo de monstruo se había convertido. Fue una breve reflexión, interrumpida cuando el coche dio una sacudida al golpear un bache.

—Estoy considerando seriamente hacerlo —declaró Sarah con firmeza.

Judith forzó su mente de vuelta a una senda más comprensiva. —Y deberías. Y estoy segura de que tu Kev también estará encantado. —Sin mirar, podía sentir la incertidumbre de Sarah—. Y resolver este caso tan rápidamente sería sin duda otro mérito en tu haber. —Judith intentó ocultar el picor paternal que sentía; ni siquiera había un ligero reconocimiento de Sarah de que ella era de algún modo intrínseca al exitoso historial de las detectives—. Todo lo que falta son pequeños detalles, como pruebas y motivo.

Sarah chasqueó la lengua. —¡Estoy segura de que se harán inmediatamente evidentes cuando conozcamos a nuestro sospechoso!

9

Milen Isokov no era lo que esperaban. O más bien, no era lo que Judith esperaba que fuera el conserje de la consulta médica. En su imaginación era un hombre frágil en sus años otoñales, mientras que Milen Isokov era un gigante de finales de los treinta. Su cabeza calva todavía lucía tenues líneas azules de tatuajes marcados durante alguna noche de borrachera en un puerto lejano, y aplicados por otro borracho con un cuestionable historial artístico e higiénico. Era rechoncho, o más bien gordo donde en otro tiempo hubo músculo sólido, cuyos restos eran visibles a través de los tensos brazos de su camiseta de manga larga de Iron Maiden. La escritura había desaparecido desde entonces hasta la oscuridad, dejando los tenues contornos estirados del icono zombie de la banda asomando desde el pecho barril de Milen. Estaba sentado en el borde de su desgastado sillón reclinable, los dedos de salchicha entrelazados, el ceño fruncido con preocupación.

—Esto es terrible de oír —retumbó con un acento búlgaro que venía de las profundidades.

Judith y Sarah estaban sentadas en el sofá de Ikea ligeramente sucio, empujadas íntimamente cerca. Como el apartamento, olía a aceite de pachulí, el recurso go-to de los antiguos metaleros usado para enmascarar el alcohol y la hierba, aunque Judith no podía ver ninguna botella vacía reveladora ni un cenicero a rebosar. Todo en el

apartamento, incluido un frutero, apuntaba a que Milen llevaba una vida sana.

—¿Puede contarnos cómo fue la última tarde que estuvo en el trabajo?

Milen se removió incómodamente en el sofá. Su lenguaje corporal sugería que estaba incómodo con la pregunta o con su asiento, que parecía haber sido rescatado de un contenedor después de toda una vida de abusos. Entrelazó las manos con fuerza.

—Nada diferente —dio un pequeño gesto de hombros—. Llegué cuando Mandy estaba apagando el ordenador y poniendo mala cara al teléfono, lo cual es normal. Subí arriba y vi una luz encendida en la consulta de la doctora Karam. Digo hola, pero quizás no me oyó. —Se encogió de hombros—. Normalmente me ignora. Subí al desván a preparar lo que necesitaba para empezar a limpiar. —Sonrió levemente—. Fue entonces cuando oí discutir, algo de griterío abajo. Un hombre y una mujer, no estoy seguro quiénes eran. Quizás los Karam. Siempre discuten. —Se señaló los oídos—. Tenía los auriculares puestos, así que no estaba claro. Pero debió ser fuerte. Limpié la clínica dental y luego abajo, como de costumbre.

—¿Y cuánto tiempo estuvo allí?

—Me pagan por dos horas, así que me tomo mi tiempo.

—¿Y quién quedaba en el edificio?

Milen hizo una pausa para considerar, luego sacudió la cabeza. —Para cuando bajé, todo el mundo se había ido.

—Dijo que los dueños siempre discuten. ¿Sobre qué? —preguntó Sarah.

—Todo el mundo se queja de todo. Mandy se queja del dinero. Ramsgate se queja de todo. Yo me quejo de que siempre hace frío. Los Karam son familia. Siempre ojo por ojo...

—Quiere decir toma y daca —dijo Judith.

Milen la señaló y asintió. —Ah, eso es. Ya sabe, vienen a mí: «Milen, ¿puedes arreglar esto? ¿Puedes hacer esto por mí?» —Agitó la mano con desdén—. Dinero extra puedo usar, problemas extra no necesito. A veces es mejor dejarles que resuelvan sus diferencias entre ellos.

—Dijo que Mandy estaba poniendo mala cara cuando llegó.

—Lo siento, creo que esta es la palabra correcta. Las otras palabras que oigo son «cara de mala leche». Creo que eso es ella, ¿no?

Judith reprimió una carcajada e intentó actuar con seriedad. —¿Quiere decir que es bastante seria?

—Quiero decir que tiene cara de mala leche. Nunca contenta.

Eastly asintió y llamó a una foto de la fallecida, sosteniéndola para que él la viera. Apenas le echó un vistazo.

—¿Conoce a esta mujer?

—No.

—¿La ha visto alguna vez en el edificio? —Sacudió la cabeza—. ¿Y tiene alguna idea de cómo entró en el edificio?

Se encogió de hombros. —No soy seguridad allí. La gente va y viene.

—¿Hay alguna razón por la que olvidara poner la alarma esa noche?

Sus ojos se entornaron ligeramente. —Puse la alarma. Siempre lo hago. Nunca me olvido de activarla. Es algo que siempre me dicen que haga. Se quejan de que no tenemos seguro. —Puso los ojos en blanco—. Tarea simple. No soy estúpido.

Judith asintió. —¿Cuánto tiempo lleva trabajando allí?

—Poco más de un año. Y cada día, la alarma se pone y me voy.

—¿Y nunca vio nada fuera de lo ordinario cuando se fue?

—Aparo la bici en la parte trasera. No presto demasiada atención a otras personas.

Eastly apagó la pantalla del teléfono, indicando que se había quedado sin preguntas. Judith, sin embargo, estaba repasando los detalles. Se puso en pie y examinó la estantería.

—Milen —presionó Judith—, creo que sí sabe por qué discuten los Karam. Ha estado allí suficiente tiempo. Dice que siempre discuten. En todo ese tiempo, debe haber captado suficiente para saber sobre qué.

—Lo que sé es que el doctor Karam es genuinamente un buen hombre. Me dio la oportunidad de trabajar para él. Lo necesitaba y lo aprecié. Y su hermana, diría que no es tan amable. Nunca creo que me aprobara a mí. Siempre espiando a su hermano. Nunca

contenta, la oigo hablar con su abogado. Es una mujer desagradable.

—¿Hablando de qué con su abogado? —Milen dio un lento gesto de hombros—. ¿Y dijo que Mandy siempre se queja?

—Es perezosa. Los perezosos siempre se quejan del dinero.

El silencio cayó sobre la sala. Sarah se puso de pie. —Bueno, gracias por su tiempo. Nos pondremos en contacto si tenemos más preguntas. Si se le ocurre algo de esa noche, por favor llámeme.

Milen se puso en pie con un resoplido, era casi tan ancho como alto. —Por supuesto, pero ya saben todo. No hay mucho que contar.

Mientras se dirigían hacia la puerta, Judith le echó un vistazo de reojo. —¿Ha oído hablar de la Noche de Misterio Criminal en Little Pickton? —Un ceño se profundizó en su frente, y sacudió la cabeza —. Solo me preguntaba si sería algo que le interesaría.

Mientras se dirigían de vuelta al coche de Sarah Eastly, la detective parecía desanimada. —Bueno, eso ha sido una pérdida de tiempo.

—¿De verdad lo crees?

—No sabe nada, y no es lo suficientemente curioso como para espiar alguna pieza vital de información.

—Oh, eso no es lo que yo saqué de él.

—¿De verdad? ¿Qué sacaste tú?

Había un destello en los ojos de Judith mientras sonreía.

—Lo que saqué es que nuestro amigo búlgaro es el guardián de secretos. Todo un pequeño actor. —Judith guiñó el ojo y se sentó rápidamente en el coche de Sarah Eastly antes de que pudiera hacer más preguntas.

10

Maggie y Judith se encontraron en la biblioteca de Little Pickton. Aunque no era precisamente grande ni de última generación, tenía los mejores ordenadores gratuitos y la mejor selección de libros de la zona, todo gracias a ciertos contactos que Judith había movido cuando se mudó al pueblo.

También estaba lejos de los oídos atentos de Timoteo Buckley y la multitud de aspirantes a actores que ahora merodeaba por el café. Sobornando a Maggie con una bolsa de caramelos de lima y chocolate, había atraído a su amiga para ayudarla con un poco de investigación. Actualmente estaban explorando varios sitios web legales mientras Maggie masticaba los caramelos.

—Sigo sorprendida de que estés en la obra —dijo Judith.

—¡No se lo digas a nadie! —siseó Maggie—. Se supone que no debes saberlo. Mandy y Timoteo actúan como la maldita Stasi. Si hay el menor indicio de que alguien revela algo, los echarán de la compañía, y probablemente de un puente.

—No tenía ni idea de que fuera un secreto tal.

—Mandy ve esto como su gran oportunidad. El siguiente paso, el West End y escribir el guión de Midsomer Murders. Si Richard Osman acaba con un cuchillo en la espalda, ya sabré quién lo hizo. Está decidida.

—Entonces no hay futuro para ella como recepcionista profesional, ¿eh?

—Me parte el corazón que esté tan sin blanca. Por lo que oigo, allí la tratan como basura. Pero no quiero oír hablar de ello todos los días, así que espero que se calle. —Los dedos de Maggie repiquetearon por el teclado mientras intensificaba la búsqueda. Se le ocurrió algo—. ¿Y por qué te sorprende tanto que esté en la obra? ¿No crees que sepa actuar?

—Todo lo contrario, creo que estarás maravillosa. Pero vi la primera ronda de audiciones. No estoy segura de que nadie más pueda. Solo que no pensé que fuera tu tipo de cosa.

—Todo el mundo está saliendo de los rincones. Todo el pueblo quiere participar. Las entradas son artículo de primera. Incluso la agria de Ramsgate compró una. Si pudiera salirme con la mía revendiéndolas, lo haría.

—Está bien tener un evento que esperar con ilusión, supongo. Aunque un asesinato...

—Al menos no es uno de verdad. La gente lo aprecia. Incluso Nadin Karam se une.

—¿No está también en él?

Maggie vaciló. —Si lo estuviera, tendría a Timoteo y a un equipo de SWAT irrumpiendo aquí. No, ella suministra el premio. Creo que lo hace porque se siente culpable por lo de Mandy.

—Bueno, eso está bien.

—¡Ah! —Maggie se quedó repentinamente paralizada, como si la hubieran electrificado.

—¿Estás bien?

—¡Encontré a la pequeña bribona! —Señaló hacia la pantalla.

Había una denuncia para un caso judicial contra una tal doctora Audrey Ramsgate. Maggie abrió el enlace y leyeron ávidamente en silencio. Finalmente, se miraron la una a la otra.

—Bueno... —dijo Maggie, con los ojos brillando de cotilleo que no podía esperar para soltar sobre desprevenidos miembros de la comunidad—. Al menos es inocente.

Judith estaba pensativa. —Pero llegar hasta ese punto... Me pregunto si alguien le tiene manía. ¿O...? —se quedó sin terminar

mientras Maggie daba golpecitos en la pantalla.

—Esa es una empresa legal cara. De las mejores. Créeme. En mis viejos tiempos de contabilidad, la gente que usaba abogados así tenía dinero. O lo había tenido, después de pagar los honorarios legales.

Judith se recostó en la silla en pensativo silencio, roto solo por Maggie abriendo la segunda bolsa de caramelos de lima y chocolate y masticando varios en la boca.

—¿Puedes acceder a todas las causas judiciales de la policía desde aquí?

Maggie puso mala cara. —Lo dudo. Necesitarías mejor acceso. ¿Por qué?

—¿Recuerdas que te conté a ti y a Fabián mis pasadas aventuras?

Maggie soltó una carcajada retumbante. —Oh sí. Y queremos oír más.

Judith le dio una palmadita en el brazo. —Bueno, ¿por qué no hacemos eso? Pero primero, Fabián tendrá mejor acceso a través de su periódico, ¿verdad? —Maggie asintió—. Bien. Hay un detective de Madrid con quien me gustaría intimar más...

11

El día siguiente trajo mucha actividad en la consulta mientras el equipo forense terminaba, bajo la vigilancia de Collins y Eastly. Había poco que hacer aparte de observar. Era mediodía cuando finalmente recogieron todo y se notificó a los hermanos Karam que podían abrir de nuevo. Martín estaba bastante contento de permanecer cerrado el resto del día, pero Nadin apareció para comprobar qué había sido perturbado.

Los equipos forenses eran como hormigas ejército. Arrasaban por una escena del crimen, rodeando las pruebas, tomando huellas dactilares, rociando líquidos y alumbrando con luces ultravioleta. Se marchaban sin recoger nunca; no era su trabajo. Cuando Nadin Karam vio el desorden, estaba consternada y llamó a su hermano. La conversación fue brusca, y resultó en que él dijera que mandaría a Milen a limpiar todo.

Finalmente, Raymond Collins consiguió sentarse frente a ella e inmediatamente se sintió intimidado. Si era honesto, eso era su sentimiento por defecto ante las personas imponentes, pero frente a Nadin Karam, un nuevo arrebato de abatimiento le agarró, y se hizo consciente de que movía demasiado las manos al hablar. Las apretó juntas y las posó firmemente sobre el escritorio.

—Ha sido muy amable de su parte venir —dijo, lamentando instantáneamente las palabras. Esta era una entrevista policial, no

una invitación a tomar el té con tostadas. Un segundo pensamiento se abalanzó sobre el primero. Este era su lugar de trabajo—. Quiero decir, para que yo pueda hacerle algunas preguntas de seguimiento ahora que hemos identificado a la fallecida.

—Lo que sea para ayudarle —dijo Nadin Karam con el más leve fruncimiento de ceño, aunque podría haber sido una ilusión causada por la escasa iluminación de la oficina—. Me reconforta tener a alguien tan diligente como usted en el caso. Y gracias por apresurar a los equipos forenses para que podamos abrir el lunes.

Collins sintió que se le encendían las mejillas, aunque estaba seguro de que ella no tenía ni idea de su historial profesional. Todo el mundo conocía a Poirot, a Sherlock y a Bond, al que suponía que debía ser el agente secreto más lamentable ya que todos los villanos de la película le conocían. Nadie conocía a un detective trabajador de una pequeña unidad rural. Incluso tenía dificultades para conseguir que los informativos televisivos locales se interesaran por sus sórdidos casos.

Collins se aclaró la garganta para calmar los nervios. —Tiene mi garantía de que haré todo lo que esté en mi poder para llevar al culpable ante la justicia.

Qué frase tan lamentable, se reprendió a sí mismo. La mera presencia de Nadin Karam le estaba desestabilizando. Era claramente inteligente, llevando su propia clínica dental en solitario. Cada movimiento era elegante, y se sentaba con una rigidez que gritaba internado de lujo. Peor aún, era deslumbrantemente hermosa. Pelo negro en melena corta, labios carnosos, grandes ojos achocolatados y una tez olivácea impecable, con la nariz más respingona y adorable. Collins no se sorprendería si hubiera sido una exótica reina india en una vida pasada. Y encontraba intoxicante su sutil aroma a violetas y rosas. En definitiva, le aterrorizaba.

—Hablé con su enfermera dental. Me dijo que esperaba gemelos.

—Tiene suerte.

—Mencionó casualmente que se ha visto obligada a hacer recortes. Estaba preocupada por si tendría un trabajo al que volver.

Nadin sonrió. —Espero que ese no sea el caso. Pero sí, contraté a otro cirujano dental, pero tuve que prescindir de él porque la clínica

sencillamente no podía permitírselo.

—Pensaba que conseguir una cita dental en este país era imposible.

—Solo porque no somos suficientes. Y la mayor parte de la población del pueblo ya no tiene todos sus dientes. Este no es el mejor mercado para mí.

—¿Por qué no instalarse en otro lugar?

—Este es el único edificio que poseo. —Sonrió, obligando a Collins a apartar la vista bruscamente.

—Nadie afirma haber visto antes a la fallecida.

—¿Ha hablado con todo el mundo? ¿Con Milen?

Collins miró de soslayo a la agente Eastly, a quien casi había olvidado que estaba en la sala. Ella apartó la vista. Nada escapaba a su atención, y Collins sabía que estaba mirando boquiabierta su torpe coqueteo.

—Hablé con él —dijo Eastly—. Pero ¿qué le hace decir «incluso el conserje»?

—No es un hombre en quien confíe especialmente.

—Sin embargo, le emplea.

—Mi hermano le emplea —respondió ella tajantemente.

—¿Hay alguna razón por la que no le apruebe?

—¡El hombre es un matón! —Incluso el fruncimiento de labios era una obra de arte sinuosa, pensó Collins mientras miraba un poco demasiado.

—¿Qué le hace decir eso? —preguntó Eastly mientras daba un codazo brusco a Collins en las costillas para romper el momento incómodo.

—La Mafia búlgara. —Los dos detectives intercambiaron una mirada pero permanecieron en silencio. A veces el silencio era el mejor estímulo para dejar que la gente hablara de lo que tenía en mente. La mirada de Nadin se desplazó por su consulta mientras continuaba—. Eso es al menos lo que sospecho. A veces mi hermano... necesita que se hagan cosas. Cosas de negocios. Y no viene mal tener algo de músculo de tu lado. Si me entiende.

—¿Está sugiriendo que su hermano está involucrado en actividades ilegales? —dijo el sargento Collins con cuidado.

—No me sorprendería, pero no. Ha intentado muchos negocios antes y ha fracasado en todos y cada uno. Pero ha insinuado en el pasado acciones brutales cuando se trata de salirse con la suya.

—¿Qué ha hecho Milen para él?

Nadin hizo una larga pausa para recopilar sus pensamientos. —Nada que pueda señalar definitivamente con el dedo. Mi padre tenía dinero. En el pasado, gente nos presionaba para sacar dinero. Pensaban que mi padre era presa fácil. Un rasgo que heredó mi hermano. Chantaje, insinuaciones... —captó la mirada del sargento Collins—. No había nada de sustancia en ellos, y no sentimos la necesidad de denunciar tales cosas a la policía. Mi hermano los trató a su manera. Eventualmente el dinero desapareció, así como la presión.

Collins se aclaró la garganta. —Perdone, pero debo preguntar. Cuando su padre les legó esto —gesticuló alrededor—, hubo una diferencia de opinión entre los dos sobre qué hacer con ello. —Su tono, a medio camino entre una afirmación y una pregunta, hizo que Nadin volviera a vacilar.

—Los hermanos a menudo discrepan. Y mi hermano discrepa la mayor parte del tiempo.

Eastly fingió mirar sus notas en el teléfono. —Se habló de que estaba usted discutiendo asuntos con su abogado.

La cabeza de Nadin se sacudió para prestar atención. —¿Quién dijo eso?

—Fue mencionado —dijo Sarah evasivamente—. Me dio curiosidad saber por qué.

Después de una larga pausa, Nadin forzó una sonrisa. —Necesito toda la ayuda que pueda conseguir para llevar el negocio. Lo siento, no puedo ser de más ayuda. —Se puso en pie, señalando que la reunión había terminado.

Collins se levantó galantemente y dijo: —Estoy a solo una llamada de teléfono de distancia. No me refiero al 112 —añadió rápidamente antes de que su cerebro pudiera detenerle—. Le daré mi número de móvil.

Eastly se encogió por dentro mientras él le entregaba una arrugada tarjeta de visita. —Si le tiene miedo, ¿por qué no le

despide?

—Mi hermano paga su sueldo. No lo permitirá. —Se encogió de hombros—. ¿O quizás Milen no se lo permite a él?

Sus palabras quedaron pesadas en el aire mientras el sargento Collins cerraba la entrevista con una selección de sonrisas y garantías bastante por encima de la media. Caminando de vuelta hacia el coche, Sarah imitó meterse el dedo en la garganta.

—¿No se encuentra bien, agente? —dijo Collins secamente.

—Vamos, eso era asqueroso. Estaba halagándola de manera abyecta.

—¡No lo estaba haciendo! Estaba asegurándome de que se confiara con nosotros.

—Ah. Entonces era una sutil línea de interrogación.

—Claramente te pasó por encima. Vive y aprende, Eastly. Tales son las técnicas que te hacen destacar para un ascenso. —Al llegar a su coche, captó su mirada interrogante—. Me han ofrecido un puesto en Mánchester.

—Oh. —El sonido escapó de Eastly más como un suspiro que como una palabra—. Bonita ciudad.

—Mmm. —Collins jugó con las llaves pero no desbloqueó el vehículo—. Más dinero. Mayor responsabilidad. —Era consciente de que los estaba listando como aspectos negativos.

—¿Cuándo empieza?

—Todavía no he tenido la entrevista. Me enteré solo hace dos días.

En el pesado silencio, el sargento Collins encontró el llavero y desbloqueó el coche. Ninguno hizo ademán de abrir las puertas.

—No hay nada que realmente te retenga aquí, ¿verdad? En medio de la nada.

—Bueno... aparte del asesinato ocasional o tres...

El incómodo silencio fue roto por un pitido de un correo electrónico entrante en el teléfono de Collins. Su ceño se arrugó mientras lo leía.

—¿Qué pasa? ¿Otro ascenso? —Eastly hizo una mueca ante su sarcasmo no planificado.

—No. Son los registros de nuestro limpiador. Hay un cierto historial. Ex marina mercante. Tiene derecho a quedarse, pero desde entonces ha sido advertido por asalto y lesiones graves, aunque no ha sido acusado de nada. Creo que deberíamos contactar con la policía de Bulgaria para averiguar si tiene antecedentes allí. —Le pasó el teléfono a Eastly para que pudiera leerlo—. Parece que Nadin tiene razón. Milen suena como un hombre peligroso. Dijiste que Judith sentía que ocultaba algo. Por irritante que sea esa mujer, tiene buenos instintos. Me sorprende que no quisiera colarse en esta entrevista.

—Dijo que quería saber más sobre... —La cabeza de Eastly se sacudió hacia arriba con alarma—. Milen.

—¿Cuáles son las probabilidades de que esté a punto de meterse de cabeza en problemas?

Llamó al teléfono de Judith. Fue directamente al buzón de voz, que era lo habitual desde que cambió de proveedor. No había manera de avisarla.

12

Judith había disfrutado conduciendo su monstruoso Mitsubishi 4x4 que la compañía de seguros le había proporcionado como sustituto temporal de su viejo coche. Había tardado meses en resolver la reclamación del seguro ya que resultó que no había ninguna casilla que marcar que describiera fácilmente tener los frenos cortados en un intento de asesinato mientras investigaba oficiosamente un crimen. Lamentó que los seguros fueran mucho menos flexibles de lo que solían ser.

Sin embargo, después de asustar a la población del pueblo mientras rodaba por él como un comandante de tanque, los residentes de Little Pickton soltaron un suspiro colectivo de alivio cuando su reclamación fue resuelta, el coche de cortesía le fue retirado, y compró un pequeño Ford Ka de segunda mano negro. Resultó ser una compra afortunada cuando se trataba del arte de seguir a su sospechoso, Milen Isakov.

Judith había empezado sentándose en su coche, que ahora cubierto de una fina capa de mugre de las carreteras mojadas, se confundía con el resto de los vehículos aparcados en su calle. Vigilaba la ventana del salón de su primera planta con un par de brillantes prismáticos de plástico rojos que había olvidado devolver durante un espectáculo del West End. Por un euro, hacían su trabajo, aunque no compensaban los asientos angostos y la mala

visibilidad desde el anfiteatro. Había destellos de movimiento dentro, y como la consulta debía reabrir más tarde ese día, Judith sabía que probablemente se dirigiría a Little Pickton en unas horas.

Durante casi noventa minutos se alimentó con una dieta de bebés de goma para evitar que su mente derivara hacia los problemas potenciales que suponía la aparición del sargento Hamper. Era una distracción irritante ya que estaba disfrutando de la vida que había construido en el campo, y había asumido que sería la última mudanza que haría. Un lugar agradable para la jubilación.

Siempre que no te asesinaran.

Pero el detective de Madrid no había aparecido desde entonces. Aunque no era tan ingenua como para pensar que se había ido para siempre.

La puerta del bloque de apartamentos se abrió, y centró de nuevo la atención en el asunto en cuestión. El búlgaro salió, todavía llevando la misma camiseta de Iron Maiden del día anterior, parcialmente cubierta por una gastada chaqueta de cuero negro y unos vaqueros negros demasiado ajustados. Un par de auriculares inalámbricos y el ligero meneo de su cabeza indicaban que estaba escuchando música. Desapareció en el garaje comunitario al lado del edificio. Judith oyó una persiana metálica subiendo y bajando cuando Milen sacó una moto. Ciclomotor, se corrigió a sí misma. Uno que parecía que se doblaría por la mitad cuando se sentara en él. Se abrochó un casco que hacía parecer que su cabeza había crecido hasta el doble de su tamaño.

Le siguió los dos kilómetros hasta el centro de Denzel Green y le vio aparcar el ciclomotor en un sitio libre cerca del supermercado. No se molestó en poner un candado al ciclomotor, y ató el casco al asiento con la correa de la barbilla. No era un hombre que le tuviera miedo al robo. Quizás se creía el espectáculo criminal unipersonal del pueblo. Sacó una bolsa de rafia del compartimento trasero del ciclomotor y en lugar de dirigirse al supermercado, deambuló hacia la oficina de correos. La multitud se abrió a su paso como si generara su propia fuerza gravitacional.

El pueblo estaba sorprendentemente animado para una tarde, y Judith no podía ver ningún sitio de aparcamiento libre

inmediatamente. Probablemente había poco valor en seguirle por las tiendas, a menos que quisiera inspirarse con sus recetas de Europa del Este. Calculando el tiempo, no creía que tuviera la oportunidad de volver a casa antes de ir al trabajo, y no tenía las ataduras de Collins o Eastly. Esto le daba una rara ventana de oportunidad para su propia pequeña misión de reconocimiento.

Judith metió el Ka en marcha y rodeó la pequeña rotonda cerca de la estación de tren y se dirigió de vuelta por donde había venido. Aparcó al otro lado de la calle del piso de Milen y se tomó un momento para asegurarse de que la costa estaba despejada, antes de cruzar apresuradamente hacia la entrada comunitaria del edificio. Judith le dio un tirón experimental para encontrar que estaba bien cerrada, antes de examinar el interfono que ella y la agente Eastly habían usado para llamar a Milen. Había ocho botones plateados, uno para cada apartamento, y una cámara de vídeo con una lente ligeramente rayada. Cuando se enfrenta a una seguridad infranqueable, solo hay una solución. Jugar la carta de la edad.

Judith sopló a la cámara para empañarla y barrió la mano por todos los botones al coro de múltiples timbres. Apostaba a que alguien todavía estuviera dentro. Para mayor seguridad, se acercó tanto a la cámara que solo su oreja era visible. Después de veinte segundos alguien respondió soñoliento.

—¿Sí?

Judith subió la voz media octava y añadió suficiente trémolo para añadir años a su voz.

—Oh, lo siento mucho, pero me he vuelto a dejar fuera del piso de mi nieto. Si puede abrirme la puerta.

El inquilino soltó un gruñido brusco que logró retratar la miseria que había soportado apartándose a ver El precio justo solo para contestar al interfono. Luego vino un brusco zumbido de la puerta. Judith la arrancó y se metió dentro.

—¡Oh, gracias! ¡Le traeré una magdalena luego!

Judith subió los escalones hasta el primer piso a toda velocidad, desprendiéndose instantáneamente del disfraz de pensionista en apuros. Había dos apartamentos en el primer piso, con las puertas enfrentadas. Se quedó fuera del de Milen, bloqueando la vista de la

cerradura con el cuerpo por si el vecino era el adicto a El precio justo. Mientras estaba en su apartamento había observado el sencillo pestillo Yale en el interior, con un cerrojo corredizo adicional arriba y abajo para que el ocupante pudiera encerrarse de forma segura una vez en casa. Sin embargo, parecía que el casero pensaba que la puerta metálica frontal era suficientemente Fort Knox, aunque apostó a que no era suficientemente resistente para su arma secreta.

Durante sus pasadas andanzas, un encantador joven cerrajero le había enseñado todo tipo de técnicas para ayudar a la gente a entrar de nuevo en sus apartamentos, y le había obsequiado con una herramienta que siempre llevaba en el llavero. Era una llave que, a simple vista, parecía igual que cualquier otro Yale, excepto que esta tenía una fila de dientes todos a la misma altura y cortados a la posición más baja. Los que estaban en el ajo la llamaban llave de golpe. La deslizó en la cerradura y dio un giro. Por supuesto, no se movió.

Comprobando que nadie miraba, se quitó el zapato y usó el tacón para dar varios golpes fuertes contra la llave mientras la agitaba violentamente. El secreto estaba en la agitación. Agradeció las leyes básicas de la física cuando los pines de la cerradura en el cilindro se asentaron en su sitio dentro del tambor el tiempo justo para que pudiera girar la llave, y la puerta se abrió con un agudo clic.

Recuperó la llave, se puso el zapato de nuevo y se deslizó dentro, cerrando suavemente la puerta detrás de ella. En su considerada opinión, no había roto nada para entrar, así que se sentía en una cómoda zona gris en cuanto a la entrada ilegal. Miró alrededor del apartamento de Milen. El omnipresente aroma a aceite de pachulí flotaba en el aire y le hizo estornudar.

Había un plato sin lavar en la mesa de café, con el residuo de alubias con tostadas. Verdaderamente había absorbido la cultura británica. Pero sus hábitos alimenticios no eran lo que la había llevado de vuelta al piso y la había coercionado a entrar sin permiso. Era algo que había notado la última vez.

Rodeó hasta el alto mueble en la esquina de la sala. La madera desgastada y el cristal sucio habían visto mejores días. Los estantes estaban llenos de docenas de vinilos, de Aerosmith a White Snake, una selección de álbumes gastados que Milen había recopilado de tiendas de segunda mano. Sobre ellos había varios libros de biblioteca cubiertos de plástico protector transparente, todos sobre el mismo tema: interpretación. Pero eso no era lo que había llamado su atención. Eso había sido un recipiente de plástico azul transparente, que ya no estaba en el estante.

Una rápida búsqueda en el armario de abajo reveló seis sobres de calidad y un libro de sellos de segunda clase, con tres que quedaban. Se dirigía al dormitorio cuando un destello de color llamó su atención desde debajo de la mesa de café. Era la pequeña fiambrera azul, e incluso antes de recogerla, podía ver la silueta de unas tijeras y una pila de cuadrados negros. Milen obviamente la había estado usando desde su última visita. La cogió y se sentó en el extremo del crujiente sofá. La tapa se abrió fácilmente y removió el contenido de la caja con un agudo giro de muñeca.

Estaba medio llena de letras todas cuidadosamente recortadas de una variedad de revistas.

13

Una tarde tranquila en la comisaría había efectivamente encadenado al sargento Collins y a la agente Eastly a sus escritorios. Dándoles tiempo para examinar cajas de papeleo de la consulta médica. El equipo forense que había peinado el edificio había tenido cuidado de no mezclar los registros confidenciales de pacientes con los más prosaicos registros comerciales necesarios para llevar los respectivos negocios. Eso dejaba un lodazal de libros de contabilidad y agendas de citas de los negocios de los que Mandy era responsable.

Sarah se había centrado en los salarios de Milen, que parecían faltar en el libro de contabilidad. Mirando largo y tendido la letra pequeña, los números y las letras empezaban a difuminarse y el leve bostezo que Sarah Eastly había estado conteniendo de repente escapó en un ruidoso chorretón de sonido que parecía una foca herida.

Frente a ella, Raymond Collins estaba sentado en su propio escritorio y la miraba por encima de la parte superior de sus gafas. Gafas que no llevaba la última vez que ella miró.

—Los forenses confirman que falta una botella de lidocaína en el armario de almacenamiento. El que solo tienen llave Karam y Ramsgate.

—¿Qué tienes en la nariz?

—¿Y a ti te llaman la agente de detective más brillante del cuerpo?

—¿Lo dicen? —preguntó ella con alegría.

Collins reprimió la respuesta ácida que tenía en la punta de la lengua. El buen humor era una cosa, pero mantener la moral frente al tedio era otra.

—Mi oculista me sugirió gafas de lectura para no desarrollar fatiga visual —dijo, quitándoselas y frotándose los ojos enrojecidos —. No es una señal de edad, si eso es lo que estabas insinuando.

—Iba a decir que te quedaban bien —mintió Eastly—. Te hacen parecer intelectual.

Collins estaba a punto de morder el anzuelo, pero fue salvado por el sonido de su móvil. Sin las gafas era difícil leer el identificador de llamadas, así que respondió con un inteligente: —Sargento Collins.

Desconcertada, Sarah le observó asentir y dar ocasionales «Oh, ya veo. Ya veo. Sí». Colgó con un brillo en los ojos. —La policía local de Basingstoke examinó el apartamento de Diane Hofstein. Nada estaba fuera de lo ordinario. Sin señales de entrada forzada. Nada sospechoso. Estaba divorciada. Pero sí obtuvieron una indicación sobre a qué se dedicaba. Era actuaria.

Sarah asintió, frunciendo los labios para mostrar que estaba impresionada.

—No sabes lo que es eso, ¿verdad?

—¿Algo relacionado con caballos?

—Ellas... —Raymond vaciló—, miden... cosas. Negocios. Ya sabes.

—Eso lo aclara todo.

—Había algo de papeleo abierto en la mesa que nos están enviando por correo electrónico.

Su correo electrónico pitó cuando el email de Basingstoke llegó a la bandeja de entrada de la comisaría. Había siete imágenes adjuntas; todas fotos de documentos en el apartamento de Hofstein que hacían referencia a su nuevo negocio, todas tomadas sobre la mesa del comedor. Una era una carta de registro de Companies House. Actuaría, It's Hofstein Limited, que había creado cuatro

meses antes. Otras tres eran varias cartas para abrir una cuenta empresarial con Metro Bank. Dos eran de diferentes empresas locales indicando que considerarían reunirse con Diane para hablar de sus servicios. Todo muy mundano. Pero había una que destacaba. Una simple carta impresa que indicaba que sus servicios podrían ser de interés, pero que había necesidad de secreto y discreción. Si estaba interesada en hablar más, debía reunirse en una cafetería del área de servicio de Fleet en la M3, en dirección a Londres, en dos días. No había membrete, ni número de contacto, solo un simple «atentamente» y un garabato estilo Zorro que no guardaba ningún parecido con un nombre.

Sarah llamó a su sargento para que se acercara a su escritorio y pudiera leer desde su pantalla.

—Misterioso. No hay fecha —dijo él.

Sarah le miró de reojo. —Ahora entiendo por qué te han ofrecido ese ascenso. Nada se te escapa.

—Por lo tanto, es inútil —siguió adelante—. Pide a los forenses que vean si pueden encontrar algo de utilidad.

—Está el sobre.

—¿Qué sobre?

Sarah golpeó la pantalla. La carta estaba sobre un sobre; el borde del matasellos apenas visible.

—El que tiene el matasellos estampado. Y con suerte una fecha. Todo lo que tienes que hacer es llamarles de vuelta.

El detective inspector Raymond Collins le lanzó una mirada nivelada. Luego rompió en una sonrisa mientras levantaba el móvil y marcaba el último número.

—Nada mal, Eastly. Nada mal.

Cuarenta y siete minutos después salieron de la autopista y entraron en el aparcamiento del área de servicio de Fleet. No estaba demasiado lleno para la hora del día, y encontraron un sitio de aparcamiento cerca de la entrada. Dentro, había el obligatorio WHSmith y una Costa Café donde el encuentro podría o no podría haber tenido lugar. Había varios domo de cámaras en el techo,

cubriendo cada ángulo. A los pocos minutos de mostrar sus tarjetas de identidad policial, estaban sentados con un joven con acné de poco más de veinte años llamado Jefe, que estaba encantado de tener algo que le aliviara del aplastante aburrimiento que acompañaba a la mayoría de los días. Hizo a un lado su insistencia en que podrían necesitar autorización para examinar los vídeos de seguridad. Les sentó en su oficina, que Collins supuso era un trastero de limpieza reconvertido, y les pidió cafés con leche de Costa simplemente coqueteando con la chica detrás del mostrador, a quien Eastly supuso que era su novia.

Durante el trayecto, Basingstoke había confirmado que la fecha del matasellos era seis días antes del asesinato. Si Diane Hofstein se había presentado a la reunión, y allowing un día desde el franqueo hasta la entrega, eso dejaba cinco días, o ciento veinte horas, de imágenes de vídeo que revisar en múltiples cámaras. Pero con el vago plazo de dos días tras recibir la carta, al menos tenían una fecha de inicio. Se acomodaron para un largo turno. La agente Eastly mantuvo la fotografía de Diane en el teléfono, apoyado a un lado del monitor, para poder hacer referencia rápidamente a ella mientras Jefe avanzaba rápidamente por el metraje. Se centraron en la cámara desde detrás del mostrador de Costa que tomaba toda la zona de comedor, y observaron una corriente de personas entrar y salir a toda velocidad. Eastly terminó su café y estaba debatiendo si debería pedir otro o esperar una hora más o menos... pero en menos de cuarenta minutos estaban mirando a Diane Hofstein mientras estaba en el mostrador pidiendo una bebida y un magdalena.

Sonreía y vestía un elegante traje de negocios, con el pelo liso hasta los hombros. Eastly sintió tristeza porque parecía tan llena de vida. Había un nerviosismo mientras Diane miraba alrededor, quizás por la incertidumbre de iniciar una nueva aventura empresarial, o de reunirse con un cliente tan misterioso. Tomó asiento en la mesa más cercana a la entrada, pero la más alejada de la cámara. Después de siete minutos, fue reunida por su misterioso corresponsal que se sentó de espaldas a la cámara.

El sargento Collins inclinó la cabeza. —¿Tiene un ángulo de cámara diferente?

Le llevó a un emocionado Jefe un par de minutos acceder a los archivos digitales de otra cámara en el vestíbulo principal. Estaba disfrutando de la oportunidad de hacer de genio de la alta tecnología que salva el día. Desafortunadamente, el nuevo ángulo no era mucho mejor. La figura llevaba vaqueros, camisa holgada, y una gorra de béisbol negra de NY que oscurecía su cara durante toda la reunión. Era imposible decir si era hombre o mujer. Después de diecisiete minutos la reunión terminó con un firme apretón de manos. Cuando la figura misteriosa se fue, Diane hizo un pequeño golpe de puño en señal de que había ido bien. Tenía su primer cliente.

Y el último.

El sargento Collins estaba cada vez más frustrado con los malos ángulos de cámara. —¿Podemos verlos entrar y salir del aparcamiento?

Jefe agitó el ratón y dio golpecitos en el teclado para abrir dos archivos que las imágenes de vídeo con marca de tiempo afirmaban que eran los momentos en que la figura misteriosa llegó y se fue. Efectivamente, podían ver al fantasma ir y venir, pero la calidad de la imagen era granulada y disminuida por la lluvia intensa que salpicaba el objetivo. Podían ver la figura y un coche oscuro; el color exacto era imposible de distinguir, y la matrícula no era más que un borrón.

—¡Vuestras cámaras son una birria! —declaró Sarah.

Jefe se encogió de hombros. —Eran la última tecnología cuando se instalaron. En realidad nunca hubo que usarlas mucho.

—¿Y qué pasa con la gente que infringe las normas de aparcamiento? —presionó Sarah, recordando lo molesta que se había puesto cuando, de estudiante, había dormido en el coche de camino de vuelta de un concierto en Escocia. Se había quedado dormida en el período libre de dos horas y le habían multado con cincuenta euros por la siesta.

Jefe agitó la mano desdeñosamente. —Eso es el ANPR en los ramales de acceso. No es lo mío.

Collins y Eastly intercambiaron una mirada de repente esperanzadora. El sistema de Reconocimiento Automático de Matrículas registraba los coches que entraban y salían.

—No puede haber más de una docena de vehículos yendo y viniendo al mismo tiempo que nuestro sospechoso —dijo Collins con un brillo.

—Tendrán que pedirle esa información a la empresa de aparcamiento —dijo Jefe—. Está fuera de mis manos.

Sarah se puso en pie y le dio a Jefe una firme palmada en el hombro.

—Le has dado a nuestro caso la pista que necesitaba, Jefe. ¡Bien hecho, eres un crack!

14

La racionalidad era un rasgo que Judith Spears admiraba. Por su naturaleza, traía calma en las situaciones más estresantes, como descender por una colina con los frenos cortados, o aferrarse a la parte delantera de un tren desbocado. El tipo de cosas habituales que ocurren en cualquier pintoresco pueblo rural. O al menos cuando Judith está por los alrededores.

Había encontrado la colección de letras de revistas precortadas de Milen. Le había visto echar una carta al correo y, contra todo pronóstico, otra amenaza de muerte había llegado a la mañana siguiente, cortesía de Correos. Digan lo que digan del servicio postal, su capacidad para entregar correo desolador, deprimente, y reclamaciones de impuestos, no tenía rival.

Judith miraba fijamente la carta extendida sobre su gran mesa de cocina de madera. Era igual que las otras, letras cuidadosamente dispuestas pegadas con precisión para hacerle saber: TUS DÍAS ESTÁN CONTADOS. VOY A POR TI.

Intentó ignorar su odio automático hacia las abreviaturas descuidadas y en su lugar concentrarse en la parte realmente amenazante del mensaje. Puso el hervidor a calentar y examinó el sobre mientras hervía el agua. Era una etiqueta de dirección impresa, exactamente como las otras. El matasellos era local. Olisqueó el sobre: había el más tenue aroma a aceite de pachulí.

¿Había provocado su visita con la agente Eastly a que Milen escribiera otra carta? ¿Con qué fin? Era una reacción difícilmente racional, y el búlgaro le parecía a Judith una persona muy racional. La muerte de Diane Hofstein había sido calculada; seleccionar los fármacos para matarla y deshacerse del cuerpo de manera tan teatral no eran los rasgos de alguien que entrara en cólera ciega.

Vertió el agua hirviendo en una taza y realizó una valoración mental de cómo se estaba desarrollando el caso. Había una tensión obvia entre los hermanos Karam. Las circunstancias sugerían que Martín quería asustar a su hermana para que abandonara su mitad del negocio. Él empleaba a Milen, y Nadin insistía en que el búlgaro era una especie de instrumento contundente que Martín había usado antes. Y como era él quien enviaba amenazas de muerte a Judith, consideraba que había una línea clara de A a B.

Y eso le preocupaba. Parecía descuidado. La negligencia era una característica que ninguno de los sospechosos había mostrado. Y si eran los hermanos, encontrar una difunta en la consulta médica tendría un efecto adverso en ambos lados del negocio. En este caso, sin embargo, Nadin había mostrado preocupación, mientras que su hermano había terminado el desayuno y se había ido a jugar al tenis.

Judith usó una cuchara para exprimir la bolsita de té contra el lado de la taza y luego añadió un chorrito de leche convirtiéndola en el tono perfecto de marrón. Se sentó de nuevo y dirigió la atención de vuelta a la carta mientras sorbía el té.

¿Milen era el autor de las cartas amenazándole con matarla, para apartarla de investigar el asesinato? Si era así, el momento estaba completamente equivocado porque no había habido ningún caso hasta después de recibir la primera carta. Judith sería la primera en admitir que quizás se había ganado una reputación como detective aficionada, o entrometida como le había oído decir a alguien en el Budgens local. Pero asustarla preventivamente del caso parecía excesivo. Sin embargo, había visto las letras precortadas, había visto a Milen echar la carta al correo, y la había recibido, todo en veinticuatro horas.

Dejó de lado esa línea de pensamiento ya que había que considerar a Mandy Walters. La recepcionista mal pagada y sobrecargada de trabajo que escribía misterios criminales y tenía desprecio hacia el conserje, sus jefes, y prácticamente todo el mundo. Hasta ahora, era la única con un motivo obvio más allá de la rivalidad entre hermanos, y los motivos eran críticos en cualquier acto reprensible, desde el robo hasta el asesinato.

Al principio, Judith había tomado la declaración de Mandy a valor facial, pero desde visitar el apartamento de Milen, estaba empezando a reconsiderarlo. ¿Había algo más en la relación de Milen y Mandy aparte de la ambivalencia? Él tenía libros sobre interpretación y ella estaba escribiendo una obra de teatro. Era una conexión delgada como el papel de seda, pero Judith sabía que las conexiones más pequeñas podían llevar a las personas a hacer cosas extremas.

¿O era todo esto una cortina de humo para ocultar a la doctora Audrey Ramsgate? Ahí había una mujer con sentimientos reprimidos. Sus declaraciones habían sido frías y carentes de empatía. Era amiga de ambos hermanos y de su padre. Martín había presumido de que habían tenido citas en el pasado, y había sido la primera persona a la que llamó cuando descubrió el cuerpo. No a la policía, sino a su jefe.

Judith se preguntaba si la doctora tenía un trato terrible con los pacientes, o si toda alegría había sido exprimida de ella. Había algo en las acciones de Ramsgate que le preocupaba, pero por más que lo intentaba no podía identificar qué era.

Y finalmente, la propia víctima. Raymond Collins le había llamado anoche de camino a casa para ponerla al día sobre el incipiente negocio de Diane Hofstein. Cómo encajaba el papel de una actuaria en todo ello, todavía no podía verlo. Combinado con el hecho de que ninguno de los sospechosos afirmaba haberla conocido, todo sumaba incorrectamente. Claramente, alguien estaba mintiendo y Raymond confiaba en que lo sabrían por la mañana cuando recibieran la matrícula del misterioso corresponsal. Por el tamaño de la figura, Milen había sido descartado como posibilidad, pero Judith le recordó que estaban buscando a una pareja de sospechosos.

La vida de Judith estaba siendo amenazada antes de que se cometiera el asesinato premeditado. La víctima había sido alguien aparentemente desconocido para la actual galería de bribones hasta menos de una semana antes de su muerte. ¿Qué había descubierto Diane Hofstein que la había llevado a la muerte? ¿Y por qué habían colocado el cuerpo en la consulta para enviar un mensaje muy específico? ¿Quién estaba alejando a quién?

Dio golpecitos pensativos en el borde de la taza ya vacía con la uña, enviando un sonido de tintinamiento bajo por la cocina. Cada instinto la llevaba hacia el núcleo central, el corazón palpitante de ambos negocios. La recepción. Se estaba convenciendo cada vez más de que Mandy no le estaba contando todo.

Normalmente asumía que alguien no decía la verdad. En este caso estaba llegando a la conclusión de que nadie decía la verdad.

—¡Me dicen que hay una cola de gente esperando estar en tu misterio criminal! —Judith tamborileó emocionada ambas manos en el mostrador de la consulta, tan ruidosamente que Mandy dio un salto. Tenía el teléfono presionado contra una oreja, escuchando música de espera desde que Judith había entrado a toda velocidad en la recepción—. ¿Ya tienes un título para ello?

El ceño de Mandy se frunció. —¿Ha dicho que tiene cita?

—No necesito. Aquí en asuntos policiales.

—Podría haber llamado para pedir cita.

Judith agitó la mano desdeñosamente. —Una comparativa de seguros me convenció de cambiar de proveedor de teléfono. Mismo número, pero desde entonces apenas tengo señal y todos mis correos electrónicos van al spam. De todas formas, ya estoy aquí para echar un vistazo, que creo que es la jerga oficial. Me dicen que Timoteo quedó bastante impresionado con la audición de Milen. ¿Sabías que va a estar en ella? Tiene la pinta adecuada, ¿verdad?

El ceño de Mandy se profundizó mientras absorbía la sorprendente noticia. Judith sabía que era sorprendente porque se la acababa de inventar. Se estaba suscribiendo al mantra de que, si todo el mundo le estaba dando vueltas, combatir el fuego con fuego.

Y si había una habilidad que Judith había perfeccionado con los años era la capacidad de sembrar confusión y discordia.

—¡Se supone que el reparto es un secreto!

Ah, Judith había tropezado inadvertidamente con una verdad. Aún así, siguió adelante. —El viejo Timoteo está tomando muy en serio el papel de director. No sabía que lo llevaba dentro, pero nunca se sabe. ¿Está la doctora Ramsgate con un paciente? —Judith echó un vistazo alrededor de la sala de espera. Ya habían llegado cinco personas desde que reabrieron después de comer.

—No. Ella...

—¡Estupendo! —Con autoridad inapelable, Judith marchó más allá del mostrador de recepción y por el pasillo que llevaba a la consulta de la doctora.

La doctora Audrey Ramsgate estaba absorta en una llamada telefónica, de espaldas a la puerta.

—Por supuesto que iré, querido. —Ladeó la cabeza cuando la puerta chirrió al abrirse—. ¡He dicho que no quiero que me molesten! —espetó sin levantar la vista. Tampoco levantó la vista cuando la puerta se cerró con un firme portazo. Terminó la conversación con tonos melosos—. Me encantan las bodas. Y siempre estás en tu mejor momento. Sí. Sí, iré.

Colgó con una sonrisa que se evaporó cuando se giró y vio a Judith recostada en la silla de enfrente.

—¿Qué diantres está haciendo aquí?

—Mandy dijo que no tenía nada programado así que aproveché la oportunidad para hacerle algunas preguntas.

—¿Preguntarme a mí?

—Mandy dijo que estaría encantada. —El ceño que se oscurecía en la cara de Ramsgate no era más que un parpadeo, pero contaba una historia clara de que la doctora y su recepcionista no eran las mejores amigas—. Quería repasar la mañana en que encontró a Diane Hofstein. Desde el momento en que entró.

Ramsgate se apoyó las manos bajo la barbilla y jugueteó con el teléfono. —Hace frío aquí. —Usó una aplicación para controlar el termostato de la sala. En momentos la caldera rugió a la vida bajo ellas, enviando vibraciones por las tuberías.

Finalmente, miró niveladamente a Judith. —Ya he dicho esto antes. Mandy estaba aquí cuando llegué. Entré aquí —gesticuló alrededor—, me senté en el escritorio y cuando levanté la vista, vi a Diane tumbada allí. Al principio pensé que estaba durmiendo. Cuando no se despertó, le tomé el pulso y luego salí a decirle a Mandy que llamara a la policía.

—Piense en ello, ¿había alguna señal de entrada forzada? Algo que quizás se haya perdido, o que haya sido roto y reparado.

Ramsgate sacudió la cabeza. —Ninguna. La detective comprobó ella misma la ventana cuando estuvo aquí.

Judith señaló con el pulgar hacia la puerta. —¿Y la puerta?

—Estaba abierta.

Los ojos de Judith se entornaron. —¿Por qué no estaba cerrada con llave? Noté que todo el mundo en el edificio cierra sus consultas con llave cuando no está. La puerta del otro médico estaba cerrada cuando estaba la policía aquí.

El abismo de silencio antes de que Ramsgate volviera a hablar era desconcertante. —Giré la llave para abrir la puerta como hago cada día, sin pensar. Debía estar ya abierta. No presté atención.

—Lo que significaría que la dejó abierta la tarde anterior. ¿Lo hace a menudo? ¿Como dejar apagada la alarma del edificio? Creo que Milen mencionó que lo había hecho un par de veces. —Era una mentira incendiaria diseñada para provocar una reacción.

Las manos de la doctora volaron desde debajo de la barbilla y se detuvieron antes de golpear el escritorio. En el último momento las colocó planas sobre la superficie. —¿Por qué diría eso? ¡Él suele ser la última persona en irse. ¡Es su responsabilidad!

Judith sonrió con inocencia. —Quizás se estaba confundiendo. —De repente levantó el dedo para detener a la doctora de interrumpir —. Dijo normalmente. ¿Quién más se quedaría hasta tarde?

—Mandy a veces se queda, quejándose de que tiene demasiado papeleo. —Señaló al techo—. Y los inquilinos de arriba van y vienen a su antojo.

—¿No aprueba a Nadin?

Esta vez Ramsgate no hizo ningún intento de ocultar su desdén.

—Conozco bien a la familia. Nadin es una señorita remilgada que hace rabietas cuando no se sale con la suya. ¡Nos obligó a tener a Mandy en el mostrador principal, cuando podríamos haber tenido a alguien competente! Es Martín por quien me preocupo. Siempre obligado a sacarla de los apuros. Si ella se saliera con la suya, este lugar se habría ido al garete.

—Pero ¿qué hay de su clínica dental?

—Le importa el dinero. Nada más. Me imagino que de pequeña quería ser el ratoncito Pérez, pero en lugar de dar dinero le robaría los dientes y le sangraría hasta el último céntimo.

—¿En qué apuros recientes ha estado?

—¿Perdone?

—Dijo que había estado en un apuro. Y Milen dijo que había oído a los hermanos discutir la noche antes del asesinato. ¿De qué era eso?

—Siempre discuten, y Nadin siempre está causando problemas. —Fue salvada cuando el interfono de su escritorio zumbó, y la voz de Mandy llegó por el altavoz.

—El señor Vidal es su próxima cita.

—Vaya, suena doloroso. Buena suerte. —Judith se puso en pie y sonrió mientras tomaba la señal—. Ha sido de gran ayuda.

El fruncimiento de labios de Ramsgate, como si hubiera mordido un limón, aseguró a Judith que ser de ayuda era lo último que la doctora quería ser.

15

Para el sargento de detectives Raymond Collins, la nueva mañana significaba madrugar, conducir hasta la estación de tren de la ciudad, y luego casi seis horas de tediosas conexiones ferroviarias mientras serpenteaba hacia el norte en dirección a la gran metrópolis de Mánchester.

La inminente entrevista había estado pesando cada vez más en su mente durante los últimos días, trayendo consigo distracciones indeseadas. Cada vez que intentaba aplicar el pensamiento a la investigación, la entrevista surgía en su mente, zapateando para llamar la atención, y solo podía estar agradecido de que Sarah Eastly hubiera estado a mano para mantener el caso en curso. Para empeorar las cosas, había sido incapaz de dormir mientras luchaba con los pros y los contras de lo que el ascenso ofrecería. Su plan había sido dormir en el tren y llegar a la entrevista fresco y alerta; sin embargo, el duende que ocupaba su mente tenía otros planes y seguía convenciéndole de que dormir era para perdedores. Aparentemente, la mejor manera de prepararse para la entrevista era mantenerse tenso, estresado, y extremadamente nervioso.

Había decidido pagar un poco más por un vagón silencioso en el tren y aprovechó la rara oportunidad de apagar el teléfono, decidido a no dejarse tentar por internet. Como impulso de último momento había cogido un viejo libro de Michael Crichton que había pasado a

ser residente permanente de su colección de mesita de noche por leer, pensando que si no podía dormir, al menos podía ser transportado a alguna exótica isla tropical en el tipo de aventura de alto riesgo que Little Pickton raramente ofrecía. Resultó que estaba demasiado cansado para concentrarse en la página que tenía delante. Sus ojos se desviaban y el texto se nublaba, lo que le llevó a poner el libro plano sobre la mesa, cerrar los ojos, y apoyar la cabeza contra la ventana para echar una cabezada.

Típicamente, en el momento en que cerró los ojos, su cerebro se aceleró para cuestionarse cómo se desarrollaría la entrevista. No es que hubiera tomado ninguna decisión firme en ningún sentido sobre si quería el trabajo, lo que inevitablemente le llevaba a preguntarse una vez más por qué el sargento Hamper había sugerido su ascenso. Sabía con toda certeza que no era porque los dos últimos casos que había resuelto habían sido los más notorios en la historia de la zona. Resolverlos era un esfuerzo loable, pero también era su trabajo.

Estaba un 99% seguro de que era porque Hamper quería apartarle del camino mientras investigaba a Judith Spears, o al menos esa había sido su suposición inicial ya que era lo único que tenía sentido. Pero mientras el tren traqueteaba hacia el norte a través de la campiña de Oxfordshire, la mitad policial de su cerebro decidió confrontar esa tesis básica.

Él y Eastly habían descubierto detalles sobre el pasado ajetreado de Judith pero habían decidido hacer la vista gorda debido a la inmensa ayuda que les había prestado para resolver algunos casos difíciles. No estaba seguro de por qué había optado por hacerlo más allá de que la información descubierta había sido vaga y, para ser honesto, no había parecido ser tan retorcida. Era una mujer con poco pasado, o más bien, una cantidad inusual de cambios de nombre. La seña de identidad de alguien decidido a no ser encontrado, pero no exactamente ilegal.

Cuando Hamper había aparecido insistiendo en que Judith fuera llevada para ser interrogada, había sido casi una reacción defensiva natural para Raymond apoyarla, aunque no estaba del todo seguro de por qué. Claro que era arrogante, opinática, exasperante e

intervencionista, pero estaba seguro de que Judith tenía también algunos puntos positivos.

También era solo unos meses mayor que él, y alguna parte oculta de Collins había decidido que su generación debía mantenerse unida, especialmente dos personas solas intentando mantenerse a flote en una pequeña comunidad rural.

Esa línea de pensamiento le hacía sentir incómodo, así que volvió al detective de Madrid. Quizás alguna parte de Hamper había pensado que ayudar a Collins a conseguir un codiciado ascenso le granjearía su simpatía y le pondría de su lado. Eso tenía sentido, aunque Raymond nunca había pensado realmente en ningún ascenso fuera de la zona. Dicho esto, siempre era agradable recibir reconocimientos. La idea de una felicitación por parte de su jefa era reemplazar la vieja cafetera que tenían en la oficina para que no tuvieran que seguir haciendo carreras al otro lado de la comisaría hasta la cantina del personal, y hasta el momento esa había sido una promesa vacía.

Además, al apoyar a Judith, todo lo que realmente había hecho era decirle a Hamper que era vital para su investigación, lo que efectivamente le había comprado un par de meses de gracia antes de que el detective de Madrid volviera a perseguirla. Al menos era una oportunidad para que Judith pusiera sus propios asuntos en orden.

Incapaz de dormir o callar su mente activa, Raymond compró una taza de té y un KitKat de cuatro dedos del carrito de la cantina cuando pasó por su lado. Hizo un valiente intento de leer dos páginas de contenido trepidante y lleno de acción antes de que la fatiga barriera su cerebro. Apurando el último té de un largo trago, puso el libro de vuelta sobre la mesa, se posicionó contra la ventana y permaneció despierto durante todo el resto del trayecto. Para cuando se apeó en la estación de tren de Mánchester para abrirse camino por la ciudad hasta su entrevista en la comisaría, sentía que estaba sonámbulo entre las densas multitudes.

La diferencia entre el centro de Denzel Green y el vivo, multicultural y vibrante muro de ruido que era un miércoles laboral corriente en el centro de Mánchester no podía haber sido más

marcada. Si no hubiera sido por su agotamiento, habría disfrutado del zumbido de vida a su alrededor; casi había olvidado cómo una gran ciudad podía hacerte sentir vivo y menos solo. Sin embargo, deambular por las anchas calles disipó las telarañas, y para cuando llegó a la comisaría, llegaba con quince minutos de antelación para su entrevista, aunque el horario del tren había prometido llevarle con un saludable par de horas antes.

La oficina tenía moqueta nueva, sillas y mesas sólidas, y calefacción que funcionaba. La recepcionista le dio una taza de café de filtro de una máquina que sabía un millón de veces mejor que el brebaje instantáneo de la comisaría de su pueblo, y fue acompañado de dos galletas de mermelada que justo tuvo tiempo de meterse en la boca cuando fue llamado a una estilosa sala de entrevistas de cristal, la vista oscurecida por suaves persianas de tela gris.

El entrevistador era un detective de paisano que se presentó como María. Estaba en los cuarenta, negra, segura de sí misma, y poseía una sonrisa tan intoxicante que Raymond se encontró torpe como un pueblerino de mediana edad. Explicó que el puesto estaba en Old Trafford, un nombre que Collins solo conocía por el fútbol, pero que ya sonaba magnífico. Venía con el discurso habitual de todas las fuerzas policiales: estaban infradotadas de recursos y necesitaban un equipo de profesionales dedicados. El historial del sargento Collins había saltado de la pantalla, junto con una entusiasta recomendación de la Policía Metropolitana de Madrid.

—Le costaría mucho esfuerzo fastidiar esta entrevista —bromeó ella.

Raymond solo había conseguido sonreír débilmente y asentir vigorosamente, un gesto que envió una lluvia de salpicaduras marrones sobre las migas de galleta en su corbata azul y su prístina camisa blanca. Arrebató el pañuelo del escritorio para dar toquecitos en la mancha, aumentando efectivamente su tamaño. Captó la mirada de María deteniéndose en la escena del crimen que se extendía por su camisa.

SARAH EASTLY HABÍA ESPERADO que un día sin el jefe fuera como los viejos tiempos en la escuela, cuando te permiten ir con tu propia ropa y traer un juego. Hay que reconocer que siempre iba con su propia ropa al trabajo, y estos días todos sus juegos estaban en el teléfono, que nunca abandonaba su lado. El hecho era que había poco emocionante en sentarse sola en su escritorio, mirando el asiento vacío de Collins y preguntándose cómo le estaba yendo en la entrevista.

Los pensamientos de ascenso que había compartido con Judith, la mismísima idea de mudarse, habían sonado atractivos, pero en el fondo de su mente sabía que empezaba a construir una vida aquí. Una vida real y adulta como la de otra gente. Con un trabajo estable, amigos, y, si se atrevía a decirlo en voz alta, incluso una relación. Solo cuando Raymond mencionó su ascenso fue cuando esas cosas se aglomeraron para hacerle darse cuenta de que anhelaba un aumento de sueldo más que una reubicación y una nueva vida.

Le tentaba enviarle un mensaje a Raymond para ver cómo le iba, pero todavía era la mañana, y probablemente estaba de camino, ensayando cómo respondería las preguntas de la entrevista. O al menos eso era lo que ella estaría haciendo.

La mañana había traído consigo la llegada de un correo electrónico con las matrículas del sistema ANPR de la gasolinera de la autopista. Usó la base de datos de la DVLA para hacerlas coincidir con sus propietarios. Había trece que se ajustaban al período de tiempo. De esas, siete habían sido camiones, que no encajaban con el perfil, y seis coches estaban todos matriculados a domicilios de casas de todo el país. El que destacaba era un coche de alquiler.

Sarah resaltó pulcramente la matrícula en amarillo y se puso a contactar con la empresa de alquiler. Esta no era la vida exótica de detective que había imaginado al enrolarse en la policía. La realidad implicaba mayormente interminables llamadas telefónicas y convencer a la gente de que la protección de datos era realmente algo diseñado para proteger a la gente de ser estafada, y no para frustrar investigaciones de asesinato.

Pero esta vez tuvo suerte, ya que habló con el igualmente aburrido auxiliar de alquiler de coches y una copia del carné de conducir que había sido archivado por el misterioso individuo llegó volando a su bandeja de entrada.

Sintió un pequeño sobresalto de emoción cuando hizo doble clic en el adjunto y vio la imagen escaneada del carné de conducir. Emoción que fue pinchada cuando no reconoció el nombre ni la foto. Reenvió la imagen a Judith por si acaso, pero se irritó ante que hubieran topado de nuevo con otro callejón sin salida.

16

El siguiente objetivo de Judith era la doctora Nadin Karam. La dentista y copropietaria de la consulta había estado haciendo horas extras para ver a sus pacientes que habían sido afectados por el cierre temporal, al contrario que Ramsgate, que estaba haciendo todo lo posible por evitar a su rebaño, o manada, como afirmaba el Diccionario de la Real Academia que era el sustantivo colectivo. No había manera de colarse en el horario de la dentista, así que Judith esperó hasta la hora de comer y la siguió hasta el Budgens.

Judith intentó no interpretar nada cuando encontró a Nadin en el pasillo del vino con tres botellas de tinto, dos bolsas de nachos, una gran salsa de queso para dipear ya en la cesta, y una expresión de noches sin dormir en la cara. Añadió una botella de Chardonnay antes de notar que Judith la estaba observando.

Judith saludó con despreocupación. —No me haga caso.

El casi perfecto ceño de Nadin se arrugó en un gesto de recuerdo. —Usted es esa mujer...

—¡Correcto! —Judith dio un paso más cerca—. Veo que también habría sido una excelente médica además de dentista. Soy, en efecto, una mujer.

—Quería decir la señorita Spears, por supuesto. Solo suelo verla en mi sillón reclinable, pero reconozco su boca.

—Es toda una habilidad.

—Y ahora se junta con el encantador detective Collins.

—Culpable. —Judith lanzó una sonrisa—. ¡O al menos uno de nosotros lo es! —Registró el destello en la cara de Nadin pero no pudo saber si era humor o irritación—. He querido hacerle algunas preguntas para nuestra investigación —pensó que no tenía sentido negar la suposición de Nadin—, pero veo que ha estado muy ocupada poniéndose al día con sus pacientes. Muy noble. Cuando hablaba con la doctora Ramsgate, daba la sensación de que no quería ver a ninguno de los suyos. Solo quería charlar. —Judith puso los ojos en blanco.

—¿Charlar de qué?

—Oh... —La mano de Judith hizo un gesto desdeñoso—. Más bien cotillear, pero ahora la tengo a usted, que es mucho más agradable. Espero no interrumpir su almuerzo. —Señaló la cesta.

—Es para una reunión de uno —dijo tristemente—. Le dije todo lo que sabía a los detectives.

—La víctima era Diane Hofstein. Era actuaria. ¿Sabe lo que hacen?

Nadin asintió rápidamente con la cabeza, luego miró alrededor para comprobar que no las estaban oyendo.

—Yo no lo sabía. Es uno de esos trabajos extraños de los que uno oye hablar, pero no acaba de entender. Al parecer se ocupan de la evaluación de riesgos, seguros, planificación estratégica, todo lo que una empresa necesita tener en cuenta. Y por lo que parece, sus negocios colectivos no van muy bien. —Judith dio otro paso más cerca y bajó la voz—. Oh, y por cierto, Diane fue asesinada usando el mismo anestésico que usted utiliza. Falta una botella del almacén y creo que solo usted y Audrey tienen la llave.

—Y mi hermano. Todas las clínicas dentales tienden a usar los mismos anestésicos. Y es la herramienta perfecta para usar si intentas incriminar a alguien.

—¿Quién intentaría incriminarla a usted?

La mandíbula de Nadin se movió, pero se detuvo antes de responder. Se encogió de hombros. —Creo que es seguro asumir

que alguien no quiere que estemos en el edificio, ¿no? Quiero decir, dejar un cadáver en el local es una advertencia clara.

—¿A quién?

—Como sabe, mi hermano y yo somos dueños del edificio. ¿En cuanto a quién no quiere que estemos allí? —Se encogió de hombros —. Como le dije a los detectives, mi dinero está en el conserje. Me asusta. Mi hermano le ha usado cuando necesita algo de músculo.

—¿Por qué necesitaría un médico músculo?

Nadin miró el vino, fingiendo elegir entre australiano o californiano, pero Judith sabía que estaba ganando tiempo. Puso un Sauvignon Blanc australiano en la cesta antes de responder a regañadientes.

—Hace ocho meses, contraté a un abogado para que revisara el testamento de mi padre y los documentos que dejó atrás, para ver si había algún... problema en cuanto a su autenticidad.

—Pensaba que les había dejado el edificio a los dos.

—Siempre había prometido que iría a mí. Sabía que Martín era irresponsable. Le había prestado dinero para todo tipo de empresas comerciales a lo largo de los años. Todas se habían disipado en nada. Después de que murió mi madre, mi padre siguió gastando dinero hasta que no nos quedó nada, aparte del edificio. Ni siquiera nuestra casa familiar.

—¿Fueron todas inversiones de mala suerte?

—Mi hermano es un idiota. No me malinterpretes, es un intelectual de alto vuelo, pero también es un ingenuo. Un blanco fácil. Crédulo. Se asoció con las personas equivocadas, pero nunca vio el error de sus formas. A decir verdad, dilapidó la mayor parte del dinero de mi padre. El edificio debía ser mi herencia. No la suya.

Judith asintió lentamente. —¿Y qué descubrió su abogado?

—Le valió un ojo morado y un brazo roto. —Una sonrisa jugueteó en la comisura de su boca, pero no llegó a los ojos—. Una advertencia para que no indagara. Huelga decir que el abogado no quiso seguir investigando.

—¿Descubrió algo sospechoso?

Nadin sacudió la cabeza de nuevo. —Pensaba que el testamento estaba todo en regla. Pero ¿por qué cambiaría mi padre de opinión

en el último momento?

—¿Un sentido de culpa por no dejarle nada a su hermano?

—Siempre se quejaba de Martín, ante quien quisiera escucharle. Era un secreto a voces.

—¿Pudo su abogado echar un buen vistazo a su agresor?

—No. Era de noche, y le cogió por sorpresa. Pero si fue alterado de alguna manera, Martín sería lo suficientemente sin escrúpulos para hacerlo. Y tiene a un hombre a su servicio del que sospecho que llevaría a cabo la amenaza.

—Milen es sin duda todo un personaje.

—Le he visto perder los estribos cuando cree que nadie está mirando. Dando patadas a las cosas, dando portazos. Incluso le dio un puñetazo a una pared una vez tras una discusión con Mandy. Estaba asustada por lo que podría hacerle a ella.

—Pero su hermano no se deshará de él.

—Ni siquiera escucha. Mandy estaba llorando, y le pedí que despidiera a Milen. Se negó en redondo. Era casi como si el búlgaro tuviera algo sobre él —añadió como pensamiento aparte.

—¿Qué podría ser eso?

—Podría ser casi cualquier cosa.

—Lo que nos lleva de vuelta al asunto en cuestión. Diane Hofstein. Debe tener una sospecha, una teoría, sobre por qué fue asesinada.

—¿No son las sospechas y teorías su departamento?

—Para decirle la verdad, siempre es más fácil resolver un caso si otras personas lo hacen por ti. ¿Cómo se llevan Audrey y Milen?

Nadin lanzó una mirada agria. —Ella es igual de mala. Adora a mi hermano. Cuando está cerca de él se convierte en una colegiala risueña. Es patético. Mi padre y el padre de ella eran amigos, así que le gustaba ayudarlos. Ella se acercó demasiado para mi gusto. Incluso salió con Martín una o dos veces, lo cual te dice todo lo que necesitas saber.

—¿Qué ayuda necesitaba?

—Hubo un caso de negligencia médica contra ella. Podrían haberla inhabilitado, pero finalmente fue sobreseído. Todo lo que

necesita saber es que la única persona de la que le importa mi hermano es él mismo.

—Bueno, ha sido un placer encontrármela. —Judith hizo una pausa esperando una respuesta recíproca que no llegó—. Me gustaría hablar con su abogado, si no le importa. Particularmente en lo que respecta a Milen.

Nadin no necesitó más estímulo. Sacó el teléfono y le dio a Judith sus datos.

NOVENTA MINUTOS DESPUÉS, Judith estaba en Fulton, el siguiente pueblo más grande desde Denzel Green. Era un lugar tan importante que tenía su propio castillo medieval, un Boots y un Nando's. Todo lo necesario para elevar el estatus de JB BARTON — SERVICIOS JURÍDICOS, que estaba situado en una pequeña oficina sobre una casa de apuestas.

El propio señor Barton tenía cincuenta y tantos años y llevaba un viejo traje gris que ahora le quedaba una talla demasiado pequeña, de modo que los puños de las mangas se le subían hacia los codos cuando se apoyaba en el borde de su escritorio para mirar a Judith por debajo de unas pobladas cejas grises que necesitaban urgentemente un recorte. Su cara también era gris. El único color que Judith podía ver venía de sus dientes amarillentos.

—¿Es consciente de que es ilegal hacerse pasar por un agente de policía? —dijo con una voz rasposa que Judith imaginó que también era gris.

—Eso sería un golpe devastador para la industria del striptease.

Las comisuras de los ojos de Barton se arrugaron. Mientras que el resto de su cara permaneció pétrea, era lo más cerca que Judith imaginaba que podía llegar a una sonrisa. Bien, pensó, un abogado con sentido del humor. Siguió adelante:

—Solo hago preguntas en su nombre. Siéntase libre de llamarles si no me cree.

—La creo, señora Spears...

—Señorita —Judith inyectó automáticamente.

—Y estoy al corriente de usted y su trabajo. Una entrometida profesional, dicen algunos.

—Son generosos. No me pagan por ello, así que sigo siendo muy amateur.

La mano de Barton se movió delante de su boca, como para ocultar una sonrisa burlona.

—Me atrevo a estar impresionado. He oído hablar de su participación en un par de casos de primera.

—Se decepcionará al saber que este es un poco más prosaico.

—La mujer muerta en Little Pickton.

Judith arqueó una ceja interrogante. —¿Alguien se ha puesto en contacto? ¿Quizás sintiendo el calor y necesitando representación legal?

—Ojalá. Pero sí sigo los asuntos de la señorita Karam. No se ha puesto en contacto, si eso es lo que está preguntando. No puede permitírseme.

—Y sospecho que no es un cliente que desearía volver a tener aunque pudiera. No desde que fue agredido.

Barton se quedó paralizado. Su cerebro jurídico había suspendido todas las funciones motoras faciales y corporales para no delatar nada.

—¿Ella se lo contó?

Judith recitó lo que Nadin le había dicho. No tenía sentido andarse con rodeos.

—Supongo que mi pregunta es, ¿cree que fue Milen quien le agredió?

La mano de Barton se frotó el lado del ojo derecho, reviviendo el momento de dolor.

—Estaba saliendo de la oficina aquí. Yendo hacia mi coche al otro lado de la calle. Era tarde. Llevaba días revisando los documentos del padre de ella. De repente noto que alguien está detrás de mí. Me empujaron contra el coche. Me doy la vuelta para golpearle, y me pegan un puñetazo aquí mismo. —Señaló el ojo—. Eso me dejó aturdido. Mareado estaba. No podía ver con claridad. Era un hombre, eso seguro. Hizo una agarrada a mi maletín, al que me

estaba aferrando de alguna manera. Me rompió el brazo al arrebatármelo y se fue corriendo.

—¿Qué había en su maletín?

—Toda la documentación que la señorita Karam me había dado para investigar el testamento de su padre. Todas las versiones originales.

—¿Encontró algo irregular?

—Todo estaba firmado meses antes. Correctamente notariado. Lamentablemente para ella, todo estaba en regla. Su padre realmente había cambiado de opinión. Por eso no vi ningún motivo para volver a revisarlo.

—Si todo estaba correcto y en orden... ¿por qué Milen, o cualquier persona, le atacaría y robaría eso? ¿Podría haber pasado algo por alto?

El orgullo profesional de Barton le hizo sentarse erguido. —Señorita Spears, no me perdí nada. Se lo aseguro. —Levantó un dedo para impedirle hablar—. Y antes de que pregunte, porque no eché un buen vistazo a mi agresor, tampoco veía ninguna manera de avanzar desde allí. A veces es mejor dejar las cosas como están.

Algo estaba llamando la atención de Judith, pero no conseguía ubicar exactamente qué era.

—¿Y Diane Hofstein, le dice algo el nombre? —Barton lo pensó, luego sacudió la cabeza—. ¿Recuerda algo fuera de lo ordinario en torno a la época en que asumió el caso de la señorita Karam?

—No realmente. —Lo pensó un poco más—. Pero ahora que lo menciona, fue justo después de mi agresión cuando dejaron de llegar las cartas amenazadoras.

Judith sintió un escalofrío. —¿Cartas amenazadoras?

Barton se encogió de hombros. —Solo unas pocas líneas recortadas de revistas. Amenazas de muerte. Advertencias vagas de que me mantuviera alejado. —Captó su mirada—. Soy abogado. Recibo cartas amenazadoras semanalmente. Es una medalla de honor.

—¿Qué pensaría si le dijera que yo también las estoy recibiendo?

17

Al salir del despacho del abogado, el primer acto de Judith había sido llamar a la agente de detective Sarah Eastly y ponerla al día sobre las nuevas pistas que había descubierto. Como de costumbre, su nuevo proveedor de teléfono no la conectaba a una señal si estaba cerca de un edificio de más de dos plantas, y luego el buzón de voz de Eastly había cogido la llamada. Judith recordó el comentario sobre querer cambiar, y dedujo que su joven agente de policía tenía algo que ver en eso, así que no podía quejarse del amor joven, aunque fuera irritante.

Finalmente consiguió comunicarse con el sargento de detectives Raymond Collins, pero estaba en el tren de vuelta a casa y tener una conversación usando solo cada tercera palabra era como intentar resolver un crucigrama críptico usando las pistas de ayer. Abandonó la agotadora llamada mientras caminaba hacia su coche aparcado. No habían llegado correos electrónicos, y no había mensajes de nadie. En ese momento, incluso el spam habría sido bienvenido. Sopesó cuáles deberían ser sus próximos pasos.

Odiaba admitir que la revelación de Barton sobre las cartas amenazadoras la había alterado, y se enorgullecía de que muy pocas cosas la alteraran. El lado positivo claramente era que las notas cesaron abruptamente sin que la amenaza se hiciera realidad, lo que indicaba que el villano era más bocazas que acción. De momento.

La conexión entre que Barton fuera contactado por Nadin Karam y ser amenazado era de lo más transparente, incluso si los motivos de robar documentos inútiles no lo eran. Apuntar a Judith era un poco más confuso, especialmente ya que recibió la amenaza antes de haber estado nunca involucrada en el asesinato de Diane Hofstein.

¿Era una advertencia para mantenerse alejada? Si era así, el culpable había juzgado muy mal a Judith Spears.

Dejando los motivos a un lado, se centró en su principal sospechoso: Milen Isokov.

Había una línea del grosor de un crayón conectándole con todo el mundo. Tanto si los acontecimientos actuales eran como resultado directo de las maquinaciones empresariales de Martín Karam, como de los propios motivos de Milen, el tiempo inevitablemente lo diría, pero había un hedor a desesperación en todo ello. Como si el asesinato de Diane Hofstein fuera el último clavo en el ataúd de un tercer acto que había transcurrido entre bastidores, ante un público muy reducido. En cierto modo, la mayoría de los crímenes eran exactamente eso. Si los culpables eran atrapados, y lamentablemente la mayoría no lo eran, entonces era un extra adicional en la historia.

La emoción en cualquier investigación venía con el enredo emocional. Por eso Sherlock era tan bueno; debía haber estado en el espectro. Sin bagaje personal, el aspirante a detective podía dar un paso atrás y examinar las pistas desde todos los ángulos sin prejuicios. Por eso tenía que separar a Milen y las amenazas de muerte. Nunca había visto al hombre en su vida, así que la idea de que le tuviera algún odio a Judith era remota. A menos que hubiera una conexión con un caso anterior... guardó esa idea aparcada de momento. El motivo más probable era que estuviera actuando en nombre de Martín Karam. Lo que significaba que veía a Judith como una amenaza. También significaba que el asesinato estaba premeditado porque la carta llegó el mismo día.

Eso removió algo en el razonamiento de Judith. El asesinato estaba planeado de antemano, así como la naturaleza de deshacerse, o más bien, de exhibir el cuerpo. Diane Hofstein

siempre había tenido la intención de ser encontrada en la consulta de Little Pickton, que era el territorio de Judith. Su implicación era inevitable.

Su mente volvió al incidente del maletín. JB Barton era tajante en que no había nada en el testamento que fuera sospechoso, lo que significaba que el viejo Karam realmente había cambiado de opinión cuando se trataba de dividir la propiedad entre sus hijos. Era un caso cerrado que iba en contra de lo que Nadin había querido, y apoyaba el derecho ético de su hermano. ¿Qué más podría haber en esos documentos que Martín Karam tuviera miedo de que se hiciera público? ¿Había empleado Nadin Karam a Diane Hofstein para descubrir la información que faltaba? Una actuaria profundizaba en todos los aspectos de los negocios exponiendo fortalezas y debilidades, y estaría en una posición privilegiada para hundir a uno u otro hermano. Esa era una motivación sólida para el asesinato. Encontrar quién contrató a Diane Hofstein apuntaría firmemente al asesino.

Judith estaba tan perdida en sus pensamientos que sus pies la llevaron automáticamente al aparcamiento. Levantó la vista, y se paró en seco. Había un hombre de pie junto a su coche, esperándola. Daba caladas a una colilla en la comisura de la boca y esbozó media sonrisa que no tenía nada de agradable, y envió un aluvión de hielo por su columna vertebral.

El corazón de Sarah Eastly latía con fuerza en el pecho. Era un alivio bienvenido de la frustración que había experimentado cuando no había podido identificar al hombre que se había reunido con Diane Hofstein para una breve entrevista en la gasolinera de la autopista. Una entrevista que había llevado a su muerte. Había esperado en secreto que eso fuera el avance que el caso necesitaba, logrado cuando tanto Judith como Raymond no estaban cerca. Algo para demostrar su propio valor.

Jugó con la idea de hacérselo saber a Raymond, pero era no-noticia, y supuso que llegaría a casa hacia las nueve o las diez de la noche, y probablemente no estaría en mucho estado mental para

sumergirse en el caso. Judith no había respondido a su correo electrónico, y todavía no había nada de vuelta de Bulgaria respecto a su solicitud de ver si Milen tenía antecedentes allí. Como pensamiento aparte envió la imagen a los hermanos Karam por si acaso la reconocían.

Sin nada más que hacer, Sarah decidió dar por terminada la jornada. Si iba a salir pronto del trabajo, bien podría aprovecharlo y pasar una tranquila noche en casa.

No, esa no era la persona que quería ser. Debería aprender a abrazar el cambio de manera positiva, así que le envió un mensaje al agente de policía Kevin Fenton para quedar.

Una hora después, Sarah Eastly corría de un lado a otro, golpeando el volante con toda su fuerza e intentando superar a su novio. A lo largo de los últimos meses, su juego había mejorado hasta el punto de que Kevin empezaba a quejarse de que se estaba convirtiendo en una jugadora agresiva y de que ya no era tan divertida. Ella se negaba a reconocerlo, incluso cuando su volea de revés golpeó la parte superior de la red y rebotó fuera de la cancha, haciendo que Kevin gritara «¡Falta!» con tal deleite que Eastly aulló de furia y tiró la raqueta al suelo.

—¿Una reacción algo exagerada? —dijo Kevin, jugándose la vida.

Sarah reprimió una respuesta brusca. Puso las manos en las caderas e inspiró profundamente para calmarse.

—Ha sido uno de esos días.

—¿Malo? —Kevin le ofreció en silencio su botella de Lucozade a medias, temeroso de en qué consistiría un día malo. Sarah apuró la bebida gaseosa y miró a Kevin con una sonrisa ladeada. Señaló la raqueta.

—Eso significa que has ganado ese juego.

—Realmente no llevaba la cuenta —mintió—. Estaba ocupado pensando...

Había un tono inocente en su voz que puso a Sarah inmediatamente en guardia. Su sexto sentido de detective le advertía de que algo estaba mal. ¿Le había irritado tanto su arranque que estaba rompiendo con ella?

—Eso nunca es buena señal. —Forzó una carcajada que salió como un breve graznido, como una alarma de coche estropeada. Si acaso, hizo que el ceño de Kevin se frunciera con fuerza.

—Hemos estado pasando mucho tiempo juntos últimamente...

Las palabras quedaron en el aire, no permitiendo otra interpretación que no fuera fría.

—Podríamos pasar menos tiempo... —se aventuró ella, e inmediatamente se arrepintió cuando sus ojos giraron para encontrarse con los suyos. Estaba haciendo girar nerviosamente la raqueta; no era buena señal para el duro y espabilado agente de policía que era el agente Kevin Fenton. O tan espabilado como uno podía ser en medio del campo.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Es eso lo que quieres?

Atrapada entre la espada y la pared, Sarah recogió la raqueta del suelo y se entretuvo examinando el daño inexistente. El silencio se extendió un incómodo momento antes de que Kevin continuara:

—Porque estaba pensando que deberíamos mudarnos juntos.

Sarah dejó caer la raqueta cuando sus dedos se volvieron como de mantequilla. No era la dirección que había esperado que tomara la conversación, pero Kevin los había desviado con fuerza por un camino inesperado.

—Yo, eh, creo... ¿juntos? ¿Tú y yo, o yo y tú?

La confusión recorrió la cara de Kevin. Una cara enmarcada por pelo corto y rizado marrón que le parecía algo adorable, de manera encantadora. Y ahora era una cara que proponía convertirse en parte del mobiliario de su vida.

—¿Hay diferencia? Oh, ¿quieres decir mudarnos al mío, o yo mudarme al tuyo? —Lanzó una sonrisa esperanzada.

El corazón de Sarah reanudó la fandanguia de la que acababa de recuperarse. Esa simple declaración había borrado cualquier duda de que había malinterpretado sus palabras. Esto era. La revisión técnica que cualquier relación sana debería pasar. Aunque no estaba del todo segura de cómo habían llegado a ella en tan poco tiempo. Nada le parecía bien. Especialmente que su primer impulso fuera buscar a Judith para pedirle consejo. Como hija única, nunca había conocido a su padre y había perdido a su madre hacía casi una década. Pero

aun así, Judith Spears no debería ser su modelo a seguir por defecto.

En solo unos pocos minutos, Sarah Eastly había visto su vida pasar de ser una detective frustrada aunque moderadamente exitosa, a una adolescente confundida y perdida. Y odiaba esa sensación. Era como si su vida girara fuera de control. El aire se estaba volviendo asfixiante.

—Necesito coger algo del coche.

No esperó respuesta mientras marchaba fuera del pabellón.

Y no volvió.

18

Judith miraba fijamente al detective sargento Hamper, que estaba apoyado despreocupadamente en el capó de su coche, arrastrando los últimos restos de nicotina a través de un cigarrillo liado a mano. La farola encima de ellos parpadeó hasta cobrar vida, iluminando el humo que se enroscaba alrededor de su cabeza como una capa de olor fétido.

—Señorita Judith Spears. Pensé que este era su vehículo.

La nariz de Judith se arrugó. —Sargento Hamper. Creí haber detectado agua de colonia de Madrid.

Hamper le dio la última calada al cigarrillo, la cara fruncida como un topo y casi vuelta del revés mientras inhalaba cada átomo antes de tirar la colilla.

—Se me antojó que este era un buen momento para hablar. Qué coincidencia.

—Qué gratificante. Y notable. No soy creyente en las coincidencias. Requieren demasiada planificación.

—Pero usted es tan buena planificando, ¿verdad, Martha? ¿O debería decir Janet?

Su sonrisa se ensanchó con el puro deleite que venía de tender su trampa. Judith dejó que el silencio se extendiera, su expresión divertida ampliándose mientras el triunfo del detective comenzaba a desinflarse.

—¿Se encuentra bien, detective sargento? Tuve una vez un amigo que se puso un poco raro. Pero el suyo era una demencia muy específica. Seguía olvidando el uso de los utensilios de cocina. En el baño estaba perfectamente. En el salón, impecable. Viendo un episodio de Solo una palabra, el hombre era un genio. Ponle en la cocina y lo siguiente que sabías era que usaba el tostador como masajeador de pies. Aunque dicen que si hueles pan tostado es señal de que estás teniendo un derrame, en su caso era porque tenía los dedos de los pies en llamas. Pero siempre que sus funciones olfativas estén en perfectas condiciones, no me preocuparía demasiado.

Habló tan rápido que a Hamper le llevó varios momentos ponerse al día.

—No se haga la tonta conmigo, Spears —gruñó. El fino barniz de cortesía desapareció con el último soplo de humo que salía por sus fosas nasales.

—¿Pero por qué hacerlo, Michael? Con usted es tan fácil.

Él agitó un dedo hacia ella. —Porque yo... —su lengua trastabilló —. ¿Cómo sabe mi nombre?

Judith era inexpresiva. —Un golpe de suerte. Que se le caiga la baba a Derren Brown.

La ira erizó al detective como un escalofrío. —Lo sé todo sobre usted. Cambiar de nombre mientras se muda de un lugar a otro no garantiza el anonimato. Especialmente cuando ha ido haciéndose de tantos enemigos por el camino.

—¿Está seguro de tener a la persona correcta? Me sentiría fatal si estuviera haciéndole perder el tiempo.

Hamper se acercó un paso más. —Y lo que sea que haya hecho con esos pobres policías en los que les ha chupado hacia su pequeña cofradía, lavándoles el cerebro para que piensen que es tan especial, bueno, no van a estar cerca para protegerla por mucho más tiempo.

—Oh, Michael, o ¿prefiere Mikey, o Mike? ¿O incluso Sheli, últimamente? No juzgo los estilos de vida ajenos. Lo que lleve en privado es asunto suyo. —Puso una mano en su brazo. Él dio un

salto como si le hubieran electrocutado—. Soy bastante autosuficiente. Pero gracias por su preocupación.

Hamper arrancó el brazo. —Ha ido estafando y timando por todo el mundo. Oh, sí, señorita Spears. Lo sé todo. Jugando a sus pequeños juegos para saquear una cuenta bancaria o dos antes de desvanecerse en la noche.

—Qué romántico suena eso.

—No lo está negando.

—No, tampoco lo estoy admitiendo. ¿Huele usted a pan tostado? —La nariz de Judith se agitó mientras olfateaba el aire—. De todas formas, tengo cosas que hacer, a menos que me esté invitando a un café para escuchar su crisis emocional. —Gesticuló hacia la cafetería cutre al otro lado del aparcamiento. Dentro, el personal estaba justo colocando sillas en las mesas vacías.

—¿Quizás debería llevarte a comisaría para un interrogatorio formal? —gruñó Hamper.

Judith lanzó su sonrisa desarmadora. —Creo que sería una muy buena idea, Michael. Eso indicaría que sabe hacer su trabajo, porque en este momento es más bien un bochorno. ¿No es por eso que estaba de baja forzosa el año pasado?

Los ojos del sargento Hamper se abrieron de par en par cuando dio un paso impulsivo hacia atrás. Judith continuó.

—Solo un error más como ese y oigo que le pondrán de patitas en la calle. Qué triste. —Judith sintió un brillo de orgullo interior por haber investigado a su oponente con antelación. Luchar con fuego...

—Se cree muy lista.

—Tengo que admitir que sí.

—La encontré. Otros también pueden hacerlo.

Judith sacó las llaves del coche de las profundidades del bolsillo del abrigo y pulsó para quitar la alarma. Las luces parpadearon en la oscuridad que caía. Hamper se apartó cuando abrió la puerta.

—¿Recuerda el nombre de Alonzo Pinner?

Judith agradeció tener la espalda vuelta al detective porque incluso sus dotes de actriz no eran suficientes para ocultar la sorpresa que el nombre evocó.

—Suena como un número de vodevil antiguo —dijo con desdén mientras se sentaba dentro e intentó cerrar la puerta. La mano del sargento Hamper la mantuvo firmemente abierta.

—No. Está muy vivo. Y tiene mucho interés en averiguar qué le pasó a usted.

Judith sacudió la puerta, liberando su agarre.

—Espero que deje de perder el tiempo, señor Hámster. Hay casos mucho más urgentes que necesitan atención. Tenemos un asesinato, para empezar. Siéntase libre de aplicar su magnífico intelecto para resolverlo.

La sonrisa de Hamper era genuina, mostrando sus dientes manchados de nicotina. —Agradezca que sea solo un asesinato por aquí.

Judith cerró de golpe la puerta y pulsó el botón de arranque del coche. Se alejó tranquilamente sin mirar atrás. Pero estaba, por primera vez en mucho tiempo, perturbada. Y en el libro de Judith, la perturbación era peor que la preocupación.

La preocupación era una reacción emocional a una circunstancia que uno podía afrontar o intentar evitar. Las emociones podían controlarse.

La perturbación nacía de un acontecimiento inminente e inevitable que estaba destinado a consumirte sin previo aviso. Y no había manera de controlarlo. No la provocaba el detective de Madrid. Sus torpes maniobras habían revelado su verdadera naturaleza. Ya no era el problema. Alonzo Pinner lo era.

19

Judith condujo de vuelta a Little Pickton a velocidades que incluso la agente Eastly consideraría inadecuadas. Las serpenteantes carreteras de delante solo estaban iluminadas por sus penetrantes faros, que eran mucho mejores que los de su viejo coche. Resultó que tener los frenos cortados en un intento de asesinato tenía su lado positivo.

Durante el trayecto, su mente dio vueltas a fragmentos de su pasado que había enterrado en el subconsciente y deseaba que permanecieran enterrados históricamente. Era una distracción indeseada que la alejaba de la investigación del asesinato en la que debería estar concentrada, especialmente porque su principal sospechoso le estaba enviando amenazas de muerte por razones que no acertaba a entender. Nunca llueve a gusto de todos, como solía decir su madre.

Logrando no matarse ni a ella misma ni a ninguna fauna nocturna, Judith redujo la velocidad al entrar en el centro del pueblo de Little Pickton, y redujo más aún cuando pasó por delante de la consulta, observando una luz encendida arriba. Eran casi las siete de la tarde, así que asumió que Milen todavía estaba allí.

La carretera la llevó a pasar junto al Tiempo para el Té, y le sorprendió ver las luces encendidas pero las persianas bajadas. Sombras oscuras se entrecruzaban en el interior, indicando que

estaba lleno. A pesar de todo lo que tenía en la mente, Judith fue incapaz de resistir la curiosidad. Se detuvo justo más allá del charco de luz que proyectaban los viejos focos de sodio amarillos que luchaban por iluminar la calle principal, y se apresuró a volver al café. Podía oír el sordo murmullo de un parloteo indistinguible desde dentro. Alcanzó el picaporte de la puerta y casi se dislocó el hombro cuando intentó tirar de ella, solo para descubrir que no cedía. Probó dos tirones más suaves, pero estaba cerrada con llave.

—¿Qué demonios...? —murmuró entre dientes. Dio varios golpes en el cristal de la puerta antes de que Timoteo respondiera finalmente. Incluso entonces asomó la cabeza, y usó el cuerpo para evitar que se abriera más.

—Ah, eres tú, Judith. ¿Qué quieres?

—Hola. —Parpadeó lentamente, esperando algo más que la media sonrisa en su cara—. ¿Puedo pasar?

—Eh, no.

—¿No?

—Estamos ensayando.

—¿La noche de misterio?

La sonrisa de Timoteo se ensanchó con emoción infantil. —Y va de maravilla. —Su sonrisa cayó de repente—. Oh, no estarás esperando hacer una audición...

Judith hizo un gesto desdeñoso. —¿Yo? No. Que Dios me libre.

La sonrisa de Timoteo regresó. —Es que tuvimos una respuesta tan abrumadora que tuvimos que parar el casting, o habríamos estado en ello durante días. El salón del pueblo acordó dejarnos hacerlo allí este fin de semana, y las entradas se están vendiendo como rosquillas. Oh, eso me recuerda... —Se apartó a un lado y Judith intentó echar un vistazo al interior, pero no pudo ver quién estaba allí, aunque captó el inconfundible acento gambiano de Maggie y su familiar carcajada. Timoteo regresó y le entregó una entrada impresa—. Esta es para ti. Te asignarán un equipo la noche. No la pierdas. ¡Son como polvo de oro!

Judith deslizó la entrada en el bolsillo del abrigo. —¿Está Maggie en la obra?

—Oh, nada de spoilers. No revelaré el reparto. ¡Quiero que la noche sea una sorpresa impactante!

Por alguna razón que no acertaba a identificar, Judith se sintió un poco desconcertada. Asintió. —No podemos tener suficientes asesinatos en el pueblo.

—¡Así se habla! —Timoteo echó un vistazo al interior y gritó hacia alguien dentro—: ¡Has tardado bastante! Cierra con llave y prepárate. —Se giró para dirigirse a Judith una vez más—. Lo siento mucho. Ahora que ya están todos aquí, debemos tapar todas las escotillas y ponernos en modo ultrasecreto. ¡Es la hora del ensayo! —añadió en voz cantarina y le cerró la puerta en las narices.

Judith oyó un cerrojo golpear el marco de la puerta. Se quedó de pie, sin saber qué hacer consigo misma. Para ella, era algo natural entrar donde le viniera en gana, y no estaba acostumbrada a ser tan descaradamente apartada.

No sintiéndose del todo ella misma, Judith se encaminó por la calle vacía de vuelta a su coche. Levantó el llavero para desbloquear las puertas, pero no pasó nada. Ningún pitido. Ningún alegre destello de luces. Lo intentó de nuevo, antes de pulsar el otro botón. Las puertas se bloquearon y las luces parpadearon. Dándose cuenta de que no había cerrado el coche en primer lugar, lo desbloqueó y se sentó dentro. ¿Estaban los acontecimientos empezando a molestarla tanto que estaba olvidando cosas básicas? ¿Empezaría a dejar el gas abierto en casa? ¿Era esto una señal de la edad?

Hizo el gesto de arrancar el motor, pero se quedó paralizada.

Equilibrado sobre el salpicadero había un sobre familiar que no había estado allí minutos antes.

Se giró bruscamente en el asiento, clavando la llave en el espacio detrás de ella. No había nadie. Se retorció más para comprobar que el estrecho espacio del asiento trasero estaba vacío. Girando de vuelta al asiento del conductor, activó los cierres de las puertas, y luego miró larga y fijamente el sobre.

Armándose de valor, Judith lo cogió y lo giró lentamente para ver que no había sido cerrado. Levantó la solapa y sacó lentamente la nota doblada que había dentro. Era otra amenaza recortada y pegada: TE TOCA.

El pinchazo de la mala gramática era casi tan malo como la amenaza en sí.

RAYMOND COLLINS ESTABA en modo automático durante el trayecto de vuelta a casa. La mayor parte del lento, tardío y con cambio de andenes viaje en tren de vuelta, la pasó bebiendo café. Pensó que el servicio ferroviario debería comercializarse como una experiencia de viaje en el tiempo, de vuelta a mediados de los años setenta. Con café horrible, sándwiches rancios y sin señal de teléfono.

Al llegar a la estación de tren de la ciudad más cercana, recogió el coche del aparcamiento tras pagar las escalofriantes tarifas que parecían más bien una demanda de rescate. Luego tardó poco más de ochenta minutos en conducir a casa hasta su piso en Fulton, en su mayoría por estrechas carreteras de primer orden y tortuosas y oscuras carreteras de segundo orden, por lo que necesitaba estar alerta. El viaje a Mánchester y la propia entrevista habían cobrado un peaje físico y emocional peor que un día completo en una escena del crimen, y ahora le estaba pasando factura. En cada cruce, maldijo el hecho de que su dieta de cafeína no hubiera hecho efecto. ¿Habría pedido descafeinado sin querer? Para cuando cruzó la puerta, apenas podía mantener los ojos abiertos.

La calefacción estaba apagada, así que había una bienvenida frialdad en el aire. Intentó calentarse en la ducha, pero el agua nunca pasó de tibia y le hizo sentirse aún más frío. Se desplomó en la cama. En ese momento el café del que había abusado en el tren de vuelta a casa para mantenerse despierto durante el trayecto finalmente entró en acción, y se tumbó en la semiososcuridad, mirando las sombras en el techo.

Finalmente revisó el móvil y recibió las llamadas perdidas de la agente Eastly. No había mensajes, y un rápido vistazo a su reloj de plástico negro Casio en la mesita de noche le mostró que eran las diez y cuarenta, una hora demasiado intempestiva para devolver una llamada de trabajo. Si era urgente habría dejado un correo electrónico o un mensaje de texto.

Había repasado la entrevista en su cabeza incontables veces, lo que le seguía apartando del borde del sueño. Incluso su recuerdo de ella estaba empezando a sentirse vago y borroso como una vieja cinta de VHS. Cuanto más incierto se había vuelto sobre su actuación, más había empezado a querer el trabajo. Quizás la repentina necesidad de cambio se debía al tedioso viaje en tren, o a volver a un apartamento diminuto con calefacción defectuosa.

¿O era simplemente volver a un hogar vacío con nadie que le recibiera y le preguntara cómo había ido el día?

Se había mantenido alejado de las aplicaciones de citas ya que la zona circundante arrojaba el mismo grupo de personas, y ser policía le convertía en una especie de figura pública vaga. En una gran ciudad como Mánchester, se fundiría con el entorno y tendría un estanque más amplio donde pescar. Al fin y al cabo, consideraba que no tenía mala pinta. Las novias anteriores nunca se habían quejado. Bueno, no de su aspecto. Solía ser de su personalidad, malos hábitos, pero sobre todo de su dedicación al trabajo. Un trabajo que exigía muchas horas, y poco en cuanto a historias adecuadas para comentar durante la cena. Y vivir una vida semirural sofocaba cualquier oportunidad de conocer gente, y luego la edad empezaba a jugar su juego despiadado una vez que había alcanzado los cuarenta y tantos. Cruzar la barrera de los cincuenta había sido un momento que había celebrado solo. Si es que se podía considerar una celebración emborracharse en casa viendo Los Goonies.

Quizás era un mensaje de su subconsciente, pero en el momento en que empezó a cavilar sobre su vida personal, la encontró tan aburrida que se quedó dormido en un sueño profundo y sin sueños.

20

El insistente martilleo en la puerta de Judith no era necesario porque ya había visto llegar al visitante cuando aparcó bloqueando su verja. Judith consideró parar lo que había estado haciendo, quizás incluso esconder las pruebas, pero decidió que era el momento de traer refuerzos. Con un suspiro, abrió la puerta al sargento de detectives Raymond Collins.

—Juro que tienes algún tipo de detector de té de alta tecnología —dijo, manteniéndole la puerta abierta—. El hervidor acaba de hervir.

—Creo que tu teléfono tiene algún fallo. —Golpeó los pies en el felpudo para limpiar la lluvia de la mañana.

—Te lo dije hace días. He pasado la mitad del tiempo discutiendo con la compañía de teléfonos. Resulta que es difícil discutir con un bot. Aunque espero eventualmente hacer colapsar su sistema. —Collins la siguió a la cocina—. ¿Solo?

—Eastly envió un mensaje diciendo que estaba enferma esta mañana.

Collins se sentó a la mesa y revisó rápidamente el teléfono mientras Judith hacía una segunda taza. Conocía el tono perfecto de marrón de Raymond. El secreto en el sabor estaba realmente en el filtro instalado bajo el fregadero para suavizar el agua de otro modo

dura, pero él no tenía que conocer todos sus secretos. Quizás solo un par.

El detective no levantó la vista del teléfono hasta que oyó el suave golpe de la taza siendo colocada sobre la mesa de madera. Solo entonces notó las cartas amenazadoras ordenadas en filas.

Judith se sentó enfrente, sosteniendo su propia taza con las dos manos. —¿Cómo fue la entrevista?

Collins no apartó los ojos de las notas durante un prolongado momento, antes de finalmente encontrar la mirada de Judith.

—Eh... ¿entrevista? Oh, bien... —su mirada volvió a caer sobre las cartas—. Debes odiar mucho a tu compañía de teléfonos.

—Sí. Pero, por desgracia, estas iban dirigidas a mí. Tengo que decir que estoy impresionada con tu perspicacia detective, sintiendo mi peligro y viniendo directamente aquí a ayudarme.

Su sarcasmo se perdió en Collins. —Claro... bueno... no. No es por eso que vine. —Cogió la carta más cercana y la examinó de cerca mientras pasaba la uña por el contorno de algunas de las letras recortadas—. ¿Qué está pasando?

—Pensé que era evidente.

—¿Cuánto tiempo llevas recibiéndolas?

—Los últimos días. Desde el asesinato de Diane Hofstein. —Sonrió cuando Collins le lanzó una mirada aguda—. La primera llegó antes del asesinato. La mismísima mañana.

El sargento Collins dejó una y examinó otra. —¿Todas entregadas aquí?

—Excepto la última. —Golpeó a la culpable sobre la mesa—. Esa apareció en mi coche anoche cuando estaba aparcada fuera del café. Solo estuve fuera unos momentos.

—Has disgustado tan profundamente a alguien que incluso han buscado una oportunidad para ahorrarse un sello. —La miró de soslayo—. Lo que pone a casi todo el mundo en un radio de diez kilómetros bajo sospecha.

Judith se encogió de hombros y sorbió el té. —No estoy demasiado preocupada.

Collins dejó la nota y gesticuló hacia la colección sobre la mesa. —Ya lo veo. Y por si no lo pillaste, estaba siendo sarcástico.

—¿Te sorprendería saber que el abogado que contrató Nadin Karam para investigar el testamento de su padre también las recibió? Hasta el momento en que fue atracado y le robaron el maletín, con todos los documentos del caso dentro. Las copias originales, eso es.

—¡Menuda coincidencia una mierda! —ladró Collins.

Judith emitió un no comprometido «Mmm» en su té.

—¿Qué descubrió el abogado?

—Hablé con el propio señor JB Barton. Confirmó que el testamento era genuino. Nada había sido cambiado en mucho tiempo. Así que fue robado sin razón. Lo cual, resulta, es también la razón para amenazarme a mí. Ninguna en absoluto. ¿Por qué crees que es eso?

—No puedo entenderlo.

—Exactamente. Están llamando la atención sobre cosas que deberían ser ignoradas. Igual que dejar un cadáver en la consulta de un médico... —Se sumió en el silencio, persiguiendo en privado una nueva línea de pensamiento que se le había ocurrido—. Por cierto, ¿sabías que Audrey Ramsgate estuvo a punto de ser inhabilitada como médica? —Por la expresión de Collins, no lo sabía—. ¿Y vosotros dos, habéis estado bastante callados. ¿Habéis hecho algún trabajo real en nuestra investigación?

Collins se recostó en el asiento. La madera crujió mientras cogía la taza. —Diane Hofstein se reunió con su último empleador en la gasolinera de la autopista. El circuito cerrado no era muy bueno, pero estamos esperando que las cámaras de reconocimiento de matrículas identifiquen quién era. Esperaba que Eastly lo hubiera recibido hoy. —Se encogió de hombros—. Y hasta que tengamos algo, parece que el vínculo entre tus notas y el abogado es todo lo que tenemos. Tiene sentido que Martín Karam no quisiera que su hermana obtuviera ninguna información que el abogado descubriera, y usar a Milen para amenazarle. Solo para descubrir que no había ninguna prueba irrefutable después de todo.

—Pero si sabía que el testamento era genuino, entonces sabría que no había ninguna prueba irrefutable.

—Mmm...

—Diane Hofstein era actuaria. Sospecho que encontró algo irregular en el negocio y eso es lo que la hizo matar.

—Lo que reduce nuestra lista de sospechosos a los hermanos. Y no creo que Nadin sea capaz de nada.

—Las guapas nunca lo son —murmuró Judith lacónicamente en su taza. Asintió hacia el teléfono de Collins que estaba junto a él sobre la mesa—. Llama a Sarah. Por si acaso se le ha ocurrido algo.

—Está enferma.

—¿De qué?

Collins empezó a responder antes de darse cuenta de que no lo sabía. —Debe ser algo realmente grave, porque en el pasado ha estado en la oficina contagiando toda clase de gripes. —Cogió el teléfono y marcó su número. Cuando fue al buzón de voz, colgó sin dejar un mensaje—. La muy vaga probablemente esté durmiendo.

El dedo de Judith golpeó el lateral de la taza. El repiqueteo resonó en la cocina de repente silenciosa. Collins resopló. —¿En qué estás pensando? —Cuando ella le lanzó una mirada interrogante, sonrió—. Conozco tus señales.

Judith colocó la taza sobre la mesa. —Tuve una charla con tu encantador sargento Hamper.

—Espero que no sin un abogado.

Judith arqueó una ceja. —¿Y por qué iba a necesitar uno de esos?

La sonrisa de Collins vaciló con un atisbo de incertidumbre. —Las personas que siguen cambiando de nombre... qué le voy a decir. No es señal de honestidad. —Ella asintió con un gesto de ánimo para que siguiera hablando—. El policía con el que hablé allá arriba en Escocia, dijo que te conocía a ti y a tu marido. Aunque te conocía por un nombre diferente. La descripción encaja perfectamente, sin embargo. Solo que no estabas casada. Él no existía.

Judith se encogió de hombros. —El cambio de nombre legal difícilmente es un delito. Y estoy segura de que la gente le conoció.

—Conocieron a alguien. Pero no usaste el cambio de nombre legal, ¿verdad? Para ser honesto, Eastly y yo nos detuvimos antes de profundizar demasiado. Falta de recursos. Pero se habló de una

estafadora buscada que había estado apuntando a personas de alto perfil.

—Un término incorrecto.

—¿Cuál? ¿La estafadora o el alto perfil?

—Robin Hood habría sido catalogado como tal. Sin embargo, el roedor en este caso es el propio señor Hámster. Por favor, manténte enfocado en los problemas reales.

El sargento Collins levantó ambas manos. —Lo siento, no puedo involucrarme en el caso de otro policía.

—¿Ni siquiera de un policía corrupto?

Ver cómo su amigo se ponía pálido hizo sonreír a Judith.

—Alguien que te quiere fuera del camino para intentar hacer que yo cante.

—Esa es una acusación grave.

—No me escuches a mí. Escucha al señor Google. La baja forzosa de Michael Hamper incluso salió en las noticias. Aunque nunca afrontó las consecuencias.

—¿Por qué?

—Extorsión. Implicación con un encantador sujeto llamado Alonzo Pinner. Deberías buscarlo. Es todo un personaje. Un gángster de la vieja escuela.

En ese momento el teléfono de Raymond Collins sonó. Lo arrebató. —Disculpa un momento. ¿Sargento Collins?

Judith se levantó para enjuagar las tazas vacías en el fregadero. Collins habló en voz baja, cada frase descendiendo una octava con preocupación hasta que finalmente colgó y se quedó mirando las amenazas de muerte sobre la mesa.

—¿Problemas en el molino? —dijo Judith a la ligera.

La miró con la cara cenicienta. —Era el agente Fenton.

—El novio de Sarah.

Asintió. —Se preguntaba por qué el teléfono de Sarah estaba apagado. Cuando dije que no había venido a trabajar se sorprendió. Estuvieron jugando al bádminton anoche. Ella salió a su coche y no volvió. Pensó que estaba enfadada con él porque había sugerido que se mudaran juntos. Pero esta mañana no contestaba el teléfono. No está en casa. Y no está en el trabajo. —Tomó una profunda

respiración, sin acabar de creer sus propias palabras—. Sarah Eastly ha desaparecido.

21

Conduciendo tan rápido como legalmente estaba permitido, Raymond Collins los llevó a Fulton. Había poco que pudieran hacer para acceder al apartamento de Eastly. Ella no contestó a la puerta, y necesitaban averiguar quién era el casero, y quizás obtener una orden judicial para entrar. Los trucos de cerrajería de Judith no funcionaban con una cerradura avanzada, mientras Collins estaba en el coche, atendiendo una llamada.

El teléfono de Sarah seguía apagado y otra llamada preocupada del agente Fenton les informó de que no había circuito cerrado fuera del viejo pabellón de bádminton. Esto planteaba un problema ético para Raymond Collins. Todavía no habían pasado veinticuatro horas desde que Eastly había desaparecido. Era un mito que la gente tuviera que esperar un día obligatorio para ser considerada oficialmente persona desaparecida, pero sin ninguna amenaza obvia contra ella, Raymond no podía movilizar a toda la policía para buscarla. Especialmente ya que estaban en medio de una investigación de asesinato, y la comisaría colectiva era pequeña y estaba dispersa por todo el condado.

Judith se unió a Raymond de vuelta en su Toyota azul sin identificar, uno de varios que podía usar del parque policial. Estaba alfombrado de bolsas de patatas fritas desechadas y latas de Coca-

Cola, y un angustiado detective sargento que agarraba el volante con fuerza como un piloto de Fórmula 1, a pesar de estar aparcado.

—Como aprietes ese volante más fuerte, lo pincharás.

Raymond captó la indirecta y soltó. Puso las manos en las rodillas, se removió, luego cruzó los brazos. Sus ojos nunca abandonaron las motas de suciedad en el parabrisas.

—Podemos descartar un accidente, o una emergencia familiar porque no tiene mucha familia, y pensándolo bien nunca admitiría que estaba enferma. Lo que sugiere que no envió ese mensaje.

Cualquier pensamiento adicional fue interrumpido cuando el teléfono sonó de nuevo. Era el agente Fenton con más noticias. Acababan de encontrar el coche abandonado de Sarah Eastly.

ERA media tarde cuando el sargento de detectives Raymond Collins y Judith Spears llegaron a una carretera resguardada que llevaba al bosque en el borde de Denzel Green, a mitad de camino entre Fulton y Little Pickton. El agente Kevin Fenton y otro coche policial con luces azules intermitentes ya estaban allí.

El joven agente parecía consternado cuando les recibió. —El granjero lo encontró cuando hacía sus rondas. Bloqueaba su verja.

Se acercaron al coche por el lado. Estaba aparcado justo contra la verja de acero y las puertas estaban cerradas con llave. Con cuidado de no perturbar el camino de barro circundante se acercaron y miraron por la ventana lateral. Nada en el interior parecía estar fuera de lugar. No había señales de lucha.

Las manos de Kevin temblaban cuando habló. —Dos agentes escalaron la verja y han entrado a registrar el bosque.

Judith le cogió las manos y se las apretó suavemente. —Estás helado. Deberías sentarte en tu coche y tomarte un respiro. —Cuando parecía que iba a negarse, añadió rápidamente—: Has hecho todo lo que has podido. El sargento aquí llamará a un equipo forense, pero nadie encontrará nada.

Raymond frunció el ceño. —¿Qué te hace decir eso?

Judith gesticuló entre el coche y la carretera. Aunque el corto camino estaba resguardado, difícilmente estaba oculto a la vista.

—Es un lugar terrible para esconder un vehículo robado, ¿no crees? Y si ibas a hacer algo fatal, ¿por qué hacerlo en tu propia puerta?

—No te sigo...

—La colocación del cadáver. Las notas amenazadoras. Esto. Cada uno premeditado, pero ejecutado para la máxima desorientación. Los culpables están jugando con nosotros. Creo que Sarah descubrió, o estaba a punto de descubrir, quién era el asesino, y ellos lo sabían. —Se giró hacia Kevin—. No creo que pedirte que te mudaras juntos la haya hecho salir corriendo a unirse al circo. ¿Cómo estaba cuando la viste por última vez?

Los ojos de Kevin buscaron los árboles mientras pensaba hacia atrás. —Normal. No, más inquieta de lo normal. Quería desahogarse después del día que había tenido. Mencionó que había sido un día de callejones sin salida. Realmente no hablamos del trabajo en absoluto.

—La clave de una relación sana —dijo Judith sabiamente.

—Perdió el partido y tiró la raqueta al suelo como una mala perdedora.

Raymond no pudo evitar esbozar una sonrisa ante el recuerdo. —Muy John McEnroe.

Judith asintió con conocimiento y luego captó la mirada de perplejidad de Kevin. —No es tu trabajo hacernos sentir viejos —le espetó—. Continúa.

Kevin tímidamente continuó. —No estaba prestando mucha atención, porque llevaba una semana o así esperando abordar el tema de mudarnos juntos. El alquiler es caro, y...

—No necesitamos tu historia personal, chico —dijo Raymond brusamente.

El agente Kevin Fenton se recompuso y aspiró profundamente mientras pensaba hacia atrás.

—Se puso nerviosa y a la defensiva, luego dijo que necesitaba aire. Se fue y no volvió. —Las lágrimas brillaron en la comisura de sus ojos, pero las contuvo.

Judith le apretó la mano de nuevo y miró pensativamente a Raymond. —Creo que se topó con la mismísima persona a la que

sospechaba.

—La misma persona que me envió ese mensaje.

Judith extendió la mano y flexionó los dedos. —Déjame ver.

Raymond desbloqueó obedientemente el teléfono y encontró el mensaje de Eastly. No había mucho que estudiar, pero Judith se tomó su tiempo leyendo entre líneas.

—Ella no escribió esto.

—¿Cómo puedes saberlo?

Suspiró y le devolvió el teléfono. —Puede que me haya metido en algunas travesuras en mi juventud. Haciéndome pasar de vez en cuando por alguna persona, fingiendo ser otra... —captó su mirada —. Todo por el bien mayor.

—¿El tuyo o el de ellos?

—El de la sociedad. Calla. Escucha —le espetó con un tono de autoridad que Raymond no había escuchado desde que se conocieron por primera vez—. Y concéntrate. Semejante treta es un arte. Llegas a conocer a tu objetivo tan bien que puedes hacerte pasar por él sin que se note. —Señaló con el pulgar hacia el teléfono —. Este gracioso ni siquiera lo ha intentado. —Raymond sacudió la cabeza. No lo entendía—. Léelo.

—«Lo siento, no vendré. Espero que estés bien. Me encuentro mal. Llamaré mañana.» —Se encogió de hombros—. ¿Y qué?

Judith arrebató el teléfono de su mano y lo sostuvo delante de él para que pudiera ver la pantalla. —¡No lo estás leyendo! Estás rellenando los huecos. Lo que dice en realidad es: «Sry no vndré. Espro k sts bn. Sintdo mal, qué demonios es eso?»

El agente Fenton se asomó por encima de su hombro. —Eso es un emoji de enfermedad. Ella odia los emojis.

Judith continuó: —«Hsta mñna». Sarah puede ser joven, pero odia este tipo de mensajes de texto perezosos.

—Siempre me lo recrimina cuando lo hago —confirmó Kevin.

—Pero conozco a alguien que los adora.

Raymond recuperó el teléfono y lo leyó de nuevo con ojos frescos. Asintió. —¿Quién?

—La misma persona que me ha estado enviando cartas amenazadoras.

—¡Milen Isokov!

UNA LLAMADA a la consulta fue recibida por un mensaje de contestador de una Mandy bastante aburrida diciéndole a la gente que llamara al 112 si era una emergencia, al 111 si no lo era, y que volviera a llamar mañana cuando la oficina reabriera si todavía estaban vivos.

Collins no creía que el conserje fuera a contestar el teléfono si estaba allí, pero eso le dejaba a él y a Judith en un aprieto. Habían viajado en su coche, el de Judith todavía estaba en su casa, y los dos territorios de pisada de Milen, su casa en Denzel Green y la consulta en Little Pickton, suponían un buen trayecto de treinta minutos en cada dirección, lo que sumaba una hora si elegían el equivocado. Raymond decidió llevar al hombre a comisaría para interrogarle, cuando menos por las cartas amenazadoras a Judith.

Judith llamó a Maggie para que la recogiera, pero fue al buzón de voz.

—¡Es que todo el mundo ha apagado el móvil! —exclamó.

Al final, decidieron ir juntos a casa de Milen, mientras el agente Fenton se dirigía a la consulta en Little Pickton, con órdenes de detener al sospechoso. Judith solo esperaba que el joven agente no hiciera algo imprudente si encontraba al búlgaro. Ella quería hacerlo ella misma; preferiblemente algo que implicara un atizador caliente y el trasero del hombre.

Era casi de noche cuando llegaron al piso de Milen. El sargento Collins les hizo pasar por el interfono del bloque de apartamentos cuando mostró su carné de identidad a la primera persona que contestó al timbre. Fue el truco de la llave de golpe de Judith lo que les hizo entrar. Sintió que no había tiempo para explicaciones, y en su honor, Raymond no las pidió.

Dentro, poco había cambiado desde la última vez que Judith había estado allí. Había nuevos platos sin lavar en el fregadero de la cocina y una botella de cerveza vacía sobre la mesa de café, todo lo cual indicaba que había estado en casa antes en el día. Collins hurgó en el dormitorio.

—No hay nada fuera de lo ordinario en su armario —dijo Collins mientras Judith volvía a examinar el salón más de cerca.

—¿Qué quieres decir?

—Sudaderas con capucha. Pasamontañas. El tipo de ropa de matón que esperarías encontrar. Todo apesta a ese aceite hippie. ¿Cómo se llama?

Judith estaba distraída mientras pasaba el dedo por su estantería, buscando algo que no acertaba a recordar. Luego sacó la caja de letras recortadas de Perspex azul de la estantería. —Aceite de pachulí. Ven aquí, por favor.

Collins se unió a ella mientras colocaba la caja sobre la mesa de café y la abría. Collins se agachó y sacó una letra «G» cuidadosamente recortada de una revista satinada. La levantó triunfante.

—¡«G» de culpable! —Metió el dedo entre más letras aleatorias de la caja. Algunas se voltearon, mostrando el texto del lado opuesto—. Todas están muy cuidadosamente recortadas. Debe haberle llevado una eternidad. —Levantó una—. El reverso de esta parece un trozo del logo de la revista Pronto.

El teléfono de Collins pitó. Leyó un correo electrónico y se rió entre dientes.

—La policía de Sofía acaba de responderme respecto al historial criminal de Milen.

—¿Lesiones graves?

—Nada. Está limpio como una patena, pero añaden que hay algo extraño en él. Todo el mundo allí piensa que le resulta familiar, pero no saben por qué.

—No me digas que es algún tipo de agente secreto.

Raymond se encogió de hombros. —Desde luego es una anomalía.

Judith se sentó en el sofá, asumiendo la posición en la que Milen había estado sentado. La hendidura del trasero en el cojín la empujó a la posición exacta. Colocó las manos sobre la mesa como si estuviera conduciendo una sesión de espiritismo.

—¿Qué estás haciendo?

—Ponerme en sus zapatos del cuarenta y seis. —Miró alrededor de la sala, luego inclinó la cabeza debajo de la mesa y encontró el libro de biblioteca de Milen sobre interpretación. Lo levantó para que Raymond lo viera. Él lo tomó y pasó las páginas.

—¿Quizás es como dijiste? Está intentando convertirse en su objetivo. Necesitaría algo de inter... —se detuvo a mitad de frase y levantó una hoja de papel doblada que había sido usada como marcapáginas. Usando solo las yemas de los dedos, la desplegó.

Era una nota a medias terminar. Letras recortadas habían sido pegadas al papel:

ESTA NOCHE ES LA NOCHE. ¡DI ADIÓS!

—¡Bingo! —exclamó Raymond—. ¡Tenemos a nuestro hombre! —Su sonrisa se fue apagando cuando Judith no le devolvió ninguna—. ¿Qué pasa? Pareces decepcionada. Estaba usando el libro para presionar el pegamento. Esto habrá acabado en tu buzón.

Judith estaba tan perpleja que Raymond sintió una rara punzada de simpatía.

—Mira, voy a tener que sellar este apartamento, y no creo que necesites estar aquí. Haré que el agente Fenton te lleve a casa y compruebe que tu casa está bien cerrada. Y si tenemos alguna señal de dónde está Sarah, serás la primera en saberlo.

Judith estaba tan agotada que asintió con resignación.

Dentro de la hora estaba de vuelta en casa después de que el agente Fenton confirmara que su casita estaba segura y que no había nadie dentro. Cerró la puerta con llave, puso el hervidor y evaluó sus sentimientos.

Las notas amenazadoras la habían alarmado, y había estado en tensión especialmente después de encontrar la que estaba en el salpicadero. Eso significaba que el asesino había estado cerca, quizás a metros en las sombras, observándola.

Pero eso tampoco era lo que la estaba incomodando.

La repentina llegada del detective Hamper y su mención de Alonzo Pinner también la había perturbado. Pero aun así, estaba hecha de material resistente.

Sabía que lo peor de todo era el secuestro de Sarah Eastly. Una policía dura que podría haber combatido incluso al fornido ejecutor

búlgaro. Eso sugería que Eastly había sido incapacitada rápidamente y estaba siendo retenida cautiva. Judith sabía cómo se sentía eso; le había pasado no hacía mucho.

Y atravesando todos estos puntos había un hilo obvio cosiéndolos juntos. El problema era que no podía verlo. Cuando el hervidor llegó a hervir, tuvo un pensamiento y llamó a Fabián Heinzel. Contestó con un duro susurro al segundo timbre.

—¿Judith?

—Fabián, necesito hablar con Maggie.

—No puedes —siseó—. Está atada.

Judith sintió un escalofrío de miedo por su amiga. —¿Está bien?

—Solo un poco de pánico escénico.

—¿Pánico escénico? ¿Dónde...? —se quedó sin terminar.

—¡Se supone que no debo tener el teléfono encendido! Me matarán si se enteran. Tengo que irme. —Colgó.

Judith de repente se sintió muy tonta. Abrió el bolso y sacó la entrada que le había dado Timoteo. El misterio criminal estaba pasando esta noche en el salón del pueblo, y el reparto estaba preparándose.

El nombre del espectáculo estaba impreso en negrita en la parte superior del talonario: ESTA NOCHE ES LA NOCHE DE DECIR ADIÓS.

Todos sus sentidos le decían que esto sería más que una obra.

Esta noche, alguien más iba a morir a plena vista de testigos. Sarah Eastly debía haber averiguado quién era el asesino y la habían atrapado antes de que pudiera detenerles.

El problema que tenía Judith ahora mismo era averiguar quién sería la próxima víctima... y eso dejaba a Eastly como un cabo suelto. Las probabilidades estaban en contra de que alguien quisiera matar a una policía de inmediato, especialmente si el agresor no estaba seguro de cuánto sabía. Y eso significaba que Eastly probablemente seguía con vida.

Al menos mientras durase la actuación de esta noche.

22

Mandy recogía las entradas en la puerta del salón del pueblo cuando Judith llegó agitando la suya.

—¿Llego tarde?

Las comisuras de la boca de Mandy se movieron furtivamente mientras cambiaba la entrada de Judith por un número de rifa rojo. —En absoluto. Llevamos un pequeño retraso por problemas de catering. —Gesticuló hacia el salón principal que ya hervía de voces colectivas. La mitad del pueblo parecía haberse calentado ante la idea de una velada de misterio criminal—. Hubo una avalancha de último momento, así que Timo tuvo más trabajo, nos quedamos sin mesas, y el padre Largy tuvo que arrimar el hombro también.

Más allá de la zona de entrada, unas puertas dobles daban al salón. Judith vio al padre Largy extendiendo un mantel sobre una mesa de caballetes. Estaba en su elemento, dando órdenes y organizando a su congregación.

—Parece que ni siquiera la iglesia puede tener suficiente asesinato en el pueblo.

Mandy miró hacia abajo con esnobismo. —Mi trabajo ha atraído a las masas. Eso me resulta gratificante. Todos necesitamos una pequeña distracción de vez en cuando.

La mirada de Judith se demoró en ella. —Sin duda.

—Ahora bien, hay algunas normas de la casa. —Mandy leyó desde un portapapeles—. A todos se les ha asignado una mesa al azar —señaló el número de rifa—, y ese será su equipo durante la velada. Es para evitar hacer trampas y desalentar los favoritismos entre amigos. —Le lanzó a Judith una mirada severa—. Y especialmente a usted. Espero que no haya estado haciendo trampas con su amiga Maggie.

—Que Dios me libre.

—No quería tenerla aquí. Tiene usted reputación.

—Oh, Mandy. Tu generación es tan empática. —Judith sonrió—. Siento las molestias.

Mandy hizo un gesto desdeñoso y volvió a su lista. —Lo que sea. Se te anima a pensar fuera de la caja porque nada es sencillo. —Miró a Judith de frente—. Como sabes, lo escribí como aficionada al crimen, creo que puedo salirme con la mía con el asesinato. Incluso contigo.

—Desafío aceptado. Estoy segura de que estás deseando intentarlo.

Ignorándola, Mandy continuó. —El gran premio para el equipo ganador será un lujoso cesto.

—Bueno, conozco a uno bastante carcomido —murmuró Judith.

—¿Qué fue eso?

Judith sacudió la cabeza. Mandy la obsequió con una mirada fulminante y continuó. —Una vez que empiece la velada, todos los actores estarán en personaje durante toda la duración. Así que no intentes entablar una conversación normal o hacerte la amiguita. Cada equipo tiene una hoja de respuestas. Y lo que buscamos es quién es el asesino, la causa de la muerte y el motivo detrás de ella.

Judith asintió. —¿Y en caso de que haya más de un equipo con la respuesta correcta?

Mandy le lanzó una mirada. —Entonces se decidirá por muerte súbita.

—Naturalmente.

Mandy agitó los dedos hacia el salón. —Ve a encontrar tu asiento. La actuación comenzará en los próximos diez minutos, si todo va bien.

Judith miró el número de rifa en su mano: mesa 13. Sonrió ante la ironía. La última vez que había estado en el salón del pueblo, había ayudado a entrevistar a sospechosos por un asesinato real en la línea de ferrocarril. Entonces, el espacio le había parecido frío, resonante y poco acogedor. Ahora, bullía de vida. El equipo de producción de Mandy y Timoteo había colgado largos cortinajes rojos y negros, algunos de los cuales estaban recogidos con elegantes lazos de marfil, mientras que otros estaban completamente cerrados para tapar el envejecido salón. Unos cuantos bustos de bronce falso se alzaban sobre pilares de mármol artificial de plástico. En el rincón más lejano, el bar del pueblo hacía un brioso negocio, sobre el que una pancarta daba la bienvenida a la gente a los PREMIOS BRAINIAC 1924, y una alegre música swing sonaba por unos altavoces ocultos. A su pesar, Judith estaba impresionada de que el equipo hubiera conjurado un ambiente de época decente; uno que podría haber disfrutado si no fuera por la mórbida realidad que los rodeaba.

Las quince mesas llenaban la sala, cada una con cuatro sillas. Centros de flores, que Judith supuso habían sido rescatados de los que se tiraban en la gasolinera, y brillante cubertería añadían más ambiente. Con razón habría sido necesario cambiar de local, ya que el Tiempo para el Té habría tenido que ser renovado para que cupiera todo el mundo. Esta aventura era probablemente lo más rentable que Timoteo había hecho en años.

Todo el mundo de Little Pickton parecía estar aquí, y las dos camareras adolescentes a tiempo parcial del café correteaban con bandejas de comida cubiertas de papel de aluminio, que alineaban sobre una mesa justo detrás de una cortina. Incluso ellas iban vestidas con elegantes uniformes prestados de una tienda de disfraces.

Judith saludó con la mano a algunas personas que había conocido en el club navideño de Augusta Calman. Augusta había resultado estar bastante loca, pero las otras señoras eran encantadoras. Había caras familiares de personas cuyos nombres no conocía, pero con quienes a menudo intercambiaba agradables saludos al pasar por la calle.

Judith se encontró sentada con María Tennant, que trabajaba en la oficina de correos. Aunque era una presencia hosca detrás del mostrador, la chispeante mujer con una mata de rizos rojos era el alma de la fiesta cuando no estaba aprisionada por el plexiglás. Ya había bebido una copa de Chardonnay de más. Cuando Judith tomó asiento vio un raro destello de deleite cruzar la cara de María.

—¡Pero si es Judith Spears en mi equipo, con vida y todo! —Su copa de vino en órbita envió un pequeño tsunami de vino por el borde y sobre el mantel—. Creo que las probabilidades están de nuestra parte de que vamos a ganar.

El padre Largy se unió a ellos, el alzacuellos firmemente en su sitio, no fuera que alguien no le reconociera. Su sonrisa se ensanchó. —¡Bendito sea! Judith, no pensaba que vendrías. Sabes, esto es todo detective de imitación, no es realmente tu taza de té.

—Estoy aquí por la comida —dijo Judith—. Y creo que todos preferiríamos un poco de horror ficticio para variar. Y parece que este tipo de lugar es el único momento en que la gente se alegra de verme.

Largy se rió y dio una palmada. —¡Así parece! —Su sonrisa vaciló cuando registró el insulto saliendo de su propia boca—. Quiero decir, siempre es intrigante cuando tú... no... es un placer verte cuando... —Se rindió y volvió a dar una palmada como si hubiera vuelto a rodar una nueva toma—. ¿Por qué no compro la primera ronda de bebidas?

Judith señaló la copa de María. —Tomaré lo que ella está tomando.

—Y yo tomaré también lo que estoy tomando —farfulló María.

El padre Largy tamboriló los dedos sobre la mesa, y se dirigió directamente al bar. —Enseguida, señoras.

Judith aisló el cotilleo ocioso de María sobre alguna cosa u otra del pueblo, y buscó a Milen con la mirada. El hombre grande no estaba allí. Tampoco pudo localizar a Maggie, aunque atisbó a Fabián en la mesa cinco. Le saludó alegremente con la mano, pero estaba claramente involucrado en una conversación con su equipo de la que no estaba disfrutando especialmente.

—No esperaba verte aquí —dijo una voz detrás de ella.

Levantó la vista para ver a Carlos Walker, el paseador de perros local, ayudando al padre Largy a volver con las bebidas. Judith y María recogieron sus grandes copas de vino, y los hombres se sentaron con sus pintas; una clara para Largy y una sidra para Carlos.

—Bueno, diría que ese cesto es nuestro —dijo Carlos.

María asintió en señal de acuerdo. —Oí que es de Fortnum & Mason's. Lo donó Nadin Karam.

—¿Está ella aquí? No la veo. —Judith giró la cabeza para tomar el salón de nuevo.

María se inclinó y bajó la voz. —La vi antes con Mandy, tramando algo. Buena elección de cestos, pero menuda estirada. ¡Me puso a caldo la higiene dental, qué cara tan dura!

—¿No es ese el trabajo de un dentista? —preguntó Carlos.

—Recibió una llamada de teléfono y se fue corriendo —dijo María mientras estudiaba a la competencia—. Oh, mira, es esa vaca que siempre está en la iglesia. —Sonrió y la saludó con la mano.

Judith ignoró el cháchara y dio un largo trago a su vino. Verse obligada a ser jovial era un trabajo agotador; solo estaba interesada en cualquier cosa que llevara a Sarah Eastly. Había bebido la mitad de la copa antes de notar que sus tres compañeros de equipo la miraban todos, con las copas preparadas.

—Iba a proponer un brindis —dijo el padre Largy.

—¡Por el equipo ganador! —declaró María, estrellando su copa con furia contra las demás—. ¡Los Blytons! Ese debería ser el nombre de nuestro equipo.

Los dos hombres asintieron en señal de acuerdo y dieron un sorbo a sus bebidas. El padre Largy se apoderó del bolígrafo y asumió la responsabilidad de rellenar la hoja del equipo. Judith vio el nombre de la noche de asesinato brillando en la parte superior: «¡ESTA NOCHE ES LA NOCHE DE DECIR ADIÓS!», completo con un cuchillo de clip art de mal gusto usado como signo de exclamación.

—Espero que tus amigos detectives no vengan —susurró María en tono conspirativo—. Porque tendrían que estar en un equipo diferente y entonces tendríamos competencia seria.

Judith forzó una sonrisa. —No mezclan el trabajo con el placer.

Una campanilla repicó desde la entrada para animar a la gente a tomar asiento. Unos momentos después, Mandy entró marchando. Se había cambiado el chándal y el jersey por un extravagante traje negro de los años veinte con un monóculo encajado en el ojo. Las gafas y el semblante de ardilla habían desaparecido; en su lugar irradiaba confianza mientras tomaba el salón como una maestra del espectáculo.

—Damas y caballeros —declaró con un pésimo acento alemán—, me llamo Hans Alover y esta noche están todos invitados a celebrar el premio a los Vunderbar Brainiac Science Awards. —Aplaudió, animando al público a unirse con su acento de pega y un guión incluso más de pega.

Judith gimió por dentro al darse cuenta de que se le venía encima una noche infernal de jovialidad forzada. La fina línea entre el entretenimiento y la tortura iba a ser imposible de distinguir.

—Y tenemos, unt, las mejores mentes científicas de nuestra generación aquí en los años veinte. Permítanme presentar al eins nominado, Albert Krapperflüsher. —Encabezó los aplausos y gesticuló hacia las cortinas al fondo del salón. Se agitaron cuando alguien trastabilló detrás de ellas, pero nadie emergió—. ¡Albert Krapperflüsher! —ladró, con un acento alemán que empeoraba.

De repente, Timoteo casi cayó entre el hueco en las cortinas, vestido con un traje de tweed una talla demasiado grande, y llevando una desenfrenada peluca gris al estilo Albert Einstein. Se tambaleó con más que un poco de aprensión, evitando el contacto visual con todo el mundo, mientras se unía a Hans Alover.

—¡Buenas noches! —Saludó con la mano—. Soy yo, el doctor Krapperflüsher. El eminente científico del váter que creó el revolucionario asiento calefactado y la boquilla de autolimpieza. —Tenía el tipo de acento que Judith asociaba con el Show de los Teleñecos. Fluía del alemán al inglés, vía Noruega.

La risa fue circulando por la sala, y Judith se preguntó qué borrachos estarían ya todos, y más importante, cuánto tendría que beber ella para encontrar esto entretenido. También esperó que los demás pudieran hacer algún otro acento que no fuera un pésimo alemán.

—Y frotándose con él esta noche, Lady Ponzi la Quinta, la creadora de la Bolsa para Siempre. —De nuevo, Mandy animó los aplausos mientras Maggie entraba marchando. Llevaba un elegante vestido rojo que pertenecía a Downton Abbey. Transmitió un aura suprema de confianza al unirse a los demás.

—La bolsa para siempre indestructible —ronroneó Maggie al público, aportando con ello un aire de esnobismo y superioridad. Al menos no se molestó en intentar otro acento, así que su personaje había llegado desde su finca en África tras cultivar una maravillosa fibra vegetal para hacer las bolsas indestructibles—. Te morirás antes que ella —ronroneó.

A pesar de todo, Judith no pudo ocultar su sonrisa. Con solo una frase, y con un meneo de caderas, Maggie había demostrado ser la actriz superior en la sala. Captó la mirada adoradora de Fabián hacia su pareja.

—A continuación tenemos la mejor mente de Rusia, Ivor Gonads.

Los aplausos llegaron de manera más orgánica esta vez mientras el público empezaba a aceptar su papel en los acontecimientos. Judith se sintió tensa cuando Milen entró, vistiendo el uniforme militar gris oscuro de un general. El tímido búlgaro había desaparecido, reemplazado por alguien más siniestro. Su corpulencia intimidaba a la sala y transmitía un aire de alguien luchando por contener un gran poder. Cuando hablaba, su voz resonaba con profundidad. —¡Da! Así es. Soy Ivor Gonads, descendiente de los Zares, y supremo de la ingeniería de toda Rusia. ¡Propongo crear el primer tren a la luna! —Caminaba con un robusto bastón negro con una calavera de plata en relieve en el mango. Lo golpeó en el suelo de madera y habló con tanta autoridad que Judith captó a algunas personas alrededor de la sala asintiendo en señal de acuerdo como si fuera la mejor idea que habían escuchado.

—Y finalmente, Edison Bright de los buenos y viejos Estados Unidos. —El dueño de la ferretería, Juan Rooney, entró luciendo sucios monos azules de mecánico y una gorra plana. Recibió algunos silbidos de admiración de alrededor de la sala y miró a sus compañeros actores con un desprecio desdeñoso.

—Hola, gabachos —espetó con un horrible acento americano sureño que logró rebotar entre Irlanda y Australia antes de aterrizar en algún lugar en el océano equivocado—. Así es, aquí Edison Bright. El creador de la bombilla autocambiante que nunca te dejará a oscuras. —Agitó el dedo en el aire y todo el mundo se rió.

Dios mío, pensó Judith, necesito emborracharme de verdad si voy a sobrevivir esto.

—Así que —Mandy reanudó su papel de presentadora—, la ceremonia de entrega de premios se desarrollará a lo largo de la velada. Nuestros distinguidos nominados circularán entre ustedes, así que hagan sus preguntas mientras se sirven, unt, los entrantes.

Las camareras se lanzaron a la comida en las mesas alrededor del borde de la sala, quitando las tapas de papel de aluminio para revelar platos ya preparados debajo, que empezaron a distribuir por la sala con una eficiencia brutal.

Judith volvió a mirar alrededor para ver si había alguna señal de los Karam. Los hermanos no estaban allí, y eso le preocupó.

23

Raymond Collins se sentía un poco culpable. Acababa de despedir a Judith alegando que esperaría a la unidad forense de la policía, a pesar de que una llamada para atender el coche de Eastly y el apartamento de Milen era mucho pedir. Incluso con una policía en peligro, era improbable que llegaran antes del mediodía del día siguiente.

Pero ella había estado cansada, y el estrés la estaba afectando claramente de maneras que él nunca había apreciado antes. La estaba ablandando y, si se atrevía a decirlo, haciéndola más humana. En el pasado, había sido tan irritante que la había mantenido a distancia, pero recientemente su constante tenacidad, sus asombrosas perspicacias y su actitud siempre optimista le habían encariñado con ella de maneras que nunca jamás admitiría ante ningún alma viviente.

Particularmente no ante Judith Spears.

La preocupación que mostraba por Sarah Eastly le había conmovido profundamente y se preguntó si ella estaría igual de preocupada si fuera él. Desde luego esperaba que sí. Guardó ese pensamiento aparte. No era una avenida que quisiera explorar.

Otra razón por la que la había alejado era el hecho de que quizás acababa de toparse con otra pista, y si tenía razón, entonces Judith habría insistido en quedarse. Volvió al dormitorio de Milen y se

quedó junto al armario, exactamente donde había estado cuando Judith le había llamado al salón. Había sido en ese momento cuando su peso había presionado hacia abajo una tabla del suelo, cuyo extremo se había levantado una fracción de centímetro. Repitió el proceso, y la madera se bamboleó. Se agachó y clavó las uñas bajo el hueco expuesto y la levantó. La tabla cedió con facilidad.

Raymond metió la mano en el hueco y sus dedos se cerraron alrededor de un asa. Sacó un maletín de cuero marrón luciendo una fina capa de polvo, lo que indicaba que había sido guardado allí al menos varios meses.

Lo tumbó plano en el suelo y apretó los pestillos con el pulgar. Se abrieron con facilidad. Se sentó con las piernas cruzadas, una hazaña que no había intentado desde la escuela infantil, y abrió cuidadosamente la tapa.

Dentro había fardos de dinero en efectivo. No las pilas prístinas y ordenadas que uno esperaría encontrar en un intercambio de drogas. Eran billetes arrugados de denominaciones mixtas. De cinco, diez, veinte, todos unidos por gomas elásticas gruesas. Sacó cinco fardos y estimó que debía de haber cuatro mil euros ahí mismo. No una suma astronómica. Pero para un conserje con un sueldo bajo, sin duda era inusual.

Debajo del dinero, había un fajo de documentos legales sujetos en una carpeta de plástico transparente. Las palabras «Última Voluntad y Testamento de Samuel Karam» eran claramente legibles. Cualquier duda sobre los orígenes del maletín acababa de ser borrada. Milen Isokov era el ejecutor que la gente había afirmado todo el tiempo que era. Martín Karam le había pagado para desbaratar la investigación de su hermana sobre la autenticidad del testamento de su padre, y Raymond hipotetizó que el dinero en efectivo era el pago por el hecho; guardado para un día de lluvia.

Raymond tamborileó los dedos en el lateral de la maleta mientras miraba alternativamente entre los documentos y el dinero. Algo no tenía sentido. El proverbial elefante en la teoría.

El testamento no había sido manipulado. Martín Karam lo sabía, así que no tenía ninguna razón para contratar a Milen para robarlo y aporrear al abogado. No servía absolutamente para nada.

Eso solo dejaba una conclusión obvia: no era Martín Karam quien había contratado a Milen. La única otra persona a quien robar el testamento beneficiaría era la propia Nadin Karam.

Raymond Collins jadeó ante las implicaciones de su propia deducción. Nadin Karam había puesto los eventos en marcha para acusar a su hermano de fraude de modo que pudiera quedarse con todo el edificio. Sin embargo, por cualquier razón, su padre había tenido un cambio de opinión genuino y se lo había legado a los dos.

Todo lo que JB Barton había hecho era revelar que las sospechas de su cliente eran erróneas. Sus acusaciones de fraude estaban arruinadas... a menos que la única copia del testamento desapareciera en un acto que hiciera parecer que su hermano intentaba ocultar la verdad.

Collins cerró la tapa de golpe, apretó los pestillos y trató de ponerse de pie de un salto, lo que se convirtió en una crujiente maniobra de tres puntos, balanceándose entre el trasero, las rodillas y luego arrastrándose con las manos para finalmente ponerse en pie con un gruñido.

Recogió la maleta y salió directamente del apartamento. Solo había una persona que podía darle respuestas, y esa era Nadin Karam.

Se sentó en el coche y llamó a su número. Contestó después de cinco tonos, y podía oír gente detrás de ella.

—¿Sí? —se aventuró.

—Eh, señorita Karam, soy el detective sargento Raymond Collins. Espero no molestar.

—No. Bueno, más o menos. Estoy ayudando en la noche de misterio de Mandy. Necesitaban una mano extra, y no tenía nada que hacer.

—Esperaba que pudiéramos hablar. He descubierto cierta información que necesito comentar con usted. Concierne a su hermano. —Hizo una mueca ante la mentira piadosa. No quería ponerla a la defensiva; necesitaba que soltara la lengua y se incriminara inadvertidamente.

—Eso es más importante. Por supuesto, puedo irme de aquí. Pueden apañarse sin mí. Mire, ¿qué tal si vamos a algún sitio donde

podamos hablar tranquilos y no nos molesten?

Le dio una dirección. Raymond la tecleó en el GPS y siguió la ondulante línea roja hasta llegar a la casa de Nadin Karam.

24

El misterio criminal se estaba volviendo sin duda más gracioso y absorbente a medida que avanzaba la velada, pero Judith estaba segura de que eso se debía a su tercera copa de vino espumoso y no tenía nada que ver con la trama ni la actuación. No era una gran bebedora, ni siquiera una bebedora pequeña; sin embargo, solo notaba las burbujas explotando en la cabeza a partir de la segunda copa.

Los acontecimientos se habían ido desarrollando mientras se servía la sopa. Era una sorprendentemente sabrosa de verduras, que Judith sospechó que Timoteo había comprado en algún sitio ya que nunca había hecho nada tan sabroso. Los actores campaban a sus anchas mientras Mandy, o más bien Hans Alover, presentaba los asombrosos inventos de los nominados al premio Brainiac, que eran atrezo de dudosa calidad hecho con lo que había a mano. Milen, como Ivor Gonads, calentó más al público. El búlgaro sin duda se había beneficiado de ese libro de biblioteca. Aunque también, reflexionó Judith, los psicópatas solían pillar las cosas rápidamente.

El guión de Mandy se apoyaba en copiosos juegos de palabras y dobles sentidos que había sacado de comedias de los años setenta que se repetían constantemente en la tele. Pero el público de Little Pickton, hambriento de teatro de calidad e imbuido de alcohol, se compró las rivalidades.

Después de un segundo entrante de tartaletas de salmón ahumado, un plato tan extraño en el café que casi todo el mundo empezó a preguntarse quién estaba realmente detrás del catering, las luces se apagaron, y la víctima fue asesinada acompañada de un grito desgarrador digno de un premio. La víctima resultó ser uno de los jueces del Brainiac que, debido al pequeño reparto, nadie había visto antes, y el cuerpo estaba convenientemente entre bastidores para que no pudiera ser examinado.

En su lugar, Mandy describió, con su propio estilo indomable y frágil acento teutónico, cómo encontraron al difunto y estaban encerrando a todo el mundo en la sala hasta que se identificara al asesino.

Un murmullo de deleite circuló por el público y las preguntas empezaron a fluir hacia el conjunto de actores mientras estos se mezclaban entre los comensales. Fue revelándose que el juez fallecido, un inglés, el profesor Stiff, había trabajado con todos los sospechosos en la creación de sus inventos, y se puso en marcha una teoría de que el asesinato era un acto de celos.

Judith estaba impresionada de que Maggie se mantuviera en personaje a pesar del implacable interrogatorio de María y Carlos entre bocados de tartaleta. ¿Dónde estaba en el momento del asesinato? ¿Cuál era su relación con el difunto? Lady Ponzi V bailó alrededor del interrogatorio, pero no antes de jactarse de que su nueva bolsa era tan hermética que se podía llevar a un pez de colores a casa en ella.

Esa revelación encendió una bombilla para el padre Largy cuando, en susurros apagados, reveló haber oído la afirmación del doctor Krapperflüsher de que la víctima había sido asfixiada. El entusiasmo colectivo de los Blytons creció cuando se convencieron de que había sido asfixiado con una bolsa para siempre. Judith siguió la corriente, pero ya había adivinado al culpable debido a la predecible escritura de Mandy.

Observó a Mandy tan de cerca como se atrevía sin convertirse en una acosadora. Estaba poniendo toda su energía en el espectáculo, lo que era admirable, pero irritaba a Judith. A lo largo de toda la investigación, Mandy no había mostrado ninguna emoción más allá

de la irritación. Cero empatía hacia Diane Hofstein, y todavía menos curiosidad. Mandy ya había explicado que nunca se enredaba personalmente con los problemas de la gente, lo cual era un punto razonable dado su trabajo, pero aun así, Judith esperaba un poco más.

Pero hubo un momento, cuando Mandy se encontró acorralada con Milen, en que vio una rara reacción. Estaba demasiado lejos para estar segura, pero Judith pensó que había sido miedo. Mandy pareció aliviada cuando un equipo rival de investigadores se lanzó a interrogar a Ivor Gonads.

Pequeños grupos de guerrilla de otras mesas empezaron a formar partidas de asalto para escuchar a escondidas los pensamientos y sugerencias de los equipos rivales. Ahora cada equipo difundía deliberada desinformación para despistar a sus rivales. El atractivo de un cesto de Fortnum & Mason's estaba poniendo a la gente en contra la una de la otra.

Otra campanilla repicó, y todo el mundo volvió obedientemente a sus asientos mientras se iban animando. Se sirvió el plato principal, pollo relleno de queso de cabra y albahaca, servido con una generosa ración de tensión y paranoia crecientes, a pesar de las francamente paupérrimas actuaciones de la mitad del reparto, pero impulsadas por el alcohol.

Judith había jugado tácticamente a hacerse la muerta a lo largo de las entrevistas de grillado de su equipo cuando el doctor Krapperflüsher pasó por su mesa y les deleitó con su invento de un asiento de inodoro calefactado y chorro de agua para reemplazar el papel higiénico. La conversación perfecta para tener durante el plato principal. Juan Rooney era tan pésimo actor que seguía saliendo del personaje e insertando sus propios descansos publicitarios mientras mencionaba las ofertas de su propia tienda.

A lo largo de la velada Judith solo había participado a medias para no revelar su verdadera motivación. Su mente estaba firmemente en el aprieto de Sarah Eastly. Estaba convencida de que estaba en la guarida del león, y que el asesino, y el secuestrador de Eastly, estaban allí. Sin embargo, asistir al torpe espectáculo le hacía dudar de haber tomado la decisión correcta, y empezó a esperar que

el sargento Collins tuviera más suerte. Un furtivo vistazo al teléfono le mostró que no tenía señal.

Con una frustración creciente, y una cuarta copa de vino, ella y los Blytons tuvieron la oportunidad de acorralar a Milen mientras este sorbía una Coca-Cola en el bar, y sus colmillos salieron.

Hasta ahora, tanto el búlgaro como Mandy no habían roto sus personajes de papel fino, y si tenían estrés en el mundo real, lo estaban ocultando bien. Pero ahora, debido a la proximidad de Judith, percibía un nerviosismo en Milen que empezó cuando comenzó a tropezar con las palabras.

—¡Creo que es el hombre al que llaman para hacer el trabajo sucio del profesor Stiffy! —disparó Judith a Milen con tal veneno que casi se atragantó con el cubito de hielo.

El padre Largy soltó un conspirativo «¡Oh!» asumiendo que estaba jugando al juego. —¡Jugada subrepticia, Judith!

Milen parpadeó sorprendido y dio una buena actuación como alguien confundido. —No sé de qué hablas.

—Cada vez que Stiffy...

—Stiff —corrigió Largy.

—Quería borrar sus huellas, tú entrabas en acción, ¿verdad? —dijo con amarga acusación—. ¿Qué quería que ocultaras?

Milen sacudió la cabeza. —Vivo en Moscú, solo he... solo he venido aquí y conocido a mis compañeros colegas por mi propuesta tecnológica superior. ¡Un tren a la luna! —Había vacilación en su voz. Judith no podía decidir si era un mal actor, o un actor formidable intentando ocultar a la persona real detrás de un inventor ruso caricaturesco—. ¡Yo no mato a nadie!

Había un poco más de fuego en esa respuesta.

—¿No te esfuerzas en seguir a personas e intimidarlas? —Se inclinó tan cerca que pudo oler el tufo a pachulí en él—. ¿Enviarles cartas amenazadoras para asustarlas? ¿O atracar a personas para ver qué secretos hay en su maletín?

El padre Largy y María se rieron de deleite mientras el búlgaro se retorcía en el asiento.

—¡Le tenemos huyendo! —Carlos sonrió.

Judith sentía el aplastante peso del tiempo apilado en su contra. La parte sensata y sobria de su cerebro conocía las maneras sutiles de extraer información que la gente quería mantener enterrada, pero la mitad impregnada de vino dominaba y le hacía perder la paciencia. Refrenó la tentación de gritar y rescató sus habilidades. A pesar del alcohol, tenía una mano especial para leer las microexpresiones que continuamente revoloteaban por las caras de la gente, y a menudo pasaban conscientemente desapercibidas. Para ella, toda la cara del búlgaro bailaba una jiga al compás de la música swing de fondo del salón. Y por un breve momento fugaz, hubo un atisbo de pánico.

Judith estaba irritada consigo misma porque la preocupación de él había parpadeado durante la ráfaga de sus tres acusaciones, y no tenía manera de saber si estaba reaccionando a las tres o a una individual. El vino la había puesto descuidada, pero percibía que estaba sobre algo. Antes de que pudiera presionar su interrogatorio más, Milen murmuró una excusa y se coló rápidamente entre ella y Largy, dirigiéndose hacia el baño. No llegó muy lejos antes de ser interceptado por otros dos grupos de interrogación que estaban ansiosos de sacar partido de lo que Judith Spears hubiera descubierto.

—¡La cara que puso! —dijo Carlos mientras llamaba al camarero para otra ronda—. El hombre es culpable como el pecado. ¿Creemos que es él? ¿Usando una bolsa para siempre como arma elegida?

Judith quería decir que sí, pero había otra microexpresión que había captado: una de miedo. Por alguna razón, eso la asustó genuinamente. Bebidas compradas, volvieron a su mesa. Echó un vistazo al teléfono y todavía no había sabido nada del sargento Collins. ¿A qué estaba jugando? Se le acababa el tiempo para encontrar una pista sobre el paradero de Sarah Eastly. Habiendo estado retenida cautiva ella misma, Judith había experimentado horas de desesperanza que se extendían como largos días. Estaba cansada del juego.

Mandy revoloteaba por el conjunto como una reina, satisfecha de cómo se desarrollaba su obra ridícula. Judith se escabulló de su asiento mientras los demás hablaban y logró emboscarla a solas. Se

acercó por detrás y bajó la voz hasta un siseo, hablando directamente al oído de Mandy.

—¿Por qué está él aquí? —Mandy se encogió de sorpresa y se giró, quedando nariz con nariz con una furiosa Judith Spears. Judith sacudió la cabeza hacia Milen—. Pensaba que os odiais el uno al otro.

Mandy frunció el ceño. —Yo no, eh, yo estaba... —Se recompuso y reinstauró su horrible acento alemán—. Él es, unt, invitado a ganar el premio Brainiac, debido a su...

Judith soltó un suspiro exasperado. —Déjate de rollos, Mandy, o te doy un cabezazo aquí mismo. Estoy hablando del asesinato real. ¿Por qué está él aquí?

Mandy luchaba por mantenerse en personaje. Echó un rápido vistazo alrededor para asegurarse de que no las estaban oyendo antes de soltarlo: —Hizo una audición. Timoteo le quería aquí. ¡Yo no! Protesté, pero cuando llegué tarde a la lectura de la otra noche, allí estaba. Ya con el papel a pesar de que yo había dicho que no. ¿Cuánto crees que me asusta estar tan cerca de él? Te digo aquí y ahora que mi dinero está en él. Mató a esa mujer. Y Martín le hizo hacerlo.

—Un poco de evidencia sería útil en este punto.

Mandy se encogió de hombros. —¿No es obvio? Los Karam están arruinados y no están consiguiendo tantos pacientes como antes. Algunos meses mi paga ha llegado tarde. ¿Cómo se supone que voy a vivir así?

—Pero sus consultas siempre están llenas.

—Solo abrimos cuatro días a la semana. Van despacio. La gente va más lejos buscando un tratamiento de mejor calidad.

Judith frunció el ceño. —¿Puedes probarlo?

—Mi nómina puede. Mis cargos por descubierto pueden. —Mandy se encogió de hombros, y volvió al acento alemán—. Unt-fortunadamente el tiempo apremia. Debemos continuar. —Empujó a Judith y se adentró en el centro del salón, gritando—: ¡Damas unt caballeros, regresen a sus posiciones para la ceremonia de entrega de premios. ¡El asesinato no debe parar esto!

Un zumbido electrizado llenó el aire, uno con el que Judith estaba demasiado familiarizada. Los detectives estaban vivos con teorías conspirativas y el creciente potencial de desvelar secretos que flotaban sobre la multitud como una neblina eléctrica.

Estaba a punto de volver a su asiento cuando vio a Milen escabullirse por una puerta que usaban las camareras, que daba a una salida lateral y los baños. Le siguió y le alcanzó cuando se apresurava a entrar en el servicio de caballeros.

—Milen, para. —El búlgaro se quedó paralizado, pero no se giró —. ¿Dónde está ella? ¿Dónde está Sarah Eastly?

—No sé de qué estás hablando. ¡Déjame en paz! — Nerviosamente golpeó el pesado bastón en el suelo.

—Te juro por Dios que si le pasa algo, si tiene siquiera un rasguño, a cualquier prisión en la que acabes, el suelo de la sala de duchas será lo último que veas.

Se giró lentamente y la miró. —¿Me estás amenazando?

Judith asintió. El alcohol le estaba dando una valentía que no poseía. —Quiero respuestas ahora mismo, o que Dios me ayude...

Milen parecía avergonzado mientras golpeaba nerviosamente el bastón. Llegó a una decisión. Se acercó arrastrando los pies. — Tienes una idea equivocada sobre mí.

—No lo creo —dijo Judith con una sacudida de cabeza—. Creo que me acaban de presentar una gran pieza del rompecabezas, y tú estás en el corazón de él.

Milen la miró con ojos suplicantes, e inspiró profundamente. Ahora temblaba, y estaba al borde de un colapso. Se le formaron lágrimas en los ojos y Judith supo que no era suficientemente buen actor para fingir eso.

—Encontramos las letras que recortaste para las notas amenazadoras que me has estado enviando.

Los ojos de Milen se abrieron de par en par. —Sí. Porque no escuchas. Debo contártelo todo —dijo con voz quebrada—, y por favor perdóname.

En ese momento, las luces se apagaron. Se elevó una oleada de inquietud desde el salón cuando los invitados anticiparon otro giro. Judith fue de repente arrojada contra la pared por una fuerza

aplastante y oyó un ruido como una losa de carne golpeando el tablero de un carnicero. El aliento le fue aplastado de repente. Jadeó mientras caía al suelo. Sus brazos y piernas fueron aplastados por un gran peso. Se agitó salvajemente y sacudió el cuerpo hasta liberarse del peso.

En la oscuridad podía ver pulsos de luz bailar en sus globos oculares y la cabeza le palpitaba. Una conmoción, meditó. Su mano cayó sobre un palo que usó para impulsarse hacia arriba, justo cuando las luces se encendieron.

Estaba de pie en la puerta que daba de vuelta al salón. Un enorme jadeo fue creciendo en volumen desde la multitud cuando todos los ojos se volvieron lentamente hacia ella. Una mujer se animó al mirar.

—¡Oh, mira! ¡Ha habido otro asesinato! —Sonrió y señaló a Judith.

Judith frunció el ceño y miró sus manos. Una sostenía el bastón ensangrentado de Milen. La otra estaba cubierta de sangre.

—Y esta vez parece que hemos cogido al asesino —llamó otra voz, mientras los ojos de Judith se desviaban al suelo y sus propias huellas sangrientas que conducían de vuelta al pasillo, pasando una mano regordeta que yacía en un charco de sangre en expansión.

Era la mano de Milen, y le habían asesinado justo delante de ella.

25

El sargento de detectives Raymond Collins estaba sentado en un enorme sofá gris claro, aferrado a un café negro hirviendo, y miraba fijamente a Nadin Karam a través de una gran mesa de café de cromo y cristal. Cuando había conocido por primera vez a la dentista, su profesionalidad había sido cegada por lo que consideraba su prístina belleza. Había ido elegantemente vestida y transmitía un aire de confianza inquebrantable. Ahora llevaba un chándal, las piernas dobladas en el sillón y recogidas debajo. El conjunto quedaba rematado por un jersey amarillo de gran tamaño, y lloraba desconsoladamente mientras se sonaba la nariz y desechaba el pañuelo mocoso en un montón que se acumulaba en el sillón junto a ella.

Aun así, Collins estaba molesto consigo mismo por pensar que estaba incluso más atractiva. Dio un sorbo al café, quemándose la boca y obligándose a prestar atención a los asuntos en cuestión.

—Temo por mi vida —dijo entre sollozos.

—Está usted a salvo conmigo —la tranquilizó Collins, aunque con Eastly desaparecida, él no lo creía—. ¿Por qué no me cuenta todo, tal como sucedió?

—Mi hermano quiere matarme —jadeó.

—¿La ha amenazado?

—Siempre hemos peleado desde que éramos niños. Era duro. Siempre ha sido un abusón. Siempre tenía moratones. Pero yo le di más de lo que él repartía —añadió con orgullo—. Cuando tenía doce años, incluso le rompí la pierna. Esa era nuestra normalidad. Pero esto...

Se estremeció cuando un sollozo sacudió su cuerpo. Sacó una nota que había sido arrugada en su bolsillo, y la colocó sobre la mesa de café. Alisó las arrugas lo mejor que pudo y la giró para que Collins pudiera leer las conocidas letras amenazadoras recortadas de revistas con el mensaje simple y directo: TE VAS A MORIR.

La propia ortografía de Collins no era precisamente maravillosa, y desde luego no era un nazi de la gramática, pero no pudo resistir dar un golpecito en la palabra morir.

—Bueno, esperemos que estén hablando de peluquería —sonrió. Nadin o no registró la broma o eligió ignorarle por completo. Sospechó que era lo segundo. Se recompuso—. ¿Cuándo recibió esto?

—Antes hoy. Cuando estaba ayudando a montar el salón del pueblo. Lo habían metido en mi bolsillo. Lo saqué... y no supe qué hacer.

—¿Estaba su hermano allí? —Nadin sacudió la cabeza—. ¿Entonces quién lo puso allí?

—Milen estaba allí.

—Si tiene razón, y él hace lo que su hermano le pida, sigo sin entender por qué le enviaría esto.

—¿Para despistarme? ¿Para asustarme? ¿Una advertencia? —Tomó una respiración profunda para calmarse y cogió otro pañuelo para secarse los ojos, dejando el más leve rastro de rímel—. Como le dije, Martín lo quiere todo. Estoy arruinada, detective. —Gesticuló alrededor de la casa. Collins había esperado algo un poco más lujoso. Era una bonita casita en medio de la nada, pero necesitaba una reforma urgente. La única calefacción venía del fuego de leña que crepitaba entre ellos.

—Los muebles son todo lo que me queda. Alquilo esto. No tengo casa propia.

—Su hermano tiene dinero. El negocio, su club de raqueta...

Nadin se sonó la nariz con estrépito en un pañuelo y luego soltó una risa sin humor. —¡Está tan arruinado como yo! Nos criamos como una familia acomodada. Nuestro padre era bastante frugal, y generalmente bueno con el dinero. Pero su atención flaqueó cuando murió mamá. Nunca se recuperó de eso. Éramos todo lo que tenía, así que indulgenció las precarias aventuras de mi hermano. Y Martín dilapidó el dinero que teníamos. Para cuando murió nuestro padre, ese edificio era lo único que nos quedaba en propiedad. La casa familiar había sido rehipotecada y el banco la había embargado. Todo había desaparecido.

Se sentó en el sillón, ya no la mujer dinámica de antes, sino una chica joven y vulnerable. —Por eso simplemente no podía creer que nuestro padre quisiera que compartiéramos lo único que quedaba. Martín era la raíz de todos los problemas, así que contraté a un abogado para comprobar la autenticidad del testamento. Estaba convencida de que había sido cambiado. Era lo único que tenía sentido.

—¿Qué le dijo él?

Sacudió la cabeza. —Afirmó que no había sido tocado desde que se redactó originalmente.

Collins estaba pensativo. —¿Pero aun así fue robado? —Nadin asintió—. ¿Y cree que fue Milen?

Asintió de nuevo. —Bajo las órdenes de mi hermano.

—¿Por qué haría eso si no era culpable de haberlo cambiado?

Ella se encogió de hombros. Sus ojos centellearon a la luz del fuego, cautivando tanto a Collins que dejó el café, se levantó y empezó a pasearse para no tener que mirarla.

—No obstante, estaba convencida de que el abogado había pasado algo por alto, y francamente, creo que él también lo pensaba. Así que le pedí que volviera a mirar, que profundizara en las finanzas de mi padre y en los libros de la consulta. Todo el asunto.

—¿Quiere decir el lado de su hermano?

Se encogió de hombros. —Un leopardo no cambia sus manchas. No podía permitirme contratar a otro dentista. Solo estaba yo. Teníamos que compartir a Mandy. Y seamos sinceros, no es

precisamente la mejor de su clase en cuanto a eficiencia, pero al menos no le cae bien Martín. Sentía que mi negocio estaba siendo chupado hasta desaparecer.

—Lo que le deja a usted, a Martín y a la doctora Ramsgate como los médicos.

Asintió. —Por eso no podemos aceptar más clientes. Hemos topado con un techo de cristal. No tenemos dinero para expandirnos y lo que ganamos apenas nos mantiene a flote.

—¿Qué hizo su abogado?

—Le di acceso a todo lo que tenía. Extractos bancarios, archivos. Martín no entregaba nada, así que le dije a Barton que viniera fuera de horas y usara los ordenadores para rastrear lo que pudiera.

—¿Y los demás desconocían esto?

Collins dejó de pasearse y se quedó mirando la chimenea mientras ordenaba las piezas de la investigación.

Nadin asintió. —Siempre se olvidaba de poner la alarma. Una o dos veces dejó el ordenador de Mandy encendido cuando ella normalmente lo apaga. Milen y Mandy empezaron a acusarse el uno al otro. Él se enfadó. Le dio un puñetazo a una pared, pero creo que fue porque sabía que ella estaba escribiendo esa obra suya y desesperadamente quería participar.

Raymond no pudo ocultar su sorpresa. —¿Le gusta actuar?

—Oh sí. Al parecer tuvo algunos papeles en una telenovela búlgara. Martín me contó una vez que su personaje fue eliminado. Cuando se vino aquí, al parecer se encontró con el productor búlgaro y le dio un puñetazo. Vaya coincidencia. Se mudó aquí para llevar una vida tranquila. Mi hermano le tuvo lástima; pero yo no me lo creí.

Raymond sonrió. —Creo que yo sí. Explica un comentario que hizo la policía búlgara sobre él.

Nadin estaba perdida en sus propios pensamientos. —Los últimos meses, las cosas empeoraron. Me preguntaba si Martín había tenido noticia de lo que estaba haciendo. No veía a Milen por ahí tanto, ya que intentaba marcharme antes de que llegara. Pero Ramsgate era otra cuestión. ¿Sabía que ella y mi hermano salieron juntos alguna vez?

La expresión de sorpresa de Collins hizo que ella soltara una débil carcajada. —¡Exacto! Creo que él la usó en uno de sus descabellados fracasos y de alguna manera siguieron siendo amigos. Nunca me he fiado de ella. Era la hija del amigo de mi padre, así que tenía que ser amable. Pero para mí, era una mala influencia. —Suspiró—. El negocio se fue apretando, y Martín empezó a hacerse cargo de mis facturas. No podía permitirme nada. Suministros, sueldos, gastos corrientes.

—¿De dónde sacaba él el dinero?

—No quería decirlo. Sentía que me estaban empujando hacia fuera. Luego mataron a Diane. Lo tomé como una señal de que yo sería la siguiente. Luego esta nota... —Volvió a romper en llanto.

—¿Por qué no dijo nada antes de esto?

—Martín es mi hermano. Todavía no acabo de creer que llegara a tales extremos. Todavía no. Quizás quien sea que le está dando dinero está detrás de todo. Pero no me quieren por aquí.

Collins resistió todo impulso de correr a consolarla. Esto no era una película de Hollywood, se advirtió a sí mismo. Había códigos de conducta profesionales, ética, y ella seguía siendo sospechosa.

—¿Qué espera que haga, señorita Karam? Sin ninguna prueba, no puedo arrestar a su hermano ni a Milen.

Se encogió de hombros con desesperación. —No sé qué espero, detective. Pero necesito ayuda.

Collins sintió un rubor de vergüenza porque no podía ofrecer nada concreto a una damisela en apuros. Sacó el teléfono para distraerse y notó que tenía señal, que había brillado por su ausencia durante todo el trayecto desde Denzel Green. También había un montón de llamadas perdidas registradas. Notó un mensaje de texto del agente Fenton, que contenía el nombre Milen.

Nadin Karam vio la expresión de angustia en su cara.

—¿Qué pasa?

—Las cosas acaban de escalar de una manera muy mala...

26

Huir o luchar era un término que solía venir acompañado de los dulces tonos melosos de David Attenborough mientras narraba el apuro de un adorable ratón de campo que huía por su vida de un furiosamente hambriento halcón.

Judith Spears había estado en suficientes situaciones como para apreciar el término y entendía el arrebato de adrenalina que uno experimentaba al huir de un depredador. Sin embargo, aquello era una experiencia completamente diferente a la de salir corriendo de un salón lleno de aficionados detectives borrachos, todos los cuales le apuntaban con las cámaras de sus teléfonos mientras gritaban: «¡Asesina!» Esa había sido una nueva experiencia que no tenía prisa por repetir.

El cerebro de Judith luchó más allá del barniz de embriaguez que lo intoxicaba, y pistas y hechos llovieron sobre ella como una versión temática de Miss Marple del Tetris, revelando una imagen que había estado allí todo el tiempo, pero demasiado fragmentada para que nadie pudiera verla.

Y ese fue también el momento en que se dio cuenta de dónde estaba siendo retenida cautiva Sarah Eastly. Giró sobre sus talones y salió disparada de vuelta al pasillo justo cuando las voces empezaron a gritar «¡Asesina!» de buena manera.

Sus sensatos zapatos beige resbalaron en el suelo resbaladizo. Los brazos se agitaron mientras se estabilizaba, y vislumbró a Milen desplomado en el pasillo. Le habían golpeado en la cabeza por detrás con su propio bastón, antes de caer sobre ella en la oscuridad.

Era una visión demasiado sombría para Judith. Apartó la mirada del pobre hombre y salió disparada por la salida lateral, chocando con una de las camareras que llevaba una gran bandeja metálica de postres desde la furgoneta que habían estado usando para transportar comida arriba y abajo por la calle principal entre el salón del pueblo y el café.

Fuera, la temperatura había descendido en picado, y llovía. El aire frío revigorizó los sentidos de Judith mientras el agua le lavaba la sangre de las manos. Sin embargo, ahora húmeda, se estremeció. Su chaqueta seguía en el salón, junto con las llaves del coche. Necesitaba correr, pero su destino estaba cuesta arriba, y las rodillas se quejaban a pesar de que a menudo salía a trotar a buen ritmo en la cinta de correr. No era el momento de sufrir un tirón en el tendón de la corva o sufrir otra lesión cuando tenía a alguien que rescatar.

Abrió la puerta del conductor de la furgoneta de catering y agradeció que las llaves siguieran en el contacto. Puso el motor en marcha mientras la otra camarera saltaba de la parte trasera. Preguntándose qué estaba pasando, la joven llamó, pero Judith ya había metido el vehículo en primera y aceleraba cuesta arriba en una carrera para salvar a la agente Sarah Eastly.

Se saltó un semáforo en rojo en un paso de peatones en el centro del pueblo, pero como estaba huyendo de una escena del crimen cubierta con la sangre de la víctima, pensó que una multa sería el menor de sus problemas. Las marchas volvieron a crujir cuando alcanzó rápidamente la cuarta y tomó una curva a velocidad. Momentos después, estaba al final de la calle principal y frenó en seco ante la consulta. La furgoneta dio un bote cuando subió a la acera y se detuvo justo antes de chocar con la valla.

Cortó el motor y escuchó. El edificio estaba oscuro y silencioso. Se secó las manos mojadas en los pantalones y tocó el teléfono en el bolsillo. Como de costumbre, no tenía señal. Fue trotando hasta la

puerta principal de la consulta. Como era de esperar, estaba firmemente cerrada con llave. Había varias cerraduras en el otro lado, todas mucho más avanzadas de lo que su llave de golpe podía penetrar; pero esa estaba en el bolsillo de su abrigo.

La lluvia arreció cuando se lanzó hacia la callejuela lateral que llevaba detrás de la hilera de edificios. No había farolas allí, así que se apoyó en la linterna del teléfono para encontrar la puerta trasera de la consulta. Esta era la que el asesino había usado al depositar el cuerpo de Diane Hofstein. Sacudió la puerta. También estaba cerrada con llave, y recordó que tenía fuertes cerrojos que no podían forzarse fácilmente sin la llave. Las rejas metálicas sobre las dos ventanas traseras eliminaban la idea de lanzar un ladrillo a través de ellas.

Judith se estremeció y resopló con frustración antes de que sus ojos cayeran sobre la endeble escalera de incendios metálica que subía por la parte trasera del edificio hasta la ventana del desván: la obligatoria escalera de incendios que habían tenido que instalar. El acceso desde el suelo estaba restringido por una escalera plegable que estaba un par de palmos fuera de su alcance, incluso estirándose de puntillas.

Enfocó la linterna a su alrededor buscando algo en que subirse. Había tres grandes contenedores de basura contra la pared, las tapas sostenidas en alto por la basura que contenían. Con un gruñido, Judith empujó uno debajo de la escalera y lo tumbó. Dio un fuerte golpe que resonó en los edificios mientras bolsas de basura negras rodaban fuera.

Se subió encima del contenedor caído y estiró los dedos. Justo rozaron el peldaño inferior de la escalera. Con un gruñido, saltó del contenedor, usando todo su peso para tirar de la escalera hacia abajo. Casi resbaló en el asfalto resbaladizo cuando la escalera se soltó de su mano y, con un clanqueo metálico, se extendió hasta el suelo.

Judith se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y trepó rápidamente por el frío metal. La escalera clanqueó con cada paso y oscilaba precariamente debajo de ella. Cualquier pensamiento de que alguien tan grande como Milen hubiera usado la escalera de

incendios para entrar y salir del edificio quedó descartado. El cuerpo había sido transportado por la puerta trasera por alguien que tenía llaves del edificio.

Dudaba de que la escalera de incendios pasara una inspección de seguridad laboral. Las palabras de Mandy sobre lo arruinados que estaban los hermanos empezaban a resonar como verdad. Por suerte era demasiado oscuro para preocuparse de lo alto que estaba trepando. La adrenalina la llevó sin esfuerzo hasta el segundo piso, pero el último tramo hacia arriba le costó hasta la última reserva que tenía.

Llegó a lo alto de la escalera de incendios, que se sacudió de manera alarmante. No era el momento en que quería que le recordaran que debería perder unos kilos. Probó la ventana del piso superior, y como había anticipado, estaba sin cerrar. El marco chirrió al levantarse, y se coló dentro.

Usando la linterna, Judith buscó el interruptor de la luz. La mano se cernió sobre él, pero se detuvo antes de encenderlo. Estaba cansada, borracha, y todavía experimentaba destellos de luz de la conmoción, pero su sexto sentido estaba trabajando. Le advertía de algo. Había un olor extraño en el aire, algo que no debería estar allí, aparte del aceite de pachulí que venía con la presencia de Milen.

Las cajas de productos de limpieza habían desaparecido. Era muy poco probable que Milen hubiera usado varios meses de suministros en una sola semana. Se apartó del interruptor y optó por avanzar a la luz del teléfono. Como llevaba ventaja al asesino, se sintió lo suficientemente envalentonada para gritar.

—¿Sarah? —Su voz resonó por el edificio, y se esforzó por escuchar una respuesta.

Judith bajó rápidamente la estrecha escalera, su linterna iluminando el camino hacia la sala de espera de la clínica dental. La puerta del armario de suministros estaba entreabierta. Fue directamente hacia ella, abriéndola con el pie y tensándose por si acaso...

No había nadie dentro. Las dos consultas dentales estaban cerradas con llave, y no había ningún otro sitio adonde ir, excepto hacia abajo.

—¡Sarah! —gritó de nuevo y esperó una respuesta. De repente ladeo la cabeza. ¿Había oído algo? ¿Un golpe?

Contuvo la respiración, pero no hubo más ruido. Bajó a toda prisa las crujientes escaleras, alertando a todo el edificio de su ubicación. Ya no hacía falta ningún tipo de sigilo.

—¡Sarah! ¡Soy Judith! —vociferó—. ¡La policía está de camino! —mintió.

La recepción y la pequeña cocina estaban desiertas y ambas puertas de consulta estaban cerradas con llave. Judith estaba a punto de darse la vuelta cuando algo llamó su atención. Levantó la linterna hacia el mostrador de recepción. El ángulo de la luz proyectaba sombras de seis líneas perfectamente rectas, ligeramente grabadas en la superficie de madera. Judith pasó el dedo por encima, luego deslizó la mano hacia el cajón de debajo y lo abrió. Dentro había una bandeja de papelería: blocs de notas, tijeras, bolígrafos, gomas elásticas y un cúter. Lo sacó, extendió la cuchilla y la colocó en las líneas grabadas en la madera. Encajaba perfectamente.

Judith retrajo la cuchilla y se guardó el cúter en el bolsillo mientras sus ojos captaban algo más. Un brillo en la pared. Era un termostato digital como el que tenía en casa; el tipo que podía activarse con el teléfono para precalentar la casa a una temperatura agradable para cuando llegaras. Y alguien acababa de activar la calefacción. Las tuberías alrededor del edificio empezaron a sacudirse mientras gemían al ponerse en marcha.

Judith se apresuró a rodear el mostrador hacia la recepción propiamente dicha. Había algunas revistas en la mesa de café y pilas de viejas metidas debajo. Se arrodilló y metió la mano en medio de la pila para extraer un fajo de viejos números del Hola, Pronto y Golf Mundial. Pasó las páginas de la brillante revista Hola y se detuvo en un anuncio de página completa donde las letras habían sido perfectamente recortadas con el cúter. El corazón le latió más rápido cuando encontró que una revista Pronto también había sido destrozada de la misma manera.

Hizo una foto con el teléfono de las páginas en cuestión. Con cada momento de tensión que pasaba, se iba despejando, lo

suficiente para que su cerebro ligeramente achispado y muy aturdido recordara finalmente cuál era el olor extraño. No lo había reconocido en ese momento, pero algún instinto interior había detenido su mano antes de alcanzar el interruptor de la luz porque ese era el olor del gas que se filtraba por el edificio. Jadeó y se apresuró hacia la puerta trasera.

Aquí, el olor era fuerte. El dolor de cabeza le palpitaba haciéndola sentir mareada. Las piernas parecían de gelatina, pero no podía rendirse ahora. Encontró la puerta que llevaba al sótano e intentó abrirla. Estaba cerrada por un simple cerrojo de pestillo por el exterior. Lo abrió corriendo, y un fuerte olor a gas salió flotando.

—¡Sarah! —llamó hacia la oscuridad. Su voz resonó en los escalones de piedra que llevaban hacia abajo. No hubo respuesta, pero podía oír el temblor sordo de la arcaica caldera de gas.

Aspirando una bocanada de aire, dejó que la linterna le guiara escaleras abajo. El sótano tenía una planta pequeña en comparación con el edificio principal, ya que la mayor parte estaba ocupada por el gran depósito de agua y la caldera. La caldera se sacudía como una monstruosidad artrítica mientras luchaba por ponerse en marcha. Todos los productos de limpieza del desván habían sido almacenados aquí, empujados contra la caldera. Productos muy volátiles, explosivos, notó Judith.

La linterna iluminó a Sarah Eastly atada a una silla en el rincón de la sala. Se había volcado de lado, que había sido el ruido que Judith había oído desde arriba. La boca de Sarah estaba amordazada y sus manos y piernas atadas a la silla con una cuerda de remolque de coche de color naranja plastificada. Estaba inmóvil y solo un leve movimiento en la garganta al respirar mostraba que seguía con vida.

La cabeza de Judith nadó mientras se apresuró hacia ella. Cada paso se volvía más frágil y convirtió su caminar en un tambaleo.

—¡Sarah, despierta! —Arrancó el trapo de mordaza que había sido atado tan fuerte en la boca de Sarah que le dejó ronchas rojas en la mejilla. La sacudió—. ¡Sarah! Espabila. Tienes que ponerte en pie y salir de aquí pitando.

Sarah Eastly no respondió. La cabeza de Judith zumbaba y se sentía cada vez más nauseabunda. No sabía si le quedaban minutos

o segundos antes de que el gas la superara como lo había hecho con Eastly. Tenían que marcharse inmediatamente.

Los dedos se hundieron en los nudos que la ataban a la silla, pero no encontraba ningún margen. Estaban demasiado apretados y se negaban a ceder. Consideró destrozar la silla antes de recordar torpemente que se había guardado el cúter. Empujando la cuchilla hacia adelante, Judith atacó los cordones. Quería decirle algo tranquilizador a Sarah, convencerla de que todo iría bien, pero cada respiración llena de gas le hacía sentirse mal.

De alguna manera, Judith logró cortar el cordón y liberó las extremidades de Sarah. Se guardó el cúter e intentó levantar a Eastly. Aunque estaba en buena forma para su edad, no había manera de que Judith pudiera echarse a la chica al hombro y salir marchando como una heroína de acción. Gruñendo una silenciosa disculpa, agarró los pies de Eastly y los colocó a cada lado de su cintura como un par de esquís, antes de arrastrarla por el suelo de piedra.

Los empinados escalones que llevaban desde el sótano eran el siguiente problema. Sin querer causar más daño a su amiga, Judith giró a Sarah ciento ochenta grados y le cruzó los brazos caídos sobre el cuello. Luego jadeó mientras levantaba a la agente Eastly sobre su espalda como un saco de carbón.

Con piernas temblorosas, Judith dio los dos primeros escalones antes de caer de rodillas y codos. Se aferró más fuerte a Eastly.

—Aguanta —jadeó mientras subía las escaleras de rodillas.

El dolor era casi insoportable, pero por suerte adormecido por el vino. Las rótulas se le golpeaban contra el borde de piedra de los escalones, y las espinillas se raspaban y sangraban, pero Judith se concentró con determinación en un escalón a la vez mientras la caldera traqueteaba con una intensidad ominosa cada vez mayor.

Pareció tardar una eternidad en llegar a la planta baja. Por suerte, la puerta trasera estaba enfrente, y estaba cerrada con cerrojos desde dentro. Tumbó el cuerpo de Sarah en el suelo, corrió los cerrojos a un lado y tiró de la puerta abriéndola. El bienvenido aire frío y la lluvia se precipitaron dentro. Volvió a tirar de los brazos

de Eastly, caminando hacia atrás tan rápido como podía, arrastrando a Eastly fuera del edificio.

El aire fresco llenando sus pulmones fue como una bofetada en la cara cuando sus sentidos volvieron a ponerse en marcha. Eastly necesitaba atención médica urgente, así que necesitaban estar a la vista para llamar a una ambulancia.

—Lo siento —murmuró a Eastly mientras la arrastraba por la calzada de acceso de asfalto y hasta la calle. La lluvia se intensificó mientras apoyaba a Eastly contra el pie de una farola en la curva. Le dio palmaditas suaves en la cara.

—Vamos, despierta. Puedes hacerlo, vamos.

Sarah soltó un suave gemido que se convirtió en un estremecimiento de dolor cuando cada rasguño y corte que Judith había causado se dio a conocer. Sus ojos parpadearon, e intentó enfocar la mirada en Judith, que estalló en carcajadas.

—Cielo santo, me tenías preocupada por un momento.

—¿Judith? —dijo Sarah débilmente—. ¿Cómo me encontraste?

Judith sonrió. —Después de mucho trastabillar, de repente...

Y en ese momento, la consulta del médico explotó en una enorme bomba de fuego alimentada por gas.

27

La nube naranja en forma de hongo que floreció sobre Little Pickton pertenecía a una película B postapocalíptica más que a un tranquilo pueblo rural de la campiña inglesa.

Como un puño, se extendió hacia arriba, mientras la fuerza de la explosión irradiaba hacia afuera, destrozando ventanas en la calle principal y enviando un trozo de mampostería con fuerza a través del escaparate de la tienda de antigüedades de enfrente.

Encaramadas bajo una farola en la zona cero, Judith y Sarah estaban protegidas por la furgoneta de catering abandonada que quedaba medio sobre la acera. Aun así, la explosión empujó la furgoneta varios metros hacia un lado. El caucho chirrió cuando el vehículo salió pegando botes hacia ellas. Se aferraron la una a la otra con fuerza y cerraron los ojos, incapaces de evitar el aplastamiento inevitable.

La furgoneta se balanceó hasta detenerse a un centímetro de aplastarlas. Todo el cristal de las ventanas se hizo añicos sobre ellas en pequeños pellets de seguridad, acompañados de una ola de calor tropical de la explosión.

Segundos después, el pueblo estalló en una disonante sinfonía. Numerosas alarmas de edificios y casi todas las alarmas de coches del vecindario cobraron vida piando, acompañadas de un coro de respaldo de perros ladrando.

La explosión había sido tan ruidosa que tanto Judith como Sarah quedaron casi sordas. Se gritaron la una a la otra para comprobar que estaban bien, pero solo oían las voces más turbias como desde el fondo de una piscina.

La calle principal fue cobrando vida lentamente mientras la gente investigaba la causa de la explosión. Mantuvieron la distancia de la gruesa columna de humo negro que se elevaba desde donde una vez había estado la consulta. La carretera era casi intransitable, cubierta de ladrillos, cristales rotos, y los llovía tanto lluvia meteorológica como miles de trozos de papel carbonizado que contenían los registros médicos privados de los habitantes del pueblo.

La multitud observó, colectivamente boquiabierta, mientras Sarah y Judith, aferradas la una a la otra, se tambleaban por la calle como víctimas de una despedida de soltera borracha.

Según los cálculos de Judith, tardaron diez minutos en llegar los bomberos y tres ambulancias, lo que era una hazaña increíble considerando que estaban en medio de la nada.

Las multitudes se arremolinaron a su alrededor, parloteando preguntas incesantes. Judith apenas tenía voz para explicar que había habido una explosión de gas. Alguien les metió en las manos una botella de agua de plástico, y ambas bebieron con avidez. Los ojos de Judith buscaron entre la multitud al sospechoso que sabía que estaba detrás de todo. Significativamente, no había nadie de la noche de misterio criminal presente.

—Apuesto a que todos están encerrados en el salón —le confió a Sarah Eastly mientras ambas estaban sentadas en la parte trasera de una ambulancia, mientras los paramédicos les tomaban la tensión arterial, les daban oxígeno a través de mascarillas y les limpiaban los cortes causados por los cascotes—. Nadie aquí fuera me sospecha de matar a Milen, y sabemos que el asesino probablemente sigue encerrado en el salón del pueblo. O al menos uno de ellos.

Sarah apretó la manta de papel de aluminio alrededor de los hombros para darse calor contra el frío nocturno. Sorbió agua mientras repasaba lo que había pasado la noche que salió del pabellón de bádminton.

—Llegué a mi coche. Luego noté que la luz estaba encendida dentro. Alguien había entrado en él. Trotaba hacia adelante para ver si el ladrón seguía por allí... y entonces alguien me dio un golpe en la parte trasera de la cabeza. —Se pasó la mano por la base del cráneo y notó un chichón doloroso—. Pero no me dejó inconsciente —añadió con un atisbo de orgullo—. Intenté contraatacar pero sentí un pinchazo en el brazo. De repente me sentí lenta, luego entumecida. Y luego debí desmayarme.

—Un sedante —asintió Judith—. Apuesto a que la misma sustancia que le metieron a Diane Hofstein. Tuviste suerte de que no usara tanta cantidad. ¿Viste su cara?

Sarah sacudió la cabeza. —Todo fue demasiado rápido. Para cuando desperté, estaba en el sótano atada a una silla. Amordazada y con los ojos vendados. Y solo hay una razón para hacer eso.

—Es porque averiguaste quién contrató a Diane Hofstein.

Sarah sacudió la cabeza. —Pero no lo hice. Me quedé en blanco. —Repasó los pasos de cómo el sistema ANPR había señalado el vehículo que el empleador de Diane Hofstein había usado para la entrevista en la gasolinera de la autopista. Era un coche de alquiler recientemente. Sarah dejó de hablar y hizo una mueca frotándose la nuca.

—¿Hertz? —dijo Judith.

—Sí, escuece una barbaridad.

Judith no corrigió a Sarah mientras continuaba, contándole cómo el empleado de la empresa había sido más que servicial enviando una copia del carné de conducir. El nombre y la cara eran desconocidos.

—Tienes que pedir otra copia.

—Te la envié.

Judith frunció el ceño. —No lo... oh, espera. —Con un suspiro, levantó el teléfono y quedó asombrada al encontrar que tenía una barra de señal. Luego revisó la carpeta de spam. Había siete mensajes de Eastly, Collins y Maggie—. Qué maravillosa cosa es la tecnología —dijo secamente mientras abría el correo electrónico y el adjunto que Sarah Eastly había enviado justo antes de ser secuestrada.

Sarah miró por encima de su hombro y asintió. —Ese es. No tuve tiempo de hacer una búsqueda en la base de datos.

—No le encontrarás ahí. —Los ojos de Judith estaban pegados a la pantalla—. Es un carné falso.

—¿Qué te hace decir eso?

Judith amplió la foto del conductor y golpeó la imagen con el dedo. —Porque sé quién es.

28

La atmósfera dentro del salón del pueblo se estaba volviendo cada vez más sofocante a pesar de la tormenta de lluvia fuera. Incluso después de que se descubriera que Milen Isokov estaba muerto y Judith Spears huyera de la escena del crimen, la mayoría de la gente seguía convencida de que era otro giro de la historia de misterio de Mandy. Incluso la señora Tweedily, la bibliotecaria local, la felicitó por su giro brechtiano.

Cuando una enorme explosión sacudió el salón del pueblo, la gente estaba tan absorta discutiendo qué personaje interpretaba Judith Spears y por qué habría matado a Ivor Gonads, que la suposición inicial de todo el mundo fue que había sido un trueno.

Solo cuando la comida dejó de llegar empezó el público a sospechar que algo no iba bien, aunque varios grupos todavía fueron a pinchar el cuerpo de Milen y felicitarle por mantenerse en personaje.

Finalmente fue la llegada del agente Fenton y varios agentes uniformados lo que rompió el hechizo. E incluso entonces, fue después de un par de minutos convenciendo al público de que no formaba parte del espectáculo. O de que era un stripper.

El mito quedó firmemente disipado cuando Mandy trepó a una silla, a instancias de Fenton, y le dijo a todo el mundo que Milen

realmente había sido asesinado y que la policía no permitía que nadie se marchara.

La atmósfera se agrio rápidamente cuando los asistentes finalmente aceptaron que la situación era real, y la gente empezó a exigir respuestas. El agente Kevin Fenton no tenía formación en control de multitudes. La banda más difícil con la que había tenido que tratar era una turba de ovejas díscolas que una vez habían aterrorizado la calle principal de Little Pickton. Las voces se elevaron cuando el pánico empezó a infectar a la gente. Más personas se pusieron de pie y dijeron que querían marcharse, pero ambas salidas habían sido selladas, y pares de agentes de policía apostados en cada puerta.

Maggie se unió a Fabián Heinzel en su mesa, mientras los demás miembros del reparto se apiñaban juntos en el bar y se centraron en ponerse completamente borrachos.

Fenton estaba encantado cuando el sargento Collins entró a toda prisa en el edificio para tomar el mando. No dijo nada nuevo que Fenton no hubiera estado vociferando durante media hora, pero el detective sargento lo dijo con tal autoridad que envió a la gente de vuelta a sus asientos a toda prisa. Se quedó en el bar y silbó para llamar la atención de todos. El silencio se instaló finalmente en la sala cuando todos los ojos se volvieron hacia él.

—¿Alguien vio a Judith Spears agredir a la víctima?

Un par de cabezas asintieron afirmativamente. Maggie miró alrededor con una mueca de desprecio.

—Vaya pandilla de mentirosos. Las luces estaban apagadas. —Se centró en un hombre delgaducho con gafas que había estado asintiendo vigorosamente—. ¿O estaba usted allí en el pasillo con ellos cuando ocurrió? ¿Fue usted quien le dio a Milen en la mollera?

Los ojos del hombre se abrieron tan grandes como sus gafas. —¡No, no! Estaba sentado justo aquí.

—¡Entonces no vio nada! —afirmó Maggie como si fuera obvio.

Collins se dirigió de nuevo a la sala. —¿Alguien vio quién apagó las luces?

—Los interruptores están fuera de la sala —dijo Timoteo, señalando la zona de recepción—. Tuve que hacerlo cuando

matamos al otro tipo. No es que hubiera otro tipo —se corrigió rápidamente—. Todo era metafórico.

Collins paseó por la sala. —Así que las luces estaban apagadas cuando ocurrió, y Judith y Milen estaban en ese pasillo. —Señaló—. Y solo vieron a Judith salir, sosteniendo el bastón del actor, que estaba cubierto de sangre. —Y probablemente lo mismo que le había golpeado en la parte trasera de la cabeza, añadió en silencio. Había tenido el disgusto de examinar la herida cuando había llegado.

La sala quedó en silencio hasta que Mandy añadió: —Sí que salió huyendo. ¿Por qué hacer eso si no eras culpable?

—¡Quizás porque la gente me gritaba acusaciones de asesinato! —dijo Judith, saliendo del mismísimo pasillo que había usado para huir.

Un jadeo colectivo llenó la sala, y Collins no pudo sacudirse la sensación de estar actuando en una pantomima.

Mandy agitó un dedo hacia Judith. —¡Ahí está! ¡Arrestadla!

El sargento Collins levantó la mano para silenciarla. —¿Por qué? Nadie vio el golpe mortal, lo que significa que cada persona en esta sala es sospechosa hasta que lleguemos al fondo del asunto.

Mandy se puso de pie desafiante. —¡Era la más cercana!

—Eso no es cierto —dijo Judith adentrándose en el centro de la sala—. Las dos camareras habían pasado por allí y estaban fuera en la furgoneta, preparando el siguiente plato.

Las dos jóvenes habían estado sentadas tranquilamente en el rincón, una vaporizando furtivamente. Ambas se incorporaron alarmadas, listas para protestar. Judith continuó:

—Pero creo que es poco probable que pudieran haber sometido a un hombre tan corpulento como nuestra víctima. En la oscuridad además. Y yo no las vi. Es igual de improbable que una mujer de mediana edad, por muy joven de corazón que sea —añadió entre dientes—, pudiera hacer lo mismo.

Las lenguas se soltaron por toda la sala, y un par de personas tomaron notas en sus hojas de detective de misterio criminal, por si acaso esto seguía siendo algún elaborado elemento del juego. Judith recogió la hoja de la mesa más cercana y señaló las casillas. —No olvidéis las tres reglas: quién, cómo y por qué. —Echó un vistazo a

las líneas de texto tachado que el equipo había escrito y sacudió la cabeza—. ¿Cómo podíais pensar que era el doctor Krapperflüsher? Mandy escribió el guión. Con un ego tan grande como el suyo, obviamente quiere ser la estrella. Era Hans Alover.

—¡Oye! —chilló Mandy—. ¡Has arruinado el juego!

—Creo que se arruinó cuando alguien silenció a Milen por lo que sabía. Y todo esto está relacionado con el cuerpo encontrado en la consulta. —Nadin Karam lo dijo al entrar en el salón. Mandy se hundió en silencio de vuelta a su asiento. Nadin sostuvo en alto la carta amenazadora que había recibido, desplegándola para que todos pudieran verla—. Esto fue metido en el bolsillo de mi abrigo antes de esta tarde, cuando estaba aquí ayudando a montar todo. —Se la entregó a Mandy para que pudiera leerla—. ¿Le resulta familiar?

—S-sí —dijo Mandy débilmente.

Raymond Collins carraspeó y se acercó a Mandy, que se estaba poniendo cada vez más pálida. —Pensaba lo mismo. Por eso la detengo a usted...

—¿Qué? —dijeron Mandy y Judith al mismo tiempo.

Collins fue descarrilado de repente. Miró alternativamente a Mandy y a Judith con el ceño fruncido.

—¡Ella te las enviaba a ti también!

Judith sacudió la cabeza. —No, no lo hacía. —Fue a grandes zancadas hasta el detective y arrebató la nota de su mano dándole un rápido olfateo—. Esto era una llamada de ayuda.

—¿Qué?

Judith señaló a Mandy. —Será mejor que hables ahora mismo, cariño, o te va a costar un ojo de la cara en honorarios legales.

Hasta el último átomo de desafío se drenó de Mandy. Su cabeza se hundió débilmente. —Las cartas amenazadoras... eran parte de la obra. Decidí deshacerme de ellas esta mañana.

Judith intervino. —Las había estado haciendo en el trabajo, usando recortes de las revistas de la sala de espera. Todavía quedan pilas de ellas allí con letras que faltan, como una versión barata del Cifras y Letras. Un asesino motivado habría destruido las pruebas.

Collins estaba confundido. —Pero tú también las recibiste...

Judith levantó un dedo. —Ah, esas las envió otra persona. Alguien que sabía de la obra y de lo que Mandy había planeado. —Se volvió hacia Mandy—. Alguien que había discutido contigo porque quería estar en tu obra, pero tú te negaste.

—Milen Isokov —afirmó Collins—. ¡El asesino de Diane Hofstein! —De pie ante la multitud, no pudo resistir levantar un dedo triunfante. La teatralidad de la velada le estaba afectando.

Otro jadeo llenó la sala, roto por el suave chasquido de la lengua de Judith.

—No, no lo era. Es cierto que enviaba las cartas, porque sabía lo que estaba pasando, que es la razón por la que el asesino necesitaba silenciarle. El hombre grande era el culpable obvio, y sabía todo sobre las artimañas que ocurrían alrededor de la consulta, pero ¿quién le creería si contara la verdad?

Ahora Collins sintió que tenía algo que añadir. —Había elegido nuestro condado como su hogar después de que su carrera de actor en Bulgaria se desmoronara. Se había metido en problemas por darle un puñetazo a su antiguo productor en Londres y Martín Karam había tenido la amabilidad de mantenerle constantemente empleado.

Judith digirió la información que no conocía. Collins le lanzó una mirada engreída; los dos podían jugar a rellenar los huecos sobre la marcha.

—Y aunque no conocía el alcance de lo que estaba pasando, estaba preocupado de que llevara al asesinato. Y así fue. Las cartas que yo recibí eran una súplica de ayuda de su parte. Descubrimos una caja de letras recortadas en el piso de Milen. Un piso que olía a aceite de pachulí, que le gustaba usar. Esa sustancia tiene la costumbre de pegarse a todo. Incluyendo las cartas amenazadoras.

Hizo una bola con la carta y se la lanzó a Nadin, quien la cogió y le dio un olfateo.

—Sí, huele bastante extraño en efecto.

—Tengo cierta reputación por resolver cosas por aquí. —Ignoró a Collins que estaba poniendo los ojos en blanco—. Supongo que pensó que las notas me impulsarían a ayudarle. Creo que dejó los recortes en su apartamento como pista obvia. Desesperado, metió

una carta en mi coche cuando aparqué frente al café e intenté entrar. Mientras yo hacía eso, ellos entraron y salieron por la puerta trasera. —Judith colocó una mano amistosa sobre el hombro de Maggie—. Mi amiga aquí fue elegida para el reparto...

—¡Se suponía que era un secreto! —gruñó Timoteo.

—Me temo que hemos tenido demasiados de esos. Además, tiene una risa muy característica que puede derribar paredes. Cuando la llamé después, confirmó que Milen se había colado por la puerta trasera. Yo había pasado por delante de la consulta, y él había dejado la luz encendida con las prisas de llegar a la audición. Mi suposición es que, pensando que yo no hacía nada para ayudarle, metió esa nota en tu chaqueta.

Nadin estaba confundida. —¿Pero por qué?

—Quería ser detenido. O al menos, ser llevado para ser interrogado. Cualquier cosa para llamar la atención sobre él a medida que los eventos se desarrollaban. Piénsalo, si algo pasaba mientras estaba bajo custodia policial, entonces tenía la coartada perfecta.

La moneda cayó para Collins. —¡Por eso recibiste la carta sobre Diane Hofstein antes de que supiéramos de su asesinato!

—Sí. Sospecho que el querido Milen sabía que iba a ocurrir algo desagradable y temía cargar con las culpas. —Se volvió de nuevo hacia Mandy—. Sabía que la gente no le creería. Sentía que le estaban tendiendo una trampa. Por ejemplo, cargarle con la culpa de no poner la alarma la misma noche en que mataron a Diane Hofstein y plantaron su cuerpo en el consultorio de la doctora Ramsgate.

Mandy cruzó los brazos. —Siempre ha hecho el trabajo sucio del doctor Karam... —echó un vistazo a Nadin—, quiero decir, de su hermano.

—Por supuesto. Los sueldos eran ajustados y se le daba dinero en mano para hacer de músculo. Poco ético, pero él no era, no era, un asesino.

Judith se giró hacia Nadin, y Raymond Collins sintió que se le hundía el corazón. Reconoció el destello en los ojos de Judith.

La revelación final se acercaba...

—¡Doctora Karam!

29

Judith Spears lo estaba pasando en grande. Se sentía como una actriz en el escenario que había encontrado un nuevo soplo de vida ante un público. La mayor parte de su vida había consistido en mantenerse en las sombras y pasar desapercibida, pero ahora entendía la alegría de Maggie al estar bajo los focos.

También era divertido ir un paso por delante de Raymond Collins, pobrecito.

Nadin Karam dio un involuntario paso atrás cuando Judith se acercó.

—Toda la batalla de quién debería ser dueño de la consulta se ha reducido al asesinato. Pensé que los médicos reverenciaban la vida, pero al parecer no cuando está en riesgo su propio beneficio. Su hermano se había pasado la vida dilapidando el dinero de la familia, así que cuando murió su padre, lo único que le quedaba para legar era ese edificio.

—¡Que me prometió a mí! ¡Martín se llevó todo lo demás!

Judith se suavizó por un momento. —¿Era un buen padre?

Las lágrimas jugaron en la comisura de los grandes ojos marrones de Nadin. —Sí. Por eso intentó hacer feliz a Martín apoyándole.

Judith sorprendió a Nadin cogiéndole la mano. La doctora intentó soltarse, pero Judith la sujetó con fuerza.

—Y creo que por eso no pudo encontrar en su corazón la manera de excluir a su hermano del testamento. Los dos siempre habíais peleado, creo que esperaba que compartir el edificio reconciliara vuestra relación. Pero ninguno de los dos podía soportarlo.

Judith soltó la mano de Nadin y se volvió hacia su público mientras repasaba los hechos en su mente, alineándolos para presentarlos.

—Estabas enfadada por tener que compartir; Martín estaba furioso por no poder tenerlo todo. Así que enviaste a tu abogado, JB Barton, a examinar el testamento.

—Y descubrió que era genuino —dijo Nadin en voz baja.

—Lo que te negaste a creer.

—¡Porque Barton fue atacado y se lo robaron!

—Por Milen Isokov —dijo el sargento de detectives Raymond Collins rápidamente. Odiaba la sensación de quedar excluido del desenlace, y como figura legal oficial en la sala, sentía la necesidad de ejercer su autoridad—. Encontré el maletín robado, completo con la última voluntad y testamento de su padre, y fardos de dinero en efectivo, debajo del suelo del dormitorio de Milen.

Lanzó una sonrisa satisfecha ante la expresión de sorpresa en la cara de Judith mientras su rivalidad de toma y daca empezaba a devanarse.

—Por supuesto que sí —dijo Judith, recuperando el orgullo—. Por supuesto, que Martín lo robara no tiene sentido, ¿verdad?

Captó las miradas perplejas de alrededor de la sala. —Si Nadin Karam tenía razón, y su hermano había manipulado el testamento de algún modo, entonces tendría sentido que lo robara. Sin embargo, el abogado insistió en que no había sido alterado. ¿Por qué habría de mentir? Significaba que Nadin estaba equivocada y Martín tenía razón.

Dejó que los miembros más lentos de la sala se pusieran al día antes de continuar.

—La única razón para hacerlo era sembrar la confusión entre todas las partes. Eso es lo que se ha espolvoreado sobre este caso como polvo de hadas. Obligando a la gente a mirar en una dirección, puedes salirte con la tuya con el asesinato en el otro lado.

Judith se volvió de nuevo hacia Nadin.

—A pesar de lo que dijo JB Barton, estabas convencida de que algo no cuadraba, así que le pediste que lo investigara de nuevo. Excepto que el testamento había desaparecido, lo que podías argumentar era una buena razón para robarlo en primer lugar. Para frenar cualquier investigación adicional. Pero eres una mujer de negocios inteligente. Dirigiste a Barton a centrarse en las finanzas del negocio con la esperanza de descubrir alguna irregularidad por parte de tu hermano.

Nadin asintió. —Le di acceso a los ordenadores de la oficina cuando Mandy y Milen se habían ido a casa.

Judith encontró los ojos del sargento Collins mientras él se daba cuenta de lo que eso significaba.

—Podía entrar y salir del edificio, y podría haber dejado la alarma sin conectar...

Judith terminó la frase: —La culpa de lo cual recayó sobre Milen. Sabiendo que él era quien había atacado al abogado y robado el testamento, difícilmente podía quejarse.

—Así que te envió la carta —dijo Collins en un tono que le decía a todo el mundo en la sala que realmente no había resuelto el caso. Estaba tan sorprendido como los demás.

—La investigadora criminal líder del pueblo —añadió Judith con un engreído movimiento de cabeza.

Mandy puso mala cara. —Lástima que no lo hayas resuelto más rápido entonces, ¿no?

Judith le lanzó una mirada oscura. —El negocio no estaba ganando dinero. Estaba perdiendo a manos llenas. Barton lo habría visto, pero no necesariamente entendido por qué. Quiero decir, no es el trabajo de un abogado. Necesitaba ayuda.

En ese momento, las puertas del salón se abrieron con estrépito, y la agente Sarah Eastly entró en la sala, seguida de JB Barton. La reacción de la multitud fue puro teatro mientras coreaban admirativos, aunque Judith sabía que la detective había estado esperando entre bastidores durante algún tiempo, después de haberse ido a toda prisa a recoger al abogado.

Barton miró alrededor de la sala con confusión. —¿Por qué me han traído aquí? ¿Es algún tipo de fiesta sorpresa de cumpleaños? Porque no es mi cumpleaños, y no conozco a ninguna de estas personas.

—¿A ninguna? —dijo Eastly, llamando su atención sobre Mandy y Nadin Karam.

La cara de Barton se desplomó y los nervios le hicieron temblar las manos. —Oh. Hola, doctora Karam.

Judith tomó la palabra, rompiendo el tenso momento. —Justo le estaba contando a todo el mundo que encontró algo irregular en las cuentas de la consulta. ¿Le importaría decirnos qué fue?

Barton se irguió. —Eso es información privilegiada.

—¡Cuéntenoslo! —espetó Nadin.

El abogado se hundió un poco. —Se estaba desviando dinero. Un poco aquí y allá, pero todo sumaba. Todos los indicios apuntaban hacia usted. —Clavó un dedo en Mandy.

Mandy abrió la boca como un pez, pero no pudo encontrar las palabras para negarlo.

—Quién puede culparle —dijo Judith suavemente—. La consulta a menudo pagaba tarde los sueldos, y usted hacía dos trabajos. Como recepcionista, tenía las llaves del reino. Y de la cuenta bancaria. Sacando un poco de aquí y de allá.

Mandy tartamudeó. —Yo... yo...

Barton señaló con el dedo. —¡Fue ella todo el tiempo!

Judith se quedó a su lado, animándole. —Por eso trajiste ayuda. Una actuaria para ver exactamente qué le estaba pasando a la empresa.

Barton asintió. —¡Así es!

—Diane Hofstein.

Barton se detuvo de repente en su burla y le lanzó a Judith una mirada.

El ceño de Judith se frunció, y se llevó un dedo perplejo a los labios.

—Excepto que me dijo que nunca la había conocido.

Hubo una larga pausa antes de que Barton volviera a hablar. —Así es. Todo se hizo por teléfono.

Ahora le tocó a Eastly parecer confundida. —La contrató un tal Peter Lowe. ¿Le conoce?

Barton sacudió la cabeza.

Eastly parecía sorprendida. —Se reunió con Diane en la gasolinera de la autopista y le ofreció el trabajo. —Esperó a que Barton dijera algo, cualquier cosa, pero tenía los labios sellados—. Obtuve su nombre del carné de conducir que presentó en la empresa de alquiler. Verá, este tal Peter Lowe intentaba cubrir sus huellas. Usó un carné falso. El problema con un carné falso es que no puedes simplemente poner la fotografía de cualquier fulano. Tiene que seguir siendo la cara del estafador. Su cara.

Los ojos de Barton se desplazaron por la sala mientras estudiaba las salidas y calibraba sus posibilidades de escapar. Eran nulas; Judith se había encargado de eso.

Judith le dio una palmadita en el hombro. —Esperaba que usted y su cómplice pudieran cargar la culpa sobre Mandy. Pero el problema era que Diane era demasiado buena. Descubrió bastante más de lo que se suponía que debía, ¿verdad?

Barton frunció el ceño y la apartó. —¡Esto es pura especulación! Soy inocente. ¡Me han tendido una trampa! ¡Soy un chivo expiatorio! —Clavó un dedo acusador en Mandy—. ¡Usted! ¡Es usted! ¡Ahí tiene a su ladrona! ¡A su asesina!

—Señor Barton, por favor. Nadie aquí cree que usted sea el asesino.

—Yo sí —comentó un gracioso al fondo de la sala.

—Me temo que también le han tendido una trampa, igual que a todo el mundo.

—Cuando el asesino descubrió que había rastreado la identidad de su cómplice, que es usted, fueron a por mí. —Se dirigió a la sala —. Fui retenida cautiva en el sótano de la consulta. El plan era averiguar exactamente cuánto sabía, luego matarme cuando el edificio explotara en una fuga de gas premeditada. Incluso habían pedido suficientes productos de limpieza volátiles para añadir un extra de potencia. Solo para borrar las huellas.

Nadin jadeó. —¿Mi consultorio hizo qué ahora?

Judith se mordió el labio inferior. —Ah, se me olvidó mencionar eso...

Nadin se desplomó en una silla y se tapó la cara con las manos mientras sollozaba. El sargento Collins resistió de nuevo la tentación de consolarla.

—¡Martín! Lo sabía.

Judith miró alrededor, luego miró a Eastly.

—¿No es esa su señal de entrada?

Eastly señaló a su jefe. —Pensé que usted iba a buscarlo. Martín estaba en su club de raqueta. —A Judith le dijo—: Te dejé un mensaje cuando fui a buscarlo. —Clavó un dedo en Barton.

—Ya os dije que mi teléfono está averiado —dijo Judith a la defensiva.

—Disculpen —dijo Nadin, mirándolas fijamente—. ¿Qué está pasando?

Judith le lanzó a Collins una mirada alarmada. Se había acordado de repente de una conversación que había escuchado a escondidas.

—Oh, cielos. Eso es un punto de la trama que no había considerado. Tenemos que irnos ahora mismo. ¡Algo terrible está a punto de pasarle a un cabo suelto!

30

Cuando hay cualquier explosión, se declara un incidente mayor. Especialmente si la explosión demuele un edificio y destroza toda una calle principal. En una gran ciudad, todos los servicios de emergencia se reúnen en un plan coordinado. En las profundidades de la Inglaterra rural, los principios siguen siendo los mismos, pero tensa los servicios de emergencia que llegan desde todas las direcciones.

Eso significaba que no había ningún agente libre para lanzarse sobre Martín Karam en su club de raqueta. Lo que a su vez impulsó al sargento Collins, a Judith Spears, a la agente Eastly y a la doctora Nadin Karam, que estaba al borde de un colapso, a encaramarse al Toyota de Raymond, llevando consigo a un esposado y abatido JB Barton. Meterse en el vehículo le recordó a Judith el coche de los payasos del circo, con todo el mundo discutiendo. Eastly quería conducir, alegando que su jefe era demasiado prudente, pero con civiles en el coche, Collins no cedió y salió disparado de Little Pickton con las luces y la sirena en marcha.

—¿Por qué me culpaste a mí? —le gritó Nadin a Judith, que estaba encajada en el asiento central.

—¡Nunca lo hice!

—¡Al principio de tu numerito de Colombo, dijiste «doctora Karam». ¡Delante de toda la sala!

—¡Sí! ¡Me refería a la otra doctora Karam!

—¿La que no estaba en el salón, de pie frente a ti? ¡Es mi reputación la que estás destrozando!

—Lo siento, pero a veces he tenido que improvisar sobre la marcha porque todo el mundo está lleno de secretos y las vidas penden de un hilo —le espetó Judith—. Todo porque dos hermanos no podían llevarse bien.

—¿Queréis callaros de una vez? —espetó Eastly desde el asiento delantero. Estaba intentando hacer una llamada en el teléfono del sargento Collins, pero no conseguía comunicar con la comisaría—. Nadie coge el teléfono.

—¿Ha probado con el 112? —dijo Barton lacónicamente.

—Ya tiene suficientes problemas como tiene —le advirtió Eastly —. Yo estaría pensando en conseguirme un abogado. Preferiblemente uno mucho mejor que usted.

El teléfono de Collins pitó. Eastly lo miró. —Tiene un correo electrónico, jefe. Creo que es sobre ese trabajo al que se presentó. ¿Quiere que se lo lea?

El ceño de Collins estaba fruncido en concentración mientras conducía por las oscuras carreteras rurales a una velocidad ligeramente por encima del límite.

—¡No a menos que quieras que estrelle el coche!

Su tono ominoso hizo que todo el mundo guardara silencio hasta que frenaron sobre la grava del aparcamiento del Club de Raqueta Denzel Green. Salieron en tropel del coche, la pura parodia de los Tres Chiflados mientras se tropezaban unos con otros en su prisa. Eastly era más rápida de pies y encabezó la marcha, aunque todavía tuvo que guiar al esposado JB Barton por delante de ella hacia el vestíbulo.

Esperaban encontrar a Martín Karam tranquilamente arrinconado en un rincón en una plácida velada. Pero el club acogía un enorme evento privado, y salieron disparados directamente al centro de una abarrotada recepción de boda.

En el escenario, un DJ pinchaba música tan fuerte que era agradablemente audible para la sección geriátrica del público. Los novios estaban en medio de la pista de baile, dando vueltas el uno

alrededor del otro mientras se pavoneaban al ritmo de Stayin' Alive de los Bee Gees, orbitados por amigos y familiares.

—¿Cómo sabemos si está aquí? —vociferó Nadin a pleno pulmón.

—Recepción confirmó que había llegado —gritó Eastly de vuelta —. ¡No mencionaron la boda!

El sargento Collins se abrió paso entre la multitud, gritando el nombre de Martín Karam, aunque apenas podía oírse a sí mismo. La sala era puro caos funk. Judith se mantuvo en el borde y encontró un banco de interruptores de luz en la pared. Pasó la palma de la mano por los doce interruptores y las luces fluorescentes se encendieron de golpe en todo el salón. Las cabezas se giraron, pero la música continuó. Al menos ahora podían ver las caras de la gente.

Judith se subió a una silla y estudió al público. Entre la masa que se retorcía y contoneaba, vio la alta y esbelta figura de la doctora Audrey Ramsgate con un ajustado vestido rojo y aparentando años menos ahora que no actuaba con tanta severidad. Era girada por un apuesto Martín Karam.

Judith usó el hombro de un voluntario involuntario para bajar de la silla y se abrió camino entre la multitud como una bola de bolos.

—¡Parad ahí mismo! —vociferó a pleno pulmón. Palabras que fueron borradas por la música disco de los setenta.

Varios pasos dentro de la pista de baile, Ramsgate y Karam se dieron la vuelta al unísono y vieron a Judith Spears cargando hacia ellos. El reconocimiento cruzó la cara de Martín y se convirtió en confusión. El ceño de Ramsgate se frunció en odio instantáneo y su cabeza giró bruscamente, divisando a Eastly y Collins abriéndose paso entre la multitud como leones a cada lado de la pista de baile. Luego vio a JB Barton de pie lánguidamente en el borde de la pista con una expresión resignada en la cara. Levantó las muñecas esposadas y se encogió de hombros.

Ya sin aliento y tosiendo por la máquina de hielo seco, Judith alcanzó a la doctora Ramsgate.

—Se acabó el juego, Audrey —gritó—. Parece que está usted...

Ramsgate no esperó a que terminara la frase. Le lanzó un puñetazo directo a la nariz de Judith. Judith oyó crujir el cartílago. El mundo giró a su alrededor, lleno de estrellas destellantes de nuevo.

Y antes de caer de espaldas a la pista de baile, se preguntó cuántas conmociones cerebrales podía aguantar en un solo día.

—¿Pero qué demonios estás haciendo? —gritó Martín mientras agarraba el brazo de la doctora.

Ramsgate no escuchaba. Se liberó de un tirón y se abrió paso rebotando entre la multitud para escapar. El alboroto había llamado la atención de los dos detectives, que invirtieron el rumbo centrándose en la doctora que huía.

El sargento Collins era el más cercano, y cuando extendió el brazo, Ramsgate agarró una bandeja metálica de copas de bebidas vacías de un camarero que pasaba y la giró contra la cara de Raymond Collins. Él fue a parar rodando sobre la mesa de una familia, la mayoría de los cuales no tenían ni idea de lo que estaba pasando y asumían que era un invitado borracho que ahora estaba cubierto de tarta y trifle.

Eastly se acercó cuando Ramsgate se metió a hombros por una puerta lateral y hacia un pasillo. Era ágil con los tacones, pero con un rápido movimiento logró quitárselos, y los lanzó a la detective que la perseguía, y ganó velocidad mientras se metía por otra puerta, la mano hurgando en el pequeño bolso de cuero rojo colgado de su hombro.

Eastly se metió con determinación a través de la puerta batiente y salió a la cancha de tenis climatizada. Parpadeó sorprendida porque Ramsgate había desaparecido. La fiesta seguía a pleno rendimiento detrás de las grandes puertas de patio que recorrían la longitud de la cancha, y los largos calentadores de tiras colgados alrededor del perímetro brillaban de color naranja intenso, convirtiendo la de otro modo fría pista en un paraíso tropical. Los focos iluminaban el área de juego, pero creaban densas sombras alrededor del borde.

Solo en el último segundo, por debajo de la palpitante música de bajo del salón, oyó movimiento desde atrás. Se giró rápidamente, pero Ramsgate fue más rápida. Le rodeó el cuello con un brazo y la sujetó en una llave de estrangulamiento mientras la otra mano presionaba una jeringuilla contra su cuello.

—¿Por qué no te mueres de una vez? —gruñó Ramsgate.

Eastly intentó hablar pero no pudo. Se debatió, pero el pliegue del brazo de Ramsgate le presionaba la tráquea con una precisión clínica. El pinchazo de la jeringuilla raspó la piel de su cuello. Un movimiento en falso y se la clavaría.

La puerta volvió a abrirse de golpe, y Judith salió tambaleándose, seguida rápidamente por Martín, Nadin y el sargento Collins. Todos se detuvieron en seco mientras evaluaban el enfrentamiento.

—Tranquila —dijo el sargento Collins con calma, levantando la mano. Su mente corría a toda velocidad mientras intentaba recordar algo del cursillo de un día de resolución de conflictos al que había asistido un par de años antes—. No hay a ningún sitio adonde ir, Audrey. Y no tiene ningún sentido empeorar esto aún más.

—¿Pero qué demonios está pasando? —ladró Martín.

—No tenía por qué haber llegado a esto —gruñó Ramsgate, sus ojos buscando una estrategia de salida. Detrás de ella, una multitud de invitados de la boda empezó a apretujarse contra el cristal, mientras el estribillo de Stayin' Alive llegaba a su crescendo.

—Realmente no podía haber terminado de ninguna otra manera —dijo Judith—. Estaba a punto de ser inhabilitada por negligencia. Si no hubiera sido por el padre de ellos, lo habría sido. —Notó la mirada perpleja del sargento Collins—. Oh, ¿no os lo dije? Maggie y Fabián hicieron un poco de arqueología digital para mí. El padre de usted ayudó a pagar todas las facturas legales cuando esta señora aquí fue acusada de sobredosificar a varios pacientes. Un accidente, afirmó usted, y las pruebas no cuadraban. Aun así, ese fue un buen pellizco de dinero que Martín y Nadin no vieron. Creo que su padre lo había puesto aparte para usted, Martín. Como compensación por cuando su hermana se quedara con el edificio. Pero cuando gastó ese dinero, se sintió culpable y decidió darles la escritura a los dos.

Judith frunció el ceño mirando a Ramsgate. —Gracias a usted destrozó su relación. Pero eso es lo que quería, ¿verdad?

Martín miraba boquiabierto a Ramsgate. —¿Es verdad? ¿Me has estado usando?

—Te he estado manteniendo a flote, cariño —dijo ella como si estuvieran teniendo una conversación normal.

—Manteniéndoles a flote con el dinero que estaba robando en primer lugar —gruñó Judith—. Con Mandy sacando de lo que había arriba, y Milen siendo considerado como un matón, tenía todos sus chivos expiatorios preparados.

Todo lo que Ramsgate podía hacer era encogerse levemente de hombros.

Judith continuó. —Incluso convenció a Barton para que pagara a Milen para que le atracara a sí mismo. Todo para asegurarse de que el enfrentamiento de los Karam aumentara.

—Parece que ya no tengo nada que perder si la mato —dijo Ramsgate, presionando la aguja un poco más fuerte contra el cuello de Eastly—. Así que más vale que piensen en una manera de sacarme de aquí.

—Tiene muchísimo que perder —le aseguró Judith—. El intento de asesinato es una cosa; tres asesinatos son bastante otra.

Nadin frunció el ceño. —¿Tres?

—Mató a Diane, luego al pobre Milen cuando estaba a punto de contarme todo. —Judith no pudo evitar sonreír ante la sorpresa en la cara de Ramsgate—. Lo siento, Maggie me dijo que había comprado una entrada. Para el misterio criminal. ¿Estaba allí para tener a todos vigilados?

—¿Por eso llegabas tarde? —dijo Martín mientras intentaba seguir el hilo de las cosas.

—Y dos intentos contra la vida de Sarah —aclaró a Nadin—. Un éxito haría tres. ¿Y qué pasa con él? —Gesticuló hacia JB Barton, que acababa de unirse a ellos, todavía esposado. Tenía las manos llenas de vol-au-vents, que comía lentamente y asentía, resignado a ocupar un asiento de primera fila en su propia exposición—. ¿Son amantes?

Martín no pudo contener su desprecio. —¿Qué? ¿Le elegirías a él antes que a mí?

—Es una asesina en serie loca —señaló Nadin.

Ramsgate se encogió de hombros. —Es una herramienta.

Barton casi se atragantó con los vol-au-vents. —¡Muchas gracias!

—Una herramienta útil —le aseguró Ramsgate—. Pero difícilmente el hombre de mis sueños.

—¿Después de todo lo que hice por ti?

La aguja en la mano de Ramsgate presionó el cuello de Eastly. —No creo que un cuerpo más marque ninguna diferencia. Podría también salir por todo lo alto.

—¿Es eso lo que tenías planeado para él? —Judith señaló al abogado, que había dejado de comer mientras esperaba el desenlace.

Ramsgate retrocedió, arrastrando a Eastly consigo y dando muestras de que no tenía miedo de usar la aguja.

—Nuestros planes de futuro son ya irrelevantes —dijo con calma —. Esto es lidocaína. En segundos, se quedará lánguida y morirá. A menos que me dejen marchar.

Martín estaba fuera de sí. —Esto es una locura, Audrey. Pensé que estábamos enamorados. ¿Pero estabas liada con él? —señaló con el pulgar hacia Barton.

Nadin puso los ojos en blanco. —¡Por el amor de Dios, déjalo estar!

Barton le espetó a Martín. —¿Cómo crees que me siento yo viéndola usarte? ¿Y ahora descubro que la mujer es una maldita chiflada?

—Ha matado a un par de personas —convino Martín—. Pero aun así...

—¡Callaos de una vez, imbéciles! —ladró Ramsgate—. ¡Estoy harta de aguantar vuestras estupideces!

El ego de Martín Karam no podía soportar el rechazo. —No entiendo, Audrey. Podrías haberlo tenido todo conmigo. Te dejé sacarme de apuros para que te sintieras útil. Incluso te dejé firmar esos papeles del seguro, para que entendieras que confiaba en ti.

Nadin se abalanzó sobre su hermano. —¿Hiciste qué?

—No tenías dinero. Yo no tenía nada. ¡Estamos absolutamente arruinados!

Barton asintió. —Así es. Mandy había birlado miles, y esta arpía de aquí —asintió hacia Ramsgate—, le sacó unos treinta mil al capitán Obvio. —Señaló a Martín.

—¡Oye! —espetó Ramsgate—. ¿Le importa?

Barton puso una cara que decía qué me vas a hacer tú.

El frágil ego de Martín seguía tambaleándose. —Acordó hacerse cargo de nuestro seguro del negocio. No podíamos permitirnos ni la responsabilidad civil, lo que significaría que no habría pacientes. Nos salvó.

—¿Nos salvó? —dijo Nadin con incredulidad—. ¡Hizo explotar el lugar! —Martín se quedó petrificado.

—Lo que significa que cobrarán el importe íntegro. El valor del edificio sin que tengamos que ceder la propiedad —confirmó Barton —. Era una buena idea. Excepto por todo el matar...

Nadin le dio a su hermano un puñetazo directo en la cara. Él cayó de bruces al suelo. —¡Imbécil de primera!

Durante la discusión, el sargento Collins fue moviéndose lentamente hacia un lado. Pero Ramsgate no era lo suficientemente complaciente como para dejarse pillar desprevenida. Cuando lo notó, giró lentamente, manteniéndole en plena vista.

—No haga el tonto, detective.

—Audrey, ¿no ve que todo el mundo está en su contra? Ha usado a los dos hombres que la amaban y los ha exprimido hasta desecarlos. Ha sembrado el odio entre dos hermanos, cuyos únicos crímenes eran ser, seamos sinceros, uno demasiado confiado. El otro un completo idiota.

Martín asintió en señal de acuerdo. —Quería decir que tú eres el idiota —le susurró Nadin.

—Su enfrentamiento solo le beneficiaba a usted y aumentaba la lista de personas que podían cargar con la culpa de sus crímenes. Cuando descubrió que Judith había recibido cartas amenazadoras, porque se lo había dicho a Barton, sabía que eso no era parte del plan. Dedujo que era Mandy o Milen intentando llamar la atención sutilmente, y sabía que el tiempo se agotaba.

—Pensó que colocar el cuerpo de Diane Hofstein en su propio consultorio era una jugada de genio para desviar la culpa de usted. —Judith agitó un dedo entre Audrey y Barton—. La mató y convenció a Barton para que le ayudara a cargarla cuando le encontró trasteando con los ordenadores esa noche. Él no sabía que usted era una asesina hasta ese momento, ¿verdad?

—O habría tenido segundos pensamientos sobre acostarme con usted —dijo él.

—Se suponía que tenía que volver a conectar la alarma, pero se olvidó porque estaba en estado de shock. Para usted, era puro teatro. Uno que pensó que desviaría las sospechas de usted. Puede que lo hubiera hecho... excepto que siempre me molestó que hubiera un intervalo entre que usted encontrara el cadáver y le dijera a Mandy que llamara a la policía. Suficiente tiempo para que ella hiciera un café. ¿Fue ese el momento en que tuvo el impulso de reposicionarla? ¿Porque quiere que todo sea tan perfectamente correcto? Luego llamó a Martín para contarle lo que había pasado, solo como una cuerda adicional de su inocencia.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Martín. —¡No puedo creerlo! ¡Se me está partiendo el corazón!

—¡Oh, deja ya de dar la lata, cobarde miserable! ¡No todo gira en torno a ti! Tuvimos dos citas en el pasado, y tenías un ego grotesco entonces. ¡La edad te ha puesto peor! —Le lanzó un asentimiento a Nadin—. Y esa pequeña sabihonda me ha odiado desde el principio. Sois los dos unas personas terribles. —Miró alternativamente a Judith y al sargento Collins—. Todo lo que siempre quise fue mi propia consulta. El padre de ellos iba a ayudarme a conseguirlo, dejándome comprar una participación en el negocio, y yo habría saldado mis deudas legales que él amablemente cubrió. Pero luego cambió de opinión porque Martín había dilapidado todo. Aun así, su padre no podía dejar a sus preciados hijos sin nada. Pensó que preferirían ladrillos y argamasa así que incumplió nuestro acuerdo, y nuestro trato desapareció. JB redactó su testamento. Fue entonces cuando le conocí.

JB Barton jadeó horrorizado. —¿Así que empezaste a usarme?

Nadin le lanzó una mirada. —¡Pues claro! Eso explica por qué sabía que el testamento era genuino.

—No había mucho que pudiera hacer al respecto, excepto sembrar dudas sobre todo el asunto y sobre la autenticidad del testamento —terminó Collins—. Incluso contratando a Milen para robarlo, solo para sembrar la duda en la mente de todo el mundo.

Por primera vez, Ramsgate mostró un atisbo de emoción. —Habría sido todo tan sencillo. Todo el mundo se habría beneficiado de que yo fuera la dueña de la consulta. Ellos habrían tenido algo de dinero. Yo habría tenido mi propio negocio. Habría sido perfecto.

—Tengo que decir que estoy decepcionado. —La voz de Martín se quebró mientras se tapaba la nariz—. Realmente pensé que teníamos algo.

—¡Por favor! Si tuviera que elegir entre no volverte a ver jamás o pasar una vida en prisión, elegiría los barrotes cada vez. ¡Dios, rogaría por la silla eléctrica!

—Esa no es una elección que vaya a tener que tomar. Pero la duración sí —dijo Collins, volviendo a levantar las manos para aplacarla—. Suelte a Sarah, y al menos eso será un punto a su favor cuando llegue la sentencia.

Los ojos de Ramsgate se entornaron. —Dicen que la empatía es lo que hace a un buen médico, pero eso es una estupidez. Nunca te encadenes a tus pacientes. La emoción es una debilidad. Eso lo aprendí hace mucho tiempo.

—Lo que te convierte en una sociópata —murmuró Nadin.

Ramsgate la miró fijamente. —Me convierte en eficiente.

—Tan eficiente que al parecer estabas a punto de ser inhabilitada hasta que mi padre te salvó.

Eso tocó una fibra sensible. La jeringuilla en la mano de Ramsgate volvió a moverse, y Judith ya no pudo esperar más. Sufría visión borrosa por la leve conmoción, y toda la cancha de tenis se sacudía como una película de cine en un proyector defectuoso. Agarró una raqueta de tenis que estaba en una cesta al lado de la cancha. Era el único arma al alcance. Ramsgate estaba demasiado lejos para golpearla con ella, y era un objetivo demasiado borroso y pequeño.

En cambio, con todas sus fuerzas, Judith la lanzó contra el calentador que había encima de la cabeza de Ramsgate. Golpeó el gancho más cercano que sujetaba la tira horizontal con suficiente fuerza como para que el perno, que había sido arreglado recientemente, se soltara y toda la lámpara de seis palmos se

liberara de esa bisagra y describiera un arco hacia abajo como un péndulo, golpeando de lleno en un lado de la cabeza de Ramsgate.

Ella gritó. Todos podían oír el chisporroteo mientras los filamentos al rojo vivo le quemaban la oreja y el cuero cabelludo. Se tambaleó hacia un lado, soltando la jeringuilla y derrumbándose al suelo. La lámpara metálica alcanzó a Eastly en el hombro y ella cayó de rodillas. Todavía tuvo suficiente presencia de ánimo para apartar la jeringuilla de una patada con un pie y, cuando Ramsgate se impulsó hacia arriba sobre manos y rodillas como un implacable Terminator, decidida a contraatacar...

Con un gruñido, Eastly le propinó una patada contundente en la cara. La doctora cayó, completamente inconsciente.

Lo siguiente que oyeron fue los vítores y una enorme ronda de aplausos de los invitados de la boda que se habían apiñado contra el cristal para ver.

La voz de un niño se alzó por encima de la música de fondo: —La mejor boda de la historia.

31

Un brazo amarillo brillante de excavadora se extendió hacia los restos de la consulta y derribó sin esfuerzo los pocos trozos de pared que quedaban. Fragmentos de mampostería habían estado asomando del cráter de la explosión como dientes rotos durante la mayor parte de la semana, pero ahora el solar había sido nivelado.

Judith observaba desde detrás de una barrera de plástico. Los escombros de la calle principal habían sido retirados, pero los tablones de madera sobre las ventanas rotas daban la sensación de que el Blitz había vuelto. Y los ciudadanos de Little Pickton se estaban abrazando decididamente al espíritu de la ocasión.

El sargento de detectives Raymond Collins se unió a ella para ver. Llevaba un paquete de tres sándwiches de pollo comprado en el supermercado. Estaba comiendo el segundo y ofreció el último a Judith.

—¿De pollo con relleno?

Ella cogió uno y mordisqueó la punta mientras la excavadora descargaba una palada de ladrillos en la parte trasera de un camión.

—Han puesto un autobús provisional para llevar a la gente a la consulta de Denzel Green —dijo entre bocados—. No tardará mucho en que la gente se harte de ese trayecto. ¿Quizás Nadin y Martín deberían montar algo de nuevo?

Collins sacudió la cabeza. —Nadin está discutiendo con la compañía de seguros. Ahora afirman que la póliza es nula.

—Son los mayores criminales. Estás interesado en ella, ¿verdad?

—Pensé en ayudarla a reconstruir su vida —dijo diplomáticamente—. Está sola ya que su hermano está reevaluando la suya. Un ego como ese, rechazado por una asesina homicida. Eso mina la confianza de un hombre. No para de hablar de ir a un ashram en India.

—Te llamó encantador, una vez —dijo Judith a regañadientes.

Masticaron sus sándwiches durante un poco más.

—¿Cómo está Sarah?

—Bien. Con ganas de que arresten a todo este circo. Ha estado coordinando con los forenses. Menuda novedad eso de que lo resolviéramos antes que ellos.

—Sí. Nosotros —dijo Judith con una sonrisa—. ¿Significa eso que vas a aceptar el ascenso en Mánchester?

—Qué va. —Raymond terminó su sándwich—. Lo rechacé.

Judith asintió. No tenía corazón para decirle que Sarah había leído el correo electrónico cuando iban a toda velocidad a arrestar a Ramsgate. La entrevista no había ido tan bien después de todo. Ella y Sarah habían decidido que algunos secretos valía la pena guardarlos.

Ahora le tocó a Raymond ser el curioso. —¿Ha decidido ella qué hacer con la propuesta del agente Fenton?

—¿Lo de mudarse juntos? ¿No te lo ha dicho?

—No.

—Oh.

Judith dejó el tema en el aire. Era agradable volver a la normalidad y tener algo con lo que torturar a Raymond. Notando que no llegaba a ningún sitio, Raymond cambió de tema.

—Alonzo Pinner es todo un personaje, ¿verdad? —Captó la mirada atenta de Judith—. He estado haciendo un poco de investigación. No por ti, entiéndelo, sino por mí.

—Naturalmente.

—Y el sargento Hamper también tiene un pasado bastante pintoresco. E intentar apartarme de en medio, bueno, uno podría

tomárselo como un insulto personal.

—Uno debería. A uno le enfada que alguien como él haya podido llegar a inspector, cuando alguien como uno sigue siendo sargento.

Raymond no supo determinar si eso era un insulto o no, así que lo ignoró.

—Me preguntaba si estarías dispuesta a un pequeño proyecto paralelo —dijo finalmente.

Judith sonrió. —Bueno, ya era hora de que lo preguntaras. ¿Qué tienes en mente?

El sargento de detectives Raymond Collins sonrió mientras esbozaba su idea, aunque había una parte de él que empezaba a preocuparse de que el lado maquiavélico de Judith Spears le estuviera contagiando.

El tiempo lo diría...

Y SI QUIERES AVERIGUARLO, haz clic aquí para el libro 4:

ASESINATO CON RETRASO

ÉGALEMENT PAR SAM OMAN

info@mgcole.com

Twitter: @abriggswriter

Bluesky: @andybriggs42@bsky.social

UN THRILLER DE LA SERIE
JUDITH SPEARS:

01 - UN ASESINATO POR INVITACIÓN

02 - MUERTE EN LA LÍNEA

03 - UNA DOSIS DE CRIMEN

04 - CRIMEN FUERA DE PLAZO

05 - MUERTE A TRAVÉS DEL OBJETIVO